



Revista de literatura Contemporánea Cultura de Veracruz. Año XXVIII No. 145. Mayo / Junio de 2024 / www.nuevaepoca.blogspot.com
[/culturadeveracruz@gmail.com](mailto:culturadeveracruz@gmail.com) / Editor & gestor cultural: Alberto Hernández Vásquez / Publicación Bimestral

CONSEJO EDITORIAL: Edgar Aguilar, Marco Tulio Aguilera Garramuño, Mario Calderón, Celina Márquez, Omar Piña, Silvia Tomasa Rivera, Vicente Francisco Torres. Director Raúl Hernández Viveros, Administrador: Mario Hernández Vásquez

[2] Pedro Luis Ibáñez [2] Hipólito G. Navarro [15] Daniel Heredia [23] Miguel Veyrat [25] Carlos Roberto Morán [30] Alice Munro [50] Silvia Colorado Méndez [51] Ricardo Alberto [54] Julio Mejía [56] Eryck León [58] Eduardo García Aguilar [60] Rafael Rojas Colorado [65] Daniel de Culla [73] Roberto Bravo Beltrán. Agradecemos a José Luis Navarro por su extraordinarias pinturas. Abrazos, RHV

LA DAMA AZUL

Témpera y acuarela sobre papel 29,7 x 42 cm.

Obra pictórica de José Luis Navarro.

Proyecto Tus manos en el caleidoscopio.



Tu sonrisa brilla, cresta de ola antes de rendirse a orilla de la mar. Alfiler de ternura hundido en el acerico del corazón, junto a otros con los ojos atravesados por hebras multicolores. Tiene el confeti de las celebraciones antiguas. Papelitos arcoíris en el aire, lluvia de pétalos sobre las vírgenes en su paso procesional. Tu azul es finísimo hilo de seda y su puntada misteriosa me

cose a la comisura de tus labios. La labor añil se esparce como por las calles de Chefchaouen, con la promesa protectora de tu mirada en cada esquina. Se descompone en zafiros fulgentes, hacia el fondo abisal en el que buceo a pulmón libre, hasta tocar el fondo de tu historia. Los doce compases de blues marcan mi tiempo en el tuyo. Canta tu azul, legado intangible en mi paisaje.

Pedro Luis Ibáñez



Hipólito G. Navarro

Cenizas

En fin, que yo ahora me pregunto, sin poderlo remediar: ¿cómo es que tengo en la mesa de trabajo siete ceniceros si yo no fumo? Uno, el más grande y principal, de rudimentaria terracota con un lecho interior de vidrio azul, regalo de una cuñada ceramista, la mayor, porque cuñadas ceramistas, de momento y que se sepa, tengo dos; otro, producto de la cleptomanía en el monasterio de Sobrado porque era precioso y de piedra y me pudo la ilusión de esconderlo a la vista y al negocio de los monjes en aquel viaje de fin de curso hace ya tanto; otro, en plástico muy duro y bien churrigueresco, de una resina sintética indestructible al parecer, publicitario él de una marca de vermú extinguida mucho tiempo atrás, ya habitaba en el piso cuando me vine a vivir aquí y me dio una pena enorme jubilarlo, a saber qué historias contaría también si pudiera comunicarse con nosotros, los

bípedos humanos; otro, recuerdo de mi padre, la herencia de mi viejo, una porcelana de Meissen que lucía siempre en su mesita de noche con los cigarrillos quemados enteros después de una sola primera calada, sus tres o cuatro fósiles exactos de ceniza tendidos en paralelo cada amanecer; también el más sólido y contundente que utilizo de pisapapeles porque en verdad me gustó con su cristal agarrotado y barroco y lo compré en aquella feria porque siempre hay que comprar alguna tontería, ¿no?; otro que es cenicero y no lo es a la vez, que quiere serlo y no puede, improvisación cerámica mía en el torno de mi cuñada que me salió un verdadero churro y que con esas hechuras insolentes sigue ocupando su lugar en un filo de la mesa, a la espera del Isaac Newton de las manzanas que lo mira ansioso todo el rato desde el suelo, y todavía otro más, el último de estos siete, el que me trajo con todo su amor recién estrenado mi amada Julia de un viaje a la Alpujarra y la cerámica granadina le gustó tanto con esos azules y blancos que no lo pudo evitar y se decidió al final por un cenicero, claro, es el regalo más fácil para ti...

Así que, bueno, entonces yo me pregunto, por supuesto, con toda esa bonita colección desplegada ahí delante de los ojos, oyendo su mudo griterío, me pregunto: ¿cómo es que no me ha dado todavía por fumar? Demonios, es cierto, me respondo con urgencia, debería fumar, debería fumar, aunque sólo fuese un par de cigarrillos al día. No sólo porque desde la mesa de trabajo me contemplan esas siete historias tan concretas, tan cóncavas y desocupadas, sino también por consideración con los otros dieciséis ceniceros más repartidos por el piso, a saber: tres en la mesita de noche, cuatro en la mesa ovalada del salón, dos en el cuarto de baño, dos en la

habitación tan fría de los invitados, tres más en la cocina, y dos, ¡ay, pobres!, en el cubo de la basura, hechos añicos, los que se me cayeron ayer con los nervios que tengo desde anteayer, cuando dejé de fumar.

Me lo propuse de firme esta vez, debo confesarlo, sin haber previsto ese accidente ni otros muchos que pudieran estar acechándome con toda seguridad, y en ello sigo. Pero esto es ya espantoso, me muevo por la casa y nada más que veo ceniceros huérfanos por todas partes mirándome afligidos. ¿Por qué lo has hecho?, ¿qué culpa teníamos nosotros?, me interrogan, me suplican. Uno de ellos incluso, no contabilizado en la retahíla anterior, de puro mohíno se ha vuelto del revés, y me interpela boca abajo, rebelándoseme en su oficio primigenio, de jícara de aislamiento de los cables de alta tensión de un poste de electricidad. ¡Han abusado tantísimo mis colillas de su dulce abrigo en grueso y doble vidrio verde oscuro...! Así que yo, corrigiendo entonces, me pregunto a mi vez, sin más remedio: ¿cómo es que tengo en la mesa de trabajo siete ceniceros si yo ya no fumo? Y reparo, es obvio, en lo más lamentable de todo, en lo más triste: el cenicero nuevecito, por estrenar aún, que me regalaron Emi y Luis Manuel –otra pareja a punto de quebrarse; al tiempo, si no–, tan apropiado para la mesa baja junto al sofá, con su cazoleta adornada de flores verdes y amarillas y azules y rosas, y ese mecanismo tan psicodélico del pistón en medio, que una vez pulsado arrastra a la colilla dando vueltas en una plataforma metálica hacia sus mismísimas entrañas, esperando el pobre ahí las primeras cenizas suaves de un ducados salvador que tengo escondido en el cajón de mi escritorio, aquí bien cerca de la mano, previsoramente, por si las moscas, por si

la ansiedad ya bastante desbordada se tornara en un ataque de pánico definitivo... Ay, Julia, Julia... Los ojos se me ponen cuadrados ante la posibilidad de que la nicotina pudiese viajar por mis venas de nuevo libremente, y mis venas a su vez completan la tarea de acelerarme un verdadero chaparrón de taquicardias hasta el cuello... No, no, el cigarro no puede ser, eso sí que no. Antes soy capaz de ponerme un parche de nicotina, de atiborrarme de chicles de lo mismo, de chupetear un puñado de aparatos de esos de vapor con ñoños sabores infantiles, los estúpidos recursos últimos para el adicto arrepentido que siempre me he negado a ser. Pffff.

Otra pregunta que me formulo entonces, obviamente, es ésta: ¿cómo es que llevo en los bolsillos dos mecheros si yo no fumo? ¡Dos! Uno recargable que más bien parece un lanzallamas porque tiene el mecanismo averiado y enciendes el cigarro y te quemas las pestañas todas, y las cejas, y el flequillo, de tal manera que es un buen mechero para los que te piden fuego de continuo en el trabajo, se les presta tranquilamente y se observa por el rabillo del ojo, con disimulo: fffffffhhhhhhsssssss, fuera bigote, fuera pestañas, fuera cejas, joder, vaya mechero que tienes, tío, uy, perdona, perdona, no te avisé; y otro de los famosos clíper planos pequeñitos con la publicidad de la empresa de mi hermano toda borrada ya, pero que sigue funcionando aún después de tantos cigarrillos, un prodigio de la tecnología más elemental. Esos dos en los bolsillos, amigos íntimos, inseparables de mi persona se pudiera decir, y aparte siete mecheros más repartidos por diferentes rincones de la casa: uno de yesca de los años bohemios que es a la vez una delicia y un peligro público porque apesta al encenderlo; otro un zippo falsificado



regalo de Reyes de Sebastián que le echas la gasolina y lo enciendes y entonces pasa a ser una bola de fuego en la mano, la gasolina se sale por todas partes, se derrama en la mesa, en los pantalones, por las mangas del abrigo, todo envuelto en llamas en plan bonzo, kamikaze; otro un mechero que no funcionó nunca, si acaso una semana o dos, regalo de una antigua novia, que sigue ahí como único recuerdo al tacto de un año y medio perdido en la memoria; otro, de lujo, regalo de los suegros, los padres de Julia y Sebastián y mis todavía cuñadas ceramistas (se supone), mechero de relumbrón que pesa equis kilos y que al meterlo en el bolsillo de la camisa, bastante indiferente él, me proporciona una desviación de columna irreversible para los restos (esa sí); y otro más aún, mechero de súper lujo, con un baño de oro de equis quilates, escondido en la peinadora (donde jamás me he peinado) bajo una montaña de pañuelos, también de lujo ellos, con iniciales bordadas en oro, a su vez escondidos bajo otra montaña de calzoncillos vulgares, de los de todos los días; y después, está claro, los mecheros cliper de las charlas en casa de los amigos de madrugada últimamente, mecheros comunes que se te meten en los bolsillos ellos solitos, como cachorros desamparados que huyeran a sus madrigueras, y cuando te quitas los pantalones casi amaneciendo caen con estrépito junto a un puñado de monedas al suelo, y mientras las

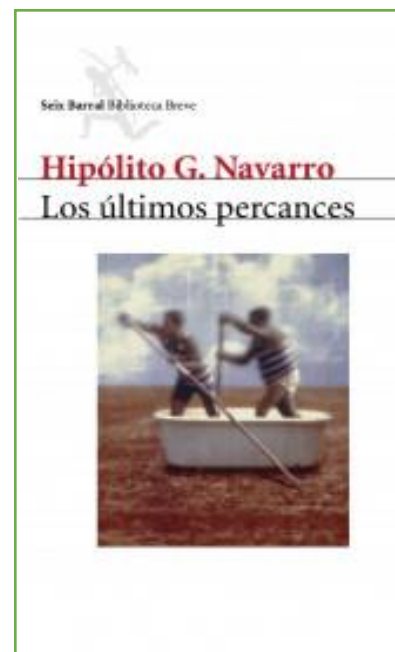
monedas se van rodando tan contentas con las pelusas de debajo de la cama, ¡tantas semanas ya sin pasar la aspiradora!, tres o cuatro te miran bastante inquisidores desde el parque: tú no eres mi dueño, proclaman; pues ahora lo seré, malditos, que en otras ocasiones les tocó a los míos, el argumento de urgencia lógico con cuatro güisquis y tres rones en la cabeza y una cama abierta sola, impúdica y devoradora a un palmo de la borrachera. ¡Qué bueno el último cigarrillo en la cama...!

Y todo esto sin contar con otra preguntita penúltima que me hago, para intentar reír quizá, para no llorar, por más señas la siguiente: ¿cómo es que tengo siete cajas de cerillas en casa si yo no fumo? Y como respuesta otra enumeración, otra retahíla, otra recapitulación de sus breves historias adosadas, más intensas unas que otras, más o menos inculpadoras: una caja de cerillas hotel Metropol, reclamo para que al recordar las minivacaciones del verano haga memoria de lo bien que lo pasamos allí y vuelva de nuevo, pero ¿con quién?; otra, caja de cerillas de mi hermano que se empeña en que sea hombre anuncio y lleve publicidad de su empresa a toda costa, ¡una funeraria muy famosa, por lo demás, menuda gracia!; otra caja un poco tontorróna, recuerdo de Granada, también de Julia, caja estándar subestándar con dos tablitas pegadas con incrustaciones de hueso, nácar, hilos de alpaca y maderas de colores, la taracea mudéjar mínima que se puede regalar cuando el sueldo no da para más; otra, una de esas cajas planas, por supuesto publicitarias también, con apertura de solapa y dos ristras de cerillas de cartón que hay que arrancar antes de usar, en el momento justo que leemos por la parte de adentro una inicial manuscrita, repasada una y otra vez, una

J, ciertamente, y un número nuevo de teléfono, no aprendido aún, a los que los ojos se acercan en plan zoom, mientras resuenan por el cráneo unos acordes oscuros, una música chan, chan, chan, tres notas graves de trompeta o fagot o violonchelo, de misterio y terror, de pura anticipación de los problemas por venir o algo parecido; otra más enseguida, para amortiguar la zozobra, una caja de esas gorditas en la cocina, nunca fallan, fósforos de seguridad en envase con protección anti grasa y con ensalada Kaiser, cuatro personas (¡cuatro personas!), media lechuga, dos cucharadas de vinagre de manzana, cuatro de aceite, dos de hierbas mezcladas, sal, pimienta, ajo en polvo, cuatro tomates, dos cebollas, una cucharadita de limón, un cigarrillo, por Dios, medio pepino, media taza de leche agria y rabanitos, la literatura para el amo de casa solitario con el delantal asando manteca, copos de nieve, vete a freír espárragos; y después las cajas de cerillas de las charlas en casa de los amigos de madrugada, cajas que se te meten en los bolsillos ellas solitas, como cachorrillos desamparados que se escabulleran a su más cálido cubil, y cuando te quitas los pantalones casi amaneciendo caen junto a las monedas etcétera, etcétera, etcétera, Tarzán en la selva, seguro, y yo con el mono, el síndrome, la abstinencia, la paciencia, la percepción hecha unas migas, adoquinada, los pellejitos de los labios todos arrancados, los nervios como alfileres, y una bombilla al final del pasillo de la angustia con una pregunta más, ya definitiva, que me expreso en mis adentros de esta forma: ¿y si yo no fumo, y es verdad que no fumo, que ya no fumo, qué demonios hago con todos esos ceniceros, con todos los mecheros y esas cajas de cerillas?, ¿los regalo?, ¿los tiro

sin más?; pero cómo va a tirar uno su historia, sus recuerdos, sus armas arrojadas mejores, uno mismo que son esas cosas. Todo es cuestión de fuerza de voluntad, se supone. La voluntad me abandonó del todo con las volutas de humo. Las fuerzas, me van quedando cada vez menos, Julia. Pero tengo suficientes para con esta mano que tiembla abrir el cajón y verlo ahí, cilindro aromático, ducados que me va a salvar toda esta herencia de mecheros y cerillas, este revoltijo de contundentes ceniceros por la casa esperando a que me fume con urgencia los cigarros que dejé de fumarme ayer y anteayer, estos días tan graves, para que vaya dejándoles una capa suave de cenizas y de historia que voy a seguir consumiendo hasta que resuelva dejar otra vez el maldito tabaco, esa decisión tan sencilla que ya he tomado tantas y tantas veces, tú lo sabes, lo sabías.

Bueno, ya estoy fumando otra vez, Julia querida. Tragándome todo este humo. Matándome más despacio si cabe. Poniéndolo todo perdido de cenizas de nuevo, Julia. Hoy volveríamos a discutir muy fuerte, como antes de anteayer, me temo. Así que yo ahora me pregunto, ahora ya sin remedio de verdad, sin escapatoria posible, sin el más mínimo disimulo: ¿cómo es que tengo en la mesa de trabajo tantos bolígrafos..., si yo ya no escribo, tan sólo apenas esto quizá, que ya no cuenta, que ya no vale nada en verdad, que no serviría siquiera como una miserable y torpe nota de despedida?





Con los cordones desatados, a ninguna parte

Cansado de pellizcar durante cinco horas diarias sobre la taza del váter las cuerdas de una guitarra adquirida dieciocho años atrás, Anselmo Flores abandona por un instante el manoseado instrumento sobre el bidet y regresa enseguida con el firme propósito de dar carpetazo definitivo a ese largo capítulo de sus mañanas. Unas más que generosas tijeras para el pescado, afiladas a conciencia y al efecto hace al menos tres lustros, y una presión ejercida desde la prima al bordón siguiendo el dictado de las leyes de la física —punto de apoyo idóneo, fuerza y aceleración proporcionales— le ofrecen a Anselmo la seguridad de un estudiado

corte de cirujano, limpio, que sesga los diferentes timbres de las cuerdas con un intervalo entre ellos prácticamente invisible, infinitesimal, el mismo con el que se abalanzan las liberadas tensiones a su rostro para chicotearle en seco la mejilla y dar paso enseguida a un alegre paralelismo de sangre temerosa, seis arañazos apenas, un instante después borbotones incontrolados mejilla abajo. Sin hacerse esperar, todavía en el primer compás del susto, un sonoro goterón rojo percute en la madera del instrumento mudo, poniendo así el punto final a una aventura de lento y madurado naufragio.

No se interprete pues esta decisión de guillotina fruto de una emoción o arrebató súbitos, sino más bien como el corolario final de una serie de constataciones acumulada durante más de una docena larga de años, casi desde el comienzo mismo del rito de las acústicas de azulejo y sanitarios, el

sustituto pervertido de un enamoramiento echado a perder de puro imbécil.

En la demora frente al espejo, una vez atajada la séxtuple hemorragia y contemplando aún atónito el dibujo de los cortes que cruzan la mejilla izquierda en el cristal —la derecha de su carne—, puede Anselmo Flores llegar a una conclusión última con un grado de acierto sumo: la clausura de las cinco horas diarias de composiciones desdichadas durante dieciocho años sin interrupción merece como poco esa dolorosa rúbrica en su piel, una argumentación física patente de los besos y caricias de que ha estado huérfano su rostro. Definitivamente, los seis latigazos bien marcados lo azuzan al fin —treinta y ocho recién cumplidos asoman a la primavera nuevas exigencias— a recomenzarlo todo donde había quedado y dejar los conciertos de cuarto de baño en el rincón más imposible de la memoria.

De la mejor de las maneras combina entonces colores de indumentaria, acierta a bajar el mínimo escalón del baño sin el traspies acostumbrado y sale a una urgente mañana de luz que apresura a las nubes a un noroeste lejano de tormentas. Puede decirse que en el rostro atravesado de Anselmo Flores se impone con más descaro que la herida la amplitud de una sonrisa, y que amortigua el aguijón dos veces triple de las punzadas rebuscando en el recuerdo algunos nombres olvidados y en sus pasos las calles y locales donde había dejado en suspenso su otra historia desde hacía tanto. Busca, es evidente, algún perfume de mujer, o más fácil en principio, algún alcohólico alimento. Bien está ya de hacer el gilipollas.

Avanza por una gozosa travesía de nuevas diagonales, apartándose de los

caminos de la anterior rutina y terquedad rebosante de placer, como nuevo. Esa iluminación del gesto, la alegría imponiendo vergonzosas retiradas a una actitud muscular que incomodó la mirada durante años, un cigarrillo en la boca al estilo Bogart, deben despistar la atención de Waldo, que lejos de caer en el comentario pertinente (hostias, ¿y ese corte, Anselmo?) lo saluda hasta con abrazo y en el café mismo de la esquina le echa la primera cerveza de un tiempo que acaba de nacer. Waldo, el penúltimo amigo en la agenda con los números de teléfono —de Zambrano hace años que no sabe nada—, le añade a la cerveza dos nuevos chistes, una encarecida recomendación de cartelera y la apabullante euforia de sus negocios. Conversaciones hay que quitan el dolor, que acortan las esperas. Que Waldo no se percate del crucificado rostro que tiene enfrente confirma en Anselmo Flores las expectativas, le anima a otra cerveza, a un nuevo chiste incluso. Luego lo deja irse otra vez a los negocios, y sonrío viendo desde la ventana a un Waldo también feliz que atraviesa la calle sorteando con gracia los excesivos coches y se instala en la parada del diecisiete al final de una cola bien nutrida.

Como todavía han de pasar de largo dos diecisietes hasta la bola, tiene Waldo tiempo de observar a su amigo allá en el bar e incluso contagiarse de eso insultantemente feliz que lo rodea. Qué es no lo sabe, aunque sí que ha eclipsado incluso la visión de los seis arañazos en la mejilla; recién entonces se da cuenta. Sigue pensando en ello ya en el autobús: gato, amante, yilet. Dos paradas después, entra la chica con el libro y ocupa el asiento frente al suyo. Una cara hermosa para anuncio de cosméticos. Waldo Ruiz lo piensa casi todo en márketing, está más al tanto que su socio, por eso



después de la ruptura su agencia patina menos que la otra, acaricia campañas políticas de más envergadura, publicita a clientes arriesgados, vende —es la frase— hielo a los esquimales. De últimas está el lío bien resuelto de los huevos, el beneplácito de los de Bruselas: hacer publicidad en las cáscaras. Dos pujantes empresas de yogures le han aprobado ya los presupuestos de escándalo, inevitables si en verdad quieren observar el código alimentario de la comunidad. Las tintas para imprimir en los huevos —tintas láser indelebles y fijas, incapaces de traspasar las cáscaras y membranas— costarán eso, la sutil maquinaria para la impresión costará más aún. Si los ingleses han sellado desde siempre sus huevos con un león escamoteándole las vueltas a la salmonelosis, por qué no van a poderse incluir docenas de mensajes de último diseño en un soporte tan redondo y tan perfecto. Waldo le ha ganado la partida a su socio (una empresa descabellada, Waldo, una empresa suicida, conmigo no cuentas, le había repetido hasta el hartazgo) y ya sólo puede ver la cara de la chica sentada enfrente impresa en cientos de docenas de huevos prometiendo cualquier cosa. Waldo Ruiz va camino de poner en apuros a medio mundo, a que se lo piense antes de hacer la tortilla: no se casca así como así una cara bonita. Lo ve de pronto: cosmético de clara de huevo

empaquetado (packaging es el término) en su natural recipiente, con esa cara de la chica que lee impresa en pura suavidad.

Ella, en efecto, lee. Lee sin ostentación, forrado en blanco el libro para ocultar a la curiosidad del autobús sus preferencias. Muy de vez en cuando levanta una mirada azul al lugar en el trayecto o a una insistente y desnudadora observación de otro pasajero. Para esas veces que abandona la lectura está allí Waldo como agazapado, imaginándola en los huevos. Waldo va aún más lejos en su felicidad publicitaria: más proyectos descabellados, arruinar la industria del marfil, la abolición de ese comercio, suplir el oro blanco del mundo con más duraderas y ecológicas resinas sintéticas, aprovechar la coyuntura para fijar esa cara tan hermosa en un soporte menos efímero que un huevo, verla llena de destellos antes de empujarla con el taco hacia la mejor carambola del billar.

En ese estado eufórico —el nuevo nacimiento de Anselmo Flores es poca cosa comparado con él—, Waldo Ruiz no puede advertir cómo ella señala con un delicado e insuficiente pétalo el fin de la lectura, ni cómo le deja una sonrisa sobre el pelo cuando está sobre él, antes de bajar.

Sin embargo, ella, Ana, sí se lleva consigo, en esas fugaces escapadas de una lectura absolutamente enmarañada con los ojos de Waldo, la insultante felicidad que él ha estado irradiando sin darse cuenta.

Como ha bajado por error en la plaza de Lemures, después de saltarse dos paradas de la suya, no tiene otro remedio que desandar con ciertas prisas el camino, urgida más que por la espera de Felisa por mantener —llegar media hora antes a una cita ya le parece tarde— el

rito quisquilloso de su puntualidad. Avanza a grandes pasos por las aceras repletas de gente todavía envuelta en las cálidas miradas de ese desconocido del autobús, imaginando que la sigue en secreto a cierta distancia para completar una felicidad ya bien inmensa con lo que aún no conoce de su persona: un argumento de rizos rubios en cascada hacia una cintura de sesenta y una escueta falda en tubo para el nacimiento de unas piernas más que maricler. Es su juego favorito. Amores invisibles, duendes, lobos de mar con pipa y pelo blanco a veces. No puede evitar sin embargo esconder a la estrategia de su juego una de las normas más estrictas, y así como al descuido, lanzando la exuberancia de rizos hacia un lado, se atreve a buscar en los rostros más anónimos que la siguen ese que imagina, ya alejado en la fantasía del primero aquel de Waldo. No le preocupa la ausencia, saberlo lejos ya en el autobús. Con el mismo movimiento de su pelo hacia adelante, de regreso al encuentro con Felisa, sabe que instala detrás de su figura el aliento tan querido de sus duendes, cientos, miles de ellos, de uno en uno. Una felicidad más entre otras muchas, no menor que leer en el autobús o adelantar en media hora las esperas de sus citas y suponer atuendos, actitudes o humores de los citados.

En la seguridad de que Felisa tardará todavía un poco en asomar sus prisas por la esquina de Arrayán, puede Ana empeñar su tiempo en varios juegos: interesante que lee en despiste entre las palomas de la plaza y enreda su balanceo de piernas con los pensamientos de los que cruzan, solicitudes de fuego para unos cigarrillos de papel violeta y filtro azul, recuento de jóvenes, niños y viejos y obtención de medias aritméticas para un duende resultado de la combinación



de las partes elegidas de cada uno de los integrantes en el muestreo. Felicidades simples, ñoñas; gigantescas por otro lado, comparadas con la ansiedad de reloj de pulsera de un individuo desesperando en otra espera.

Tras comprobar Félix el alargamiento inverosímil de los minutos en un reloj que le viene atrasando hora y tres cuartos por cada veinticuatro, contento de no haber esperado a nadie haciendo como el que espera, ofrece su fuego de yesca —otro regalo más del abuelo, junto al reloj— al insólito cigarrillo de colores que pavonea la chica y abre sus piernas al paseo de media mañana, en su ocio envidiable de profesor de instituto en versión nocturno. Su felicidad, hasta la hora del almuerzo en la misma cocina de la pensión, se nutre de una descansada observación de las prisas de la urbe, que va sedimentando luego en las siestas y al cabo de unos tiempos no excesivamente largos deposita en forma de aguadas de tinta en gruesos papeles. No ataca en abstracto con el pincel, pero tampoco se detiene en los detalles. Tan sólo a veces se demora en algún pasaje divertido de su observación, y con prolijas descripciones pone los acentos a un individuo de cierta edad portando un váter al hombro o camufla de rubia a su patrona contando el dinero de caja al finalizar la jornada.

Las clases de filosofía en el nocturno son un buen accidente que le proporcionan, a su edad, el regusto de la erótica de la educación, el engaño dulcísimo de acompañarse siempre de gente que parece estancada en los veinticinco, y la mejor manera de hacer tiempo para cobrar un buen talón a fin de mes. Un oficio accesorio, en definitiva.

Caminando sin prisas desemboca las más de las veces en un café con mucha azúcar junto al parque, en una terraza siempre soleada abundante en desocupados. Y es ahí donde con más fuerza se le manifiestan las observaciones que en el trayecto apenas han sido guiños, cuando no meras sombras. Pide el café y los dos sobres de costumbre, y enseguida algunas partes del rostro de la chica se le aparecen con una nitidez mayúscula, más que nada sus labios decorados en oscuro carmín atrapando el filtro azul. Sin embargo, si el reloj es exacto en su retraso, más de dos horas hace ya que ha perdido la más mínima oportunidad para fijar en el recuerdo el resto de detalles. Difícil va a ser pintarla.

Luego, bastante avanzados ya la mañana y el trabajo de reconstrucción de aquella mirada azul, una felicidad como de no creer lo inunda por completo, al recordar a una alumna de primero que bien podría sustituir el cuerpo apenas visto. Bastará sacarla al encerado cuatro veces para tomar el apunte de comienzo, y trabajar después con la improvisación de la memoria. Además, para la combinación de colores del cigarro y de los labios, o tal vez sólo de los labios, podrá valerle incluso la última paleta, la del dibujo de un camión volcado frente al instituto, con las cajas de cerezas estrelladas en la acera.

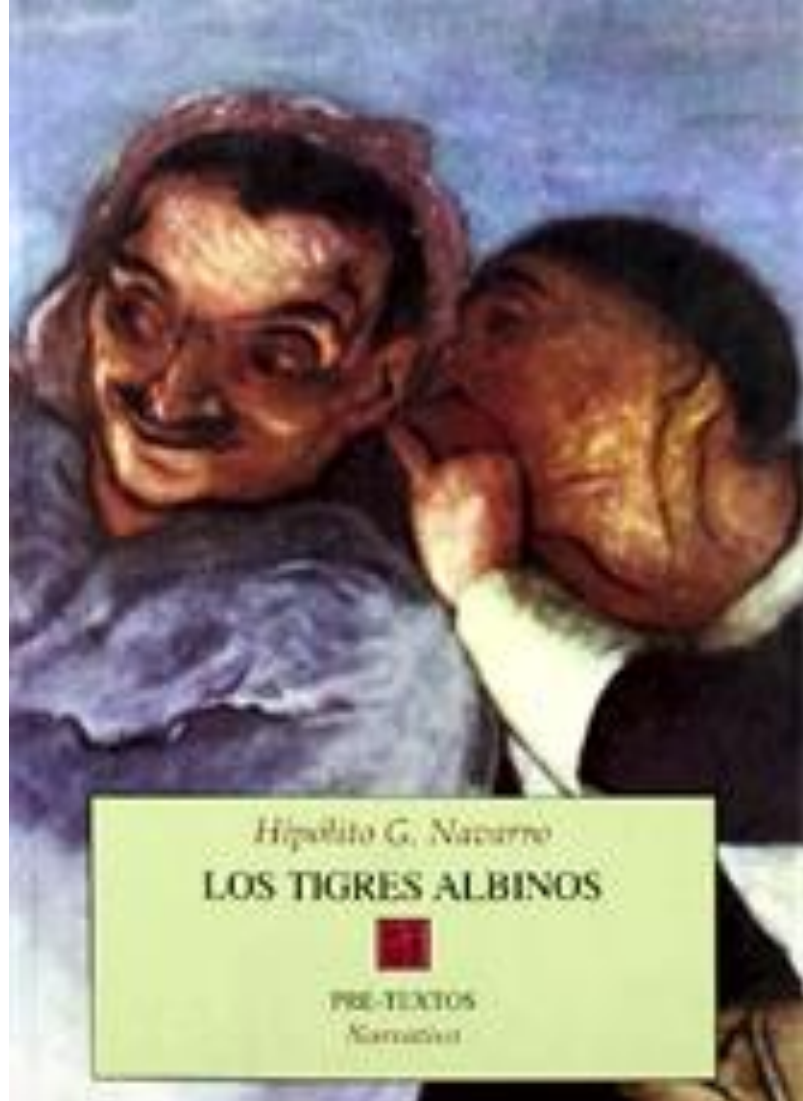
Deja entonces sobre la mesa el importe exacto del café —descuida

siempre y a conciencia la propina, esa pequeña humillación al camarero— y componiendo ya sobre la marcha un primer boceto del dibujo cruza ensimismado y feliz los primeros semáforos camino del almuerzo y de la tarde y los pinceles, para sin darse cuenta multiplicar una vez más un cúmulo de proyectos que desde hace mucho adquiere una irreversible tendencia al infinito, pues será esa pintura de la chica un dibujo más a simultanear con el más reciente del camión de las cerezas, los diez autorretratos falsos en largo demorados, otro con un tablero de ajedrez cubierto de hormigas o insectos parecidos, el bodegón de cristales encargo de la patrona, un aula con los pupitres rotos y el mapa del continente desvencijado en la pared del fondo, sobre un único alumno dormido, él, Félix niño, y otros tantos dibujos inacabados, imaginarios, felizmente imposibles: la mujer del autobús que se cubre el rostro con un libro forrado en blanco, el artesano en su taller fabricando bolas de billar — docenas de colmillos de las bestias formando alrededor raros tapices—, la guitarra manchada de sangre con las cuerdas cortadas, y al óleo, por probar, en la penumbra junto al lecho, un viajero de escaso maletín, con los zapatos, puede verse bien, muy ostensiblemente desatados. Destacará si acaso para alguien avisado una leve inicial dibujada en oro sobre el ocre de ese maletín, una letra ejecutada con escaso o ningún interés, tal vez por ser la última del abecedario, esa que siempre nombra la página más inútil de todas las agendas.

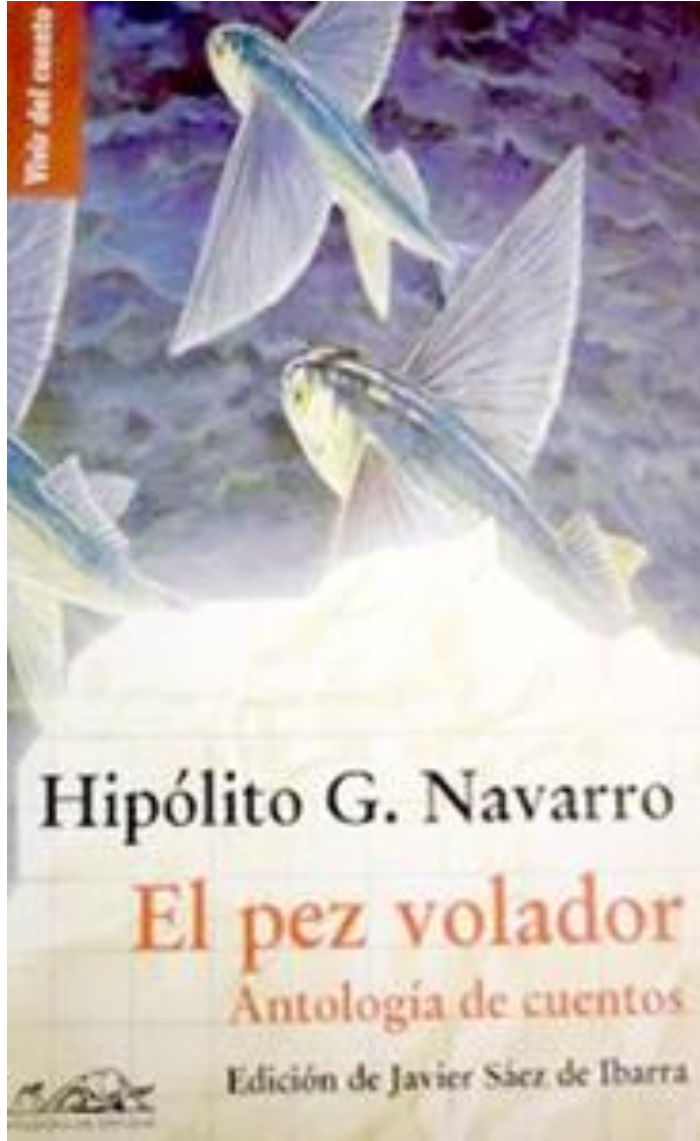
Jamón en escabeche

Una historia pequeña debe necesariamente estar formada por una anécdota mínima con un gancho fuerte en la primera línea, un desarrollo posterior de dos o tres líneas a lo sumo, y otra línea ya más corta para cerrar con un portazo una sugerencia apenas dibujada.

A mí la historia pequeña que se me apetece ahora tendría que partir de un gancho clavado firmemente en el techo de la cocina, lo suficientemente agarrado como para soportar el peso de un buen jamón que habré comprado para sorprender a la parienta con un manjar no muy habitual en nuestra economía, continuar la pequeña historia con un taburete para colgar la pieza impresionante a una altura lo suficiente como para que sea un fastidio rebanar las lonchas y que el asunto nos dure un tiempcito, y procurarme un cuchillo bien afilado para separar las partes de tocino y catar en principio la calidad de curación de este arrebató. Luego, en una desesperación del paladar recién nacido a la abundancia y a la gula, abusar de las capacidades de mis tripas devorando la mitad del artefacto sin esperar a la parienta, que el jamón comido así como a escondidas sabe más y se cuele livianito como un caldo de gazpacho introductorio a las siestas del verano, y realizar una parada para el trago de cerveza cotidiana antes de atacar la cara oculta con ansias renovadas y la firme determinación de exterminar en diez minutos lo que aunque ya es medio jamón puede ser un argumento completísimo de bronca con la Ignacia, que vendrá reventada de apañar aceitunas para encima verme a mí vagueando en lo alto de un taburete agarrado ya tan sólo de una cuerda y limpiándome las grasas deladoras en la bocamanga del abrigo, que para entonces el hueso ya lo habré escondido en la alacena y habré terminado la faena farragosa de construir el lazo que me sirva de corbata, rodeándome el pescuezo con el aroma intenso todavía del jamoncito, antes de darle la patada definitiva al taburete que termine de una vez por todas con esta digestión tan indigesta.



Me apetecería una historia así de pequeñita, pero como no está el horno para bollos, con la Ignacia deslomada a la sombra de los olivos recogiendo los sustentos, me conformo con el culebrón de una historia más larga, con este carajo de lata de sardinas que no se quiere abrir y mira que ya tengo abierto el pan hace media hora y la cerveza sin espuma, que ya tengo claro que una tarde más me la tendré que beber sosa y sin fuerza por culpa de esta afición desmesurada y por obligación del escabeche, con lo bueno que estaría este bocadillo repleto de las lonchas de la otra historia, rebanadas con delicadeza de un jamón colgado en un gancho que pertenece a ésta y que me mira desde el techo cada tarde manejar peor el abrelatas.



calor. Los padres se aman desnuditos bajo las blanquísimas pieles de oso, la abuela come a lentos puñados de un pescado blanco salpicado de rojo intenso en las agallas, y el hijo entretiene su mirada en el alegre bailoteo de las llamas en el fuego del hogar. Esa contemplación ensimismada le ocupa todas las horas; hay poco colegio por esas latitudes. No se trata de perder el tiempo, aunque lo parezca, como no se pierde el tiempo si se observa toda una tarde el vaivén del mar golpeando en la costa o el resto de la noche el cuerpo desnudo de la mujer que hemos amado. Los ojos del niño han subido y bajado al compás de las llamas durante horas y horas, y ahora tiene como dos brasas las pupilas. Afuera todo lo más quedará un solitario pingüino rezagado, el paisaje aún más plano bajo el peso de difíciles constelaciones. Es entonces cuando el niño casi lo susurra: «Bueno..., y yo ahora me pregunto...: ¿qué es un rincón?».

La inspiración

Hay que imaginarse el escenario: los días todos iguales del Polo Sur, una atardecida eterna que arropa de desvaído azul un universo frío, plano y desamueblado. En el espacio que nos interesa recortar tal vez se puedan suponer, además de la superficie helada y blanca, tres o cuatro pingüinos a lo lejos, si acaso en un ángulo a la izquierda los deshinchados amagos amarillos de una aurora boreal. Poco más. Y frío, un frío abstracto y desacostumbrado para los termómetros.

Pero en el centro de la escena está el iglú, como una redonda y rotunda provocación. Y en su interior, la historia: despaciosos sucesos presididos por el

Los k

No es muy grande la mesa que aquí tengo. Justo lo suficiente para el ordenador y la impresora, un taco de hojillas para notas, la funda de las gafas..., el bote de los bolígrafos también, la macetilla con el cactus para absorber las radiaciones... y el teléfono éste desde el que le cuento.

Sí, en efecto, ya hace un rato largo que pasó, pero es que usted siempre comunica.

De aquí mismo salieron, de los agujeritos del auricular, uno a uno, muy despacio, como si disimularan. Luego fueron entrando por la rejilla de ventilación del aparato, también en fila india y en silencio, como la otra vez. Se pudo ver enseguida cómo algunos

atravesaban por la pantalla apagada, escarbando desde dentro, con una intermitencia de iconos desquiciados, mientras otros aparecían de súbito, sin apenas transición, por la bandeja de salida de papel de la impresora.

Tan sólo unos cuantos, de intenciones menos cibernéticas, bajaron directamente a la mesa. Impunes y envalentonados, estuvieron recorriendo cada una de las púas del cactus, el interior de la funda de las gafas, la mullida y confortable brevedad de la gamuza amarilla que en otro tiempo utilicé para limpiar las lentes. Incluso un par de ellos se colaron por el agujerito del mechero, y a través de la rosa transparencia se los podía ver como nadando en el gas, que es líquido sin embargo, como sabe.

¿El total? Tres o cuatro docenas como mucho. No me explico cómo han logrado convencer a los millones que albergaba el aparato, y llevárselos a todos.

Así que esta vez, y por favor, nada de ampliaciones de memoria ni de placas añadidas. Mejor será que me instale un disco duro todavía mayor, si acaso un disco externo adicional para estas emergencias. Ya ve lo fácil que ha sido quedarse de nuevo sin los puñeteros megas. No es que el aparato se quede pequeño, desfasado, como usted profetizó; se ha quedado en blanco, encefalograma plano así ataque las teclas en plan Stravinsky intentando recuperar algún archivo.

Que con esos archivos pasa como con las abuelas, que más tarde o más temprano se queda uno sin ellas, eso también me lo dijo la otra vez. Se repite usted, amigo. Hace mucho ya que yo no tengo abuelas. A una no llegué ni a conocerla.

Y que me ponga del lado de los k. Eso también. No seré yo precisamente quien

deje de considerar como bastante razonable y hasta justificado su abandono. Nadie mejor para conocer de primera mano mi producción, la que luego se hace pública..., y también la otra. Una novela entera perdí en la otra ocasión. ¿Se ríe? Bueno, sí, tendría que reírme de nuevo un poco yo también. La pérdida de una novela a medio escribir es la mejor oportunidad que se le presenta a uno para lloriquear por un motivo verdaderamente absurdo, una alegría exquisita que no se da todos los días. Transcurrido un tiempo, además, el suceso termina por convertirse en una lección soberbia, de lo más edificante: verifica uno que las novelas las pierde uno y sólo uno, y no, como en algunos momentos me hubiese cabido suponer, que las está perdiendo la historia de la literatura o, todavía más, la literatura misma...

Usted tardará semanas en poder atenderme. Me lo estaba viendo venir. De todas formas apúntelo en su agenda: fulanito ge punto de tal se quedó otra vez sin megas. Si usted, que es un buen técnico, en alguna de sus reparaciones se los encontrara y corrobora que en efecto son los míos y no otros, me los manda con una buena bronca, haciéndoles los cargos.

Vía módem, estamos okey, de acuerdo; dejo la línea abierta. Le pago con tarjeta.

Un momento, un momento: he llamado mesa a esta torpe composición, a su basto acabado: un tablero sin pulir sobre dos cajoneras macizadas de libros por un lado y un caballete a punto de vencerse por el otro. Es no obstante la mesa que me sirve. Diga a su hermano, pues, que se venga con la lija cuanto antes. La mesa ha quedado que da pena. Defecan mucho, encima, los malditos k.



Daniel Heredia

Hipólito G. Navarro:
“Hay que ser malvado
para decir que, entre
novela y novela, para
descansar,
se escriben cuentos”

Hipólito G. Navarro, escritor.

(c) Conchitina

Hipólito G. Navarro es uno de los escritores españoles más atrevidos en el terreno del cuento. Sus narraciones breves son transgresoras, lúcidas, corrosivas, brillantes, divertidas, escritas con un tipo de humor que en nuestras letras tiene escasos representantes. Quizá como un Ring Lardner castizo aderezado con generosidad y retranca. Posee además la capacidad de narrar como si estuviésemos escuchando a alguien que conocemos muy bien. Cada uno de sus relatos se convierte por tanto en algo irreplicable que interactúa con el lector y pone a prueba su inteligencia. Poli-para los amigos- resulta un tipo sorprendente, dotado de una fina ironía que empuja a devorar sus historias.

*Ha estado algún tiempo sin escribir.
¿Por qué?*

¿Un tiempo? Llevo una eternidad sin escribir. Al menos una eternidad sin escribir por el puro placer de escribir. Hace demasiado que solo atiendo a encargos más o menos gustosos o nutritivos, y a algunas escrituras todavía demasiado íntimas y secretas, que no sé si verán alguna vez la luz. Ignoro la razón de este casi abandono, la verdad. Dejé de fumar, y con la nicotina se me fue la inspiración, vamos a decir. Habrá más razones, pero mejor será no escarbar demasiado en un asunto que comienza a ser ya un poquitín doloroso para mí.

¿Para cuándo entonces su próximo libro? No lo sé. Las hojas más corregidas, las que no me avergüenzan del todo, las he tenido ya amarradas en dos o tres formatos distintos, pero ninguno de esos atadijos me termina de convencer. Me gustaría dejar cerrado en este 2015 un volumen que no me disgustase demasiado. Aunque este deseo es el mismo que me he repetido durante los tres o cuatro últimos años, quisiera pensar que esta vez seré capaz de cumplirlo de una vez.

¿Cuento o relato?

Cuento, cuento. Pero no ocultaré que durante mucho tiempo me poseyó también la querencia fuerte aquella de nuestro añorado Fernando Quiñones de llamar relatos a las narraciones que iba consiguiendo. Mi primera colección, *El cielo está López*, en la portada misma lleva como subtítulo la advertencia de que lo que encontrará el lector en sus páginas son “18 relatos”. Se comprenderá que en 1990, y con aquel título descacharrado, intuyera yo como bastante necesaria la aclaración. Incluso diez años después seguía pensando igual, pero ya sin tanta aparatosidad. En

Los tigres albinos, del año 2000, es en el texto de las solapas donde se señala el libro como colección de relatos y microrrelatos. Pero luego ya el término cuento se me ha ido imponiendo y cada día lo prefiero con más fuerza. Además, escribir cuentos lo convierte a uno en cuentista, que es una cosa mucho más bonita que ser relatista, ¿no?

¿Por qué le interesa tanto el cuento?

Porque es un género que me ha permitido jugar con el lenguaje, con las estructuras, de una manera que intuyo imposible en formatos más largos. Como lector, porque me parece el género más respetuoso, el que me deja mayor espacio para disfrutar la lectura de verdad. Me gusta la proporción mágica entre brevedad e intensidad que regala un buen cuento.

¿Qué nace antes, las historias o los personajes?

Los dos van de la mano, no creo que puedan separarse y existir mucho rato las unas sin los otros y viceversa.

¿Cuáles son, a su entender, las cualidades que debe disponer un buen cuentista?

No lo sé. Cada cuentista tendrá las suyas, pero si existe una cualidad principal esa debe ser, sin duda, saber poner el punto final a tiempo. Por algún lado se lo tengo leído a Isaak Babel a propósito de Maupassant: *“No hay acero que traspase de forma más contundente el corazón humano que un punto puesto a tiempo”*.

¿Qué sería usted sin el humor?

Pues precisamente esto que soy ahora. Era el humor el que me salvaba de mí mismo. Y ahora me encuentro un poco solo. Me está pareciendo que al humor mío yo solo le había puesto la erre final, que todo lo demás me lo daba el tabaco, con su humo, tan guapo.

¿Qué papel juega el azar en sus cuentos?

Todo, o casi todo. Siempre he escrito mis cuentos un poco a lo loco, sin saber muy bien hacia dónde se dirigen la historia y los personajes, al menos hasta la mitad de su aventura. Cuando se me hace la luz del final, siempre procuro cerrarlos rápidamente, para pasar al cuento siguiente y volver a disfrutar de esa zozobra, de esa incertidumbre. Así los escribí durante años; por eso era tan placentero todo. Me temo que ahora pretendo controlar demasiado, me paraliza y termino por aburrirme.

¿Los cuentos y el jazz tienen muchas características similares para usted?

Quisiera pensar que los míos tienen bastantes. Hay en ellos, en muchos de ellos por lo menos, un tema principal, un nudo, o varios, que se dejan rodear de mucho juego y mucha improvisación. Pero también es verdad que el resultado final tiene que ver a veces con una minuciosa corrección y peinado y repeinado del derrame azaroso de su primera escritura, de poner en orden concienzudamente toda esa locura inicial.

Ha comentado en otras entrevistas que entre cuento y cuento escribía novelas, todo lo contrario de lo que afirman la mayoría de los escritores.

Entre libro y libro de cuentos, sí. Para descansar de la tensión que supone la escritura de los libros de cuentos. Es una broma, obviamente, una manera de responder a ese comentario tan común de muchos novelistas. Hay que ser muy malvado para decir que, entre novela y novela, para descansar, se escriben cuentos. ¡Para descansar se pasea por la playa o por el parque, no se pone uno a escribir cuentos ni novelas! Es un comentario tan despreciativo hacia el género cuento, y tan repetido, además,



Su novela *Las medusas de Niza*. ¿Fue una casualidad o quiso demostrar que era capaz de escribir una novela?

Esa novela es también un libro de cuentos camuflado, no nos vamos a engañar a estas alturas de la vida. Un libro de cuentos que confluyen todos en una sola historia, eso sí. Como novela la pensé y estructuré, como novela fue premiada, y como novela se defendió entre los lectores y la crítica en sus

dos ediciones. Pero fue una experiencia que no he sido capaz de repetir después. No logro sentarme con unos mismos personajes y situaciones durante más de dos semanas seguidas. Me desespero. Lo mismo me sucede como lector: no puedo con los libros de ficción que me ocupan más allá de ese tope de los quince días.

No es un autor muy prolífico, ¿por qué?

Bueno, yo considero que fui muy prolífico hasta la reunión de casi todos mis cuentos en Seix Barral, *Los últimos percances*, publicada en 2005. Siete libros en quince años me parecía entonces y también ahora una barbaridad. Se pone uno a pensar en Rulfo y da hasta un poco de vergüenza. Otra cosa es lo que me viene sucediendo desde esa fecha, este bloqueo ya preocupante. En estos diez años solo ha visto la luz en España una antología en

Páginas de Espuma, *El pez volador*, a finales de 2008.

Pero también es verdad que no he dejado de participar en libros colectivos y en casi todas las antologías de cuentos y de microrrelatos publicadas en este tiempo, y que se me ha traducido y editado en una docena de

países, incluida Nueva Zelanda, que es lo más lejos a donde yo pensaba llegar con mis cuentos: teniendo en cuenta que eso está en las antípodas mismamente, llegar más lejos hubiese sido un despropósito, como volver a acercarse otra vez, por el otro lado, ¿no le parece?

De entre los títulos que conforman su obra, ¿sería capaz de destacar un par de ellos y alegar las razones de tal selección?

Me sigue gustando *El aburrimiento*, *Lester*, porque es una colección de piezas muy experimentales, muy diferentes entre sí, que señalan muy bien, me parece, el carácter de obra única y exclusiva de cada una de ellas, que no hubiesen necesitado de la compañía de las otras para andar por el mundo: en lugar de un libro de cuentos, podría haber sido once libritos individuales, uno por cada cuento. Y también me gusta *Los tigres albinos*, justamente, por lo contrario: porque es un volumen muy medido en su composición, con dos bloques que se enfrentan en un pulso: los cuentos de extensión convencional contra los microrrelatos, un género que también me apasiona. Como en *Los últimos percances* se recogen esos dos títulos, más el que da nombre a la compilación entera, mejor será señalar este último, imagino.

¿Hasta qué punto ha sido determinante en su obra que su infancia la pasara en varios pueblos de la Sierra de Huelva?

No lo sé. Sí me resulta curioso descubrir que mis primeros textos tenían

un carácter marcadamente urbano (comencé a escribir cuentos ya en Sevilla, cuando estudiaba Biología, fascinado por la ciudad), y que ahora las pocas aventuras que inicio acaben yéndoseme casi todas a aquellos lugares mágicos de mi infancia y adolescencia. Regreso al paraíso perdido de la infancia. Mal asunto. Serán cosas de la edad.

¿De qué vive ahora usted?

Si su pregunta tiene alguna retranca, podría responder que de las ruinas, de las rentas de lo que ya fue. Si es más literal, le diré que de un trabajo más o menos estable y más o menos gris. Pero después de pasar por varios lugares esquizofrénicos de la edición, del periodismo y de la publicidad, también le puedo decir que mucho más tranquilo, rodeado de buenos amigos.

¿Podría describirnos un día cualquiera en su vida?

Un despertar despacioso, para que se me pongan en marcha las bisagras sin demasiado dolor (desde una operación de columna las tengo algo delicadas y torponas), y luego una alternancia de calmosa vida familiar, horas de lectura de textos de ficción por placer y de textos legales por obligación,

paseos, películas y música, mucha música sobre todo. Unos días de vértigo, como se puede ver.

¿Cuáles son sus afinidades literarias?

Me gustan mucho todas las gentes del cuento, esa secta maravillosa. Y todos sus lugares, sus plazas y jardines.

¿Cómo convive con la vanidad de muchos de sus compañeros de profesión?

Es divertido el espectáculo, por ahora. Con ratos patéticos, cuando se descubre uno actuando en él, pero divertido, ya digo, por ahora.

¿Qué le gustaría alcanzar a nivel editorial en los próximos años?

Con que mis editores me sigan queriendo me conformo. Eso es mucho, para un autor que lleva una eternidad sin darles trabajo.

Sus editoriales preferidas son...

Páginas de Espuma, Seix Barral y Pre-Textos, que son las últimas que han apostado por mi escritura. Siento añoranza de aquel sello ya desaparecido que unió a Anaya con Mario Muchnik, el editor que me sacó de la oscuridad editorial andaluza cuando yo era un perfecto desconocido.

Se ha encontrado en un mercadillo o librería de viejo alguno de sus libros?

Una vez vi un ejemplar en la Cuesta de Moyano y estuve tentado de llevármelo. Pero le hubiese quitado la alegría de encontrarlo a otro comprador y lo dejé allí, con su dedicatoria y todo. ¿No dicen que así, con la primera página garabateada por el autor, dedicado a un amigo, valen un poco más? ¿O era un poco menos?

Un proyecto libresco que tenga entre manos...

Conformar un atadajo de textos medianamente aceptable con lo que doy por terminado de corregir, pero que no sé muy bien cómo agrupar.

¿Cuáles son las cualidades que más aprecia en la gente, en sus amigos?

La alegría, el buen humor, la inteligencia, la calidez.

¿A qué le tiene miedo?

A la locura, a la enfermedad.

¿Con qué odia perder el tiempo?

Con el noventa por ciento de la programación de todas las televisiones.

¿Quién es realmente Hipólito G. Navarro?

Esto no es para que lo responda el tío, desde luego. Quiero pensar que soy una buena persona, un buen amigo. Un



tipo algo loco y dicharachero, eso también.

Hemingway decía que escribía sobre lo que sabía. Otros escritores escriben para averiguar.

¿Para qué escribe usted?

Hasta ayer, siempre escribí por placer, para divertirme y pensar (cosa que no sé hacer por mí mismo, solo), y de camino, para hacer reír y pensar a un tiempo a mis lectores.

¿Escribe cada día?

No. Puedo pasarme largas temporadas sin escribir una coma. Ya lo estamos viendo.

Para escribir no puede faltarle...

Mucho tiempo y tranquilidad por delante.

¿Piensa en un lector determinado a la hora de crear?

No, pero puedo imaginar sobre la marcha la cara y las sonrisas de muchos lectores amigos con algunos pasajes que se me ocurren, y el gesto de fastidio de otros, menos amigos estos.

¿Tiene alguna superstición mientras escribe?

No.

¿Corrige mucho?

Corrijo demasiado, infinitamente. Así bastantes días lo haga como Oscar Wilde: *“Hoy me he pasado todo el día corrigiendo: por la mañana he puesto una coma, y por la tarde la he vuelto a quitar”*.

¿Utiliza cuadernos para tomar notas o lo hace todo por ordenador? Si utiliza cuadernos, ¿qué tipo de cuadernos?

Cuadernos y papelitos, sobre todo papelitos. De todo tipo, no tengo preferencias.

¿Recuerda cuándo fue la primera vez que se sintió escritor?

Escritor me parece una palabra demasiado gorda y pomposa para lo que yo hago; vamos a cambiarla por cuentista, mejor. Recuerdo que me sentí cuentista el día que puse el punto final a un cuento, allá por el verano del 81, que a mí me pareció que ya podía defenderse solo, sin tener que acompañarlo yo para explicar qué había querido contar con él. Su título es *Sucedáneo: pez volador*, y le tengo un particular cariño.

¿A quién le deja leer sus manuscritos antes de ser editados?

A tres o cuatro amigos muy queridos, cuentistas ellos también, y a mi compañera y a mi hijo.

¿Hay algún estereotipo de escritor en el que odiaría caer?

Hay varios, sí. A saber, si no habremos caído ya en alguno. Estas cosas se ven mejor desde fuera.

¿Dónde escribe?

Por regla general, en casa, en mi pequeño estudio.

¿Cómo es ese sitio?

Una habitación pequeña con una mesa enorme y las paredes forradas de libros.

¿Necesita silencio para crear?

No. Pongo música todo el rato, instrumental.

¿Qué opinión le merecen los talleres de creación literaria? ¿Valen para algo?

Imagino que habrá de todo, como en botica. Dependerá de quiénes los imparten. Conozco un buen puñado de ellos muy valiosos, en los que no me importaría matricularme y aprenderlo todo de nuevo. Por la parte que me toca, el contacto que en ellos establecen los alumnos con los autores me parece unos de los costados más interesantes del asunto: yo aprendo muchísimo de los alumnos cada vez que paso unas cuantas horas con ellos.

¿Y los premios literarios?

También hay de todo en ellos. A mí me parecen necesarios. Los autores también comen. Personalmente me han hecho muy feliz los que he recibido sin necesidad de presentarme.

Una razón para leerlo, señor Navarro.

Mejor que la den otros; será más elegante, ¿no?

¿Por qué leer?

Porque es una de las ocupaciones más fascinantes y ricas que podemos tener.

¿Leer es vivir?

No. Pero se le parece bastante.

¿Cuántas horas diarias dedica a la lectura?

Muchísimas. Todas las que puedo. Hay días, muchos, que no hago otra cosa.

¿Qué tipo de lector es?

Pues compulsivo, apasionado, arrebatado.

¿Cuáles son las claves de un buen lector?

No lo sé.

¿Qué ha aprendido de sí mismo leyendo que no hubiera podido aprender solo?

Casi todo.

¿Cómo se debe leer: ¿en voz baja, en voz alta o sin voz?

Prefiero hacerlo en silencio. Lo que no quita que en casa nos encante leer en voz alta, para compartir todos a la vez la emoción de una buena historia.

¿Cuál es su sitio preferido para leer?

Leo en cualquier lado y en cualquier momento sin problemas. Tengo buena capacidad para cerrar ojos y orejas a lo que me rodea mientras leo. Nada me estorba si lo que tengo entre manos me gusta.

¿Quién le enseñó a leer?

Ah, Elvira Navarro, mi madre querida, y la señorita Esperanza, nuestra querida maestra de párvulos en Fuenteheridos.

¿Cuál fue ese libro que le convirtió en lector?

No fue un libro en concreto: fue la maravilla de las letras por ellas mismas, la fascinación de los sonidos que formaban al reunirse en sílabas y palabras, para darle el nombre a las cosas del mundo.

¿Qué libros le han emocionado en su vida?

Han sido muchos, afortunadamente. Fue toda una conmoción releer *El paseo*, de Robert Walser, junto a mi madre en su cama, en el hospital, en los últimos días de su vida. La belleza de las páginas del escritor suizo y la mano de ella apretando la mía en algunos pasajes serán ya para siempre una misma cosa dulce y poderosa en mi memoria.

¿Cuáles son sus autores preferidos?

También son bastantes. Como muchos de ellos son buenos amigos, y muy queridos, no quisiera citar unos para dejarme atrás otros. Tengo debilidad por los cuentistas latinoamericanos de la etapa del *boom*, y por autores centroeuropeos de la primera mitad del



siglo XX. Autores y autoras, sin distinción de género, por favor.

¿Qué título reciente le ha dejado sin aliento?

Hombre, tanto como sin aliento... El último libro de Javier Sáez de Ibarra, *Bulevar*, me parece prodigioso. Anoche cerré *Un paseo invernal*, el último libro de Thoreau que han publicado los de Errata Naturae; es una absoluta delicia.

¿Qué libro no ha sido capaz de terminar de leer?

También ha habido ya unos cuantos. Tan solo con uno lo intento y lo intento; le quedan todavía un par de oportunidades veraniegas más: el *Ulises* de Joyce. Contiene páginas deslumbrantes, es cierto, pero me cansa el puñetero, y no logro concluirlo.

¿Cómo se puede fomentar la lectura entre los estudiantes que sólo abren los libros por obligación?

Quizá una buena manera fuese prohibiéndoles la lectura. El libro que más leyeron los estudiantes de mi época, especialmente los que no leían nada, fue el famoso librito rojo de Mao, que estaba prohibido por aquel entonces.

¿Existe una decadencia de la lectura, de los lectores?

Creo que sí. Entre las nuevas generaciones, los libros lo tienen difícil

para competir con las atractivas propuestas de la industria audiovisual, me temo.

¿Qué es el libro para usted?

Uno de los artefactos más bellos inventados por la humanidad.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos de infancia con los libros?

En mi casa, desgraciadamente, no había libros. Los primeros que tuve fueron los libros de texto del colegio. Podía consumir horas y horas pasando sus páginas, contemplando las ilustraciones, emborrachándome de su aroma, cuando casi aún no había aprendido a leer. Así estuviesen impresos a dos tintas, le dieron todo el color a mi infancia en los grises años sesenta que me tocaron en suerte.

¿Cuál es su relación ahora con los libros?

Estupenda. Y problemática. Ahí estamos en el pulso de si ellos me echan de casa o si les pongo vivienda nueva más amplia para que quepamos todos juntos. Es una pelea, me temo, que ganarán ellos siempre.

¿Quién le educó en el amor a los libros?

Ha sido una querencia personal desde siempre, que brotó en mí de forma misteriosa, porque ni en mi casa, como le digo, ni en la de mis familiares, había libros. Un profesor muy añorado del bachillerato, Amadeo Romero, la reforzaría más tarde, pero la pasión ya estaba bien afianzada. Bueno, ahora que pienso en esto, recuerdo que sí había un libro en la casa de mi abuelo, que yo heredé de él: era un ejemplar muy viejo, casi hecho menuzos, de un escritor sevillano llamado José Nakens, una colección de burlas anticlericales titulada *Chaparrón de milagros*. No creo que fuese ese libro el que me marcó (sí recuerdo que eran muy divertidas -y hasta

escandalosas para el niño que yo sería entonces— las consideraciones del autor sobre algunos milagros famosos), pero no lo siento como un volumen particularmente especial. De hecho, lo perdí en alguna mudanza o lo regalé a alguien, no lo recuerdo. Si debo de reconocer en cambio que la palabra “chaparrón” del título, utilizada para algo que no tenía nada que ver con la lluvia, me llamó poderosamente la atención, y desde entonces se convirtió en mi palabra talismán, una palabra comodín que utilizo constantemente.

¿Cómo los cuida usted?

Afortunadamente son criaturas que exigen poco: no hay que darles de comer, ni sacarlas tres veces al día para que hagan sus necesidades. Con ponerles unas baldas bien firmes se conforman. Solo quieren compañía, que les arrimes nuevos compañeros todo el rato. Con alguna pena elimino a veces los escurridizos lepismas que les rondan, esos bonitos pececillos de plata diminutos con aspecto de pangolín prehistórico.

¿Los presta?

Algunos presto, sí. Tengo además tres o cuatro amigos muy útiles para cuando necesito deshacerme de algunos volúmenes: todo lo que les dejo no regresa jamás a mis estanterías, y eso es impagable.

¿Qué es un libro que no se lee?

Siempre será una posibilidad de futura lectura; nuestra, o de otros. Junto a los libros ya leídos, amados, es bueno tener al alcance de la mano un buen número de libros que esperan su oportunidad. Sé que tengo muchos a mi alrededor que no podré leer, pero me alegra la vida saber que me acompañan, que están ahí dándome felicidad y futuro.

Un libro que relea con frecuencia.

Tres: *Drácula*, de Bram Stoker; *El proceso*, de Kafka, y *Molloy*, de Beckett. Se trata de mi pasión desde la más cándida adolescencia por los autores de apellido con k. Es curioso: digo “cándida adolescencia”, y caigo en la cuenta de que los tres fueron libros leídos por recomendación de mi buen amigo Cándido. ¡Qué listas son las palabras, virgen santa!

Y uno que le hubiese gustado escribir.

¡Dios, muchos! *Historias de cronopios y de famas*, de Cortázar. O ese relato largo maravilloso de Mrozek, *Alguien que me lleve*. ¡Y *Bàrnabo de las montañas*, de Buzzati!

¿Prefiere los libros recién sacados de la imprenta o los volúmenes con cubiertas raídas y páginas apergaminadas por los años y el uso?

Recién salidos de la imprenta, por favor, olorosos de tinta nueva.

¿Dónde suele comprar los libros?

En librerías amigas.

¿Visita las librerías de viejo?

Sólo cuando salen al aire libre, en las ferias, para airear sus humores.

¿Cuántos libros suele comprar en un año?

Demasiado pocos quizá. Me regalan muchos mis amigos.

¿Cuál es su posesión libresca de la que se siente más orgulloso?

No tengo ese sentimiento con los libros; los quiero a todos por igual. Quizá lo sienta más por algunos tebeos.

¿Alguna manía u obsesión con los libros?

Creo que no. Bueno, sí, sí, una muy curiosa, para estudiar psicoanalíticamente: todos los nuestros viven reclusos en la biblioteca, en las habitaciones, forrando las paredes. En el salón de nuestra casa solo permanecen,



casi ocultos detrás de una lámpara en una mesita, los que tenemos entre manos en el momento. Si alguien llega a casa y no traspasa la frontera del salón, no verá libro alguno. Parece como si en ese ámbito quisiera darle un carácter de intimidad total a esa pasión. Para estudiarlo, ya digo.

¿Posee ex libris?

Tres o cuatro sellitos de caucho tengo por ahí, regalos de amigos y familiares, precioso uno de ellos, además. Pero con todos me ha pasado lo mismo: los he usado una vez para ver el dibujito impreso en la página de respeto de un libro, y ya después me olvido.

¿Están sus libros limpios de notas y subrayados o los marca de alguna de manera?

Por deformación profesional, supongo, no puedo dejar sin doblar la esquinita inferior de la hoja cuando encuentro una errata.

¿El libro en papel será en el futuro un objeto de lujo?

No lo creo. Quizá en un futuro muy muy lejano, no imaginado todavía ni por la ciencia ficción.

¿Tiene libro electrónico?

No.

¿Qué opina sobre el libro electrónico?

A mí me parece estupendo, especialmente para esos lectores que argumentan que pueden llevar mil o dos mil libros sin peso para sus vacaciones. Yo, que apenas consigo leer dos o tres a la semana, no lo encuentro tan necesario, la verdad.

Su biblioteca es...

No sabría decir. Es la mía, sin más.

¿Cuántos volúmenes contiene?

Algunos miles. No sé cuántos, nunca los he contado.

¿Cómo clasifica su biblioteca?

En los orígenes tuvo una clasificación más o menos estándar: novela, cuento, cómics, ensayo, agrupados además por nacionalidad de los autores, pero con el paso del tiempo se ha ido complicando, y conviven juntos ahora volúmenes muy diferentes entre sí.

¿Qué dicen los libros de su biblioteca sobre usted como lector?

Quizá que tengo demasiados intereses, porque en ella hay de todo; que he sido bastante caótico, que lo sigo siendo, a pesar de la querencia por la ficción en formato breve.

¿Qué género predomina entre sus estanterías?

Cuento.

¿La tiene ordenada?

Lo procuro, pero el arribo continuo de nuevos libros me lo impide del todo. Eso sí: autores muy queridos tienen sus baldas propias, y sus libros están a la mano siempre. Lo malo de tener estantes de triple fondo es que algunos volúmenes

se van quedando en la parte de atrás casi para siempre.

¿Cómo debe formarse una biblioteca?

Lo ignoro. Poco a poco, supongo. Que cada volumen incorporado sea de verdad una pieza querida, deseada.

¿Tiene un trastero o cuarto similar para los libros que no le interesan?

No. Los que no me interesan los guardo un tiempo, pero tarde o temprano terminan saliendo de casa.

¿Sus baldas acumulan objetos además de libros?

Sí, es inevitable. Postales, figuritas de animales, cochecitos de juguete y, sobre todo, romanos; a falta de figuritas de *El Jabato*, mis tebeos de la adolescencia, colecciono romanos, que eran los enemigos naturales de mis héroes favoritos.

¿Cuál es el libro más raro de su biblioteca?

Creo que no tengo ningún libro raro. Miro a mi alrededor y los encuentro todos de lo más normales.

¿Y el más caro?

Tampoco poseo libros caros. No me interesan los libros por su precio.

¿Hace expurgo en su biblioteca con frecuencia? ¿Adónde van a parar esos libros sacrificados?

De vez en cuando, sí. Regalo muchos, y también me gusta dejarlos, uno a uno, sobre los bancos de un parque cercano. Es curioso comprobar cómo pasa la gente, los mira, y no se atreve a cogerlos siquiera para echarles un vistazo; tardan mucho en desaparecer en ocasiones.

¿Contiene libros en otros idiomas?

Muy pocos. Los que contienen traducciones de mis cuentos, y algunos de los tiempos de estudiante, obligatorios en el bachillerato, de los que me da pena deshacerme.

¿Qué biblioteca ha visitado y le ha fascinado?

Me fascinó la Biblioteca Pública de Nueva York, ciertamente, pero recuerdo que justo cuando la visitaba me vino a la memoria con una fuerza inusitada la de mi viejo profesor Amadeo Romero, en su casa de Cortegana. Creo que fue aquella sala, donde pasé tantas horas de mi adolescencia –cierro los ojos y puedo ver todavía hoy con nitidez los maravillosos tomos azules de la *Summa Artis* lineados frente a mí–, la que más me gusta del mundo, aunque ya no exista, o precisamente por eso, por la melancolía que me produce su desaparición.

¿Qué biblioteca le gustaría visitar?

La Trinity Library, en el Trinity College, de Dublín.

Hipólito G. Navarro (Huelva, 1961) reside en Sevilla desde 1979. Biólogo interruptus, ha desarrollado varios trabajos relacionados con el mundo editorial. Entre 1994 y 2001 dirigió la revista dedicada al cuento literario, *Sin embargo*. Ha colaborado en varios periódicos y sus relatos, traducidos a nueve idiomas, han sido recogidos en numerosas antologías. Ha escrito siete libros de cuentos: *El cielo está López* (Don Quijote, 1990), *Manías y melomanías mismamente* (Don Quijote, 1992), *Relatos mínimos* (Ediciones del 1900, 1996), *El aburrimiento, Lester* (Anaya & Mario Muchnik, 1996), *Los tigres albinos*

Pre-Textos, 2000), *Los últimos percances* (Seix Barral, 2005) y *El pez volador* (Páginas de Espuma, 2008), así como la novela *Las medusas de Niza* (Algaida, 2000). Ha ganado numerosos premios, como el Alberto Lista, el de Novela Ciudad de Valladolid, el de la Crítica Andaluza, el Mario Vargas Llosa NH o el del programa *El Público*, entre otros.



Miguel Veyrat

Valencia, 28 de julio 1938, un escritor y periodista. Dirigió diarios y revistas nacionales, perteneciendo también al claustro fundacional de la primera Facultad de Ciencias de la Información creada en España por la Universidad Complutense. Obras recientes: “Fuga Desnuda”, 2021, “Travesía de la Melancolía”, 2022, “La lengua de mi madre”, 2022. “La ora azul”, 2022.

HACIA ALLÁ

Yo sí quisiera que tú me hubieras parido
Tenue doncella que por el estero vas
Entre juncos y adelfas vincas y ninfeas
A perderte por la vida de origen abismal

Quiero estar ahora dentro de ti para llegar
Donde el mal se ahoga y todo empieza a ser
Muy lejos de aquel árbol de doble rostro
Donde el ofidio se disponía a navegar

Por los cuatro ríos de la vida y del saber
Hacia sus tres sagradas reencarnaciones.

Ya bajas. En las almenas dos lechuzas
blancas
han hecho su nidada. Por la noche
vuelan
en torno y respiran luego con un eco
suave
de enfermo dormido. A veces luchan
con gavinas por el territorio que
abarca
el litoral y hasta las nubes elevan sus
derrotas.
La mano de humo sigue acariciando
tu mano vacía de extraviado. Mas de
pronto
una gloriosa luz de alba caliente y fría
se derrama al crepúsculo violeta,
resuelto
en cinco azules que fluyen por el
blanco muro:
tres plumbagos en patinir de salvia
y voronet retinto de cantueso lavanda
espliego
para llegar por la noche al alto de la
cañada
—apogeo y perigeo en un rango de
meridianos.
La mano traslúcida acompaña tu paso
cuando llega el pánico. Cuelgas
agarrado y
en suspenso suspendido de tu
marchito tiempo.

Premio Nobel de Literatura
Alice Munro

¿Quién te
crees que eres?



Carlos Roberto Morán
Narradora
excepcional

Alice Ann Laidlaw,
conocida como
Alice Munro, 1931,
Wingham, y falleció
13 mayo 2024.
aportó relatos
maravillosos, e
inolvidables. Premio
Nobel de Literatura
2013.

Ya se sabe: la escritora canadiense *Alice Munro* es una notable narradora, excepcional autora de cuentos. Descubierta a escala mundial al obtener el Premio Nobel de Literatura hace seis años, escribió desde muy joven, aunque debió atender prioritariamente las cuestiones hogareñas dado que se casó a los veintiún años y tuvo tres hijas.

En rigor, Munro (de soltera Alice Ann Laidlaw) publicó sus cuentos iniciales en los '50 del siglo pasado y su primer libro de relatos apareció en 1968, aunque se considera que su verdadero comienzo literario se dio con su segundo libro, *Las vidas de las mujeres*, de 1971.

Para entonces ya se había divorciado de su primer marido, de quien tomó el apellido Munro, y regresó a su natal Ontario, en una de cuyas universidades desarrolló su tarea autoral, amén de haberse casado por segunda vez. Fue a partir de los años 1970 que la autora de *Demasiada felicidad* comenzó a sobresalir con su excepcional obra, cada vez más valorada.

De aquellos años data *¿Quién te crees que eres?*, historias entrelazadas que tienen como protagonista a Rose, mujer nacida en un hogar pobre y disfuncional en el que se destaca Flo, su conservadora y vulgar madrastra, con la que mantendrá una compleja relación a lo largo de su vida.

Lo femenino. Ya en este libro Munro habla de lo femenino de la manera profunda y compleja que se acentuaría en títulos posteriores. Ella sabe abordar hasta lo último, hasta aquello que no suele decirse, respecto de los sentimientos de las mujeres, de sus deseos, de sus frustraciones. Acá lo hace *hablando* a través de Rose, pero también haciéndose eco de cuanto siente Flo, un personaje atravesado por los

prejuicios y que por eso mismo no sabe expresar penas ni alegrías.

Rose atraviesa por varias etapas en su vida y Munro, como hiciera John Updike en sus mejores ficciones, va siguiéndola con inteligencia, a través de estos relatos que la “sorprenden” en distintos momentos de su vida y que, al tiempo de encontrarse entrelazados, se pueden leer de manera independiente. En todos ellos, la autora “ausculta” a Rose, mostrándola en diversos episodios (muchos de ellos propios de la vida cotidiana) como de verdad es, vale decir con sus altruismos y sus mezquindades, con sus deseos expuestos, con cuanto anhela y con lo poco que va consiguiendo, en un derrotero que se extenderá más allá del libro, más allá de esta suerte de diario íntimo que Alice nos expone sin cortapisas y con esa, su forma aguda de “auscultar” a los seres humanos.

Luces y sombras, caídas, leves triunfos, tal la *radiografía* que ofrece Munro de esta chica originalmente pobre, de Ontario. La vida de Rose cambiará de manera sustancial cuando se traslada a Toronto, empieza una carrera universitaria y poco más tarde se casa con Patrick, otro estudiante del que al comienzo de la relación desconoce que es hijo de una familia muy rica, que “obviamente” terminará despreciándola (de ahí el título original, irónico, del libro, “La mendiga”, tomado de uno de sus relatos).

Aunque al final de su extensa, y tan rica, carrera literaria, llegarían sus grandes aportes (*Demasiada felicidad* y *Mi vida querida*) ¿Quién te crees que eres? resulta original, siempre bien narrada, y enriquecida por sus complejos personajes centrales. Se sabe, leer a Munro siempre es fascinante.

“Alguien estaba llamando a Rose; tenía que volver al rodaje. La chica no se

tiraba al mar. No pasaban esas cosas en la serie. Esas cosas amenazaban con pasar, pero no pasaban, salvo de vez en cuando a personajes periféricos y poco atractivos. Los espectadores confiaban en quedar protegidos de esos desastres predecibles, así como de los giros dramáticos que lanzan la trama a la incógnita, los vuelcos que exigen nuevos planteamientos y soluciones y abren las ventanas a escenarios inolvidables poco apropiado. Que Simon muriera se le antojó a Rose como uno de esos giros. Era absurdo, era injusto, que un suceso de ese calado hubiese quedado fuera del guion y que Rose incluso a esas alturas pudiese haberse creído la única que realmente estaba indefensa”. (p.259).

DANZA DE LAS SOMBRAS

El presente libro es el único que restaba conocer de la gran autora canadiense. Publicado hace cincuenta y cuatro años no decepciona. Está integrado por cuentos comparativamente superiores a lo que llegaría poco después

En años recientes, se han rescatado los primeros libros de ficción de la canadiense Alice Munro, maestra del relato. Algunos de ellos (Algo que quería contarte, ¿Quién te crees que eres?) la mostraron, digamos así, “en carrera”, es decir tratando de afianzar una voz propia, esa que terminaría asombrando y que, con toda justicia, le llevaría al Premio Nobel de Literatura en 2013.

Sin embargo, y por comparación, este primer libro escrito entre la crianza de sus tres hijas, sus frustraciones de escritora y su poco feliz primer matrimonio, se revela sólido. Más sólido, en todo caso, de lo que vendría inmediatamente después. En él se dan “cita” el mundo campesino y conservador

de la Canadá de posguerra, la pobreza y la soledad -íntima, profunda- de sus personajes.

Las mujeres, de distintas edades, que protagonizan estos relatos, nos cuentan en privado cuanto sienten o saben y, en cambio, no suelen hacerlo con la gran mayoría de sus conocidos, porque no se dan los contactos reales, profundos, con los restantes convivientes.

Uno de los relatos más reveladores de las intenciones de la entonces joven Munro es el primero de la serie, “El vaquero de la Walter Brothers”, en el que la hija de un viajante lo acompaña en su patética gira, en la que cuesta vender sus productos entre la gente muy pobre, muy marginada, de Canadá. Finalmente, padre e hija visitan a una mujer, desconocida para la pequeña, pero que hace cambiar el estado de ánimo del padre, le revela a la chica un pasado en el que la desconocida tuvo mucha incidencia. Entre padre e hija se impone un pacto de complicidad: el mundo alegre, despreocupado e ignorado del padre no le será revelado a la madre, cuando regresen.

“Las casas flamantes” revelan la profunda inequidad que se cierne sobre una mujer pobre a la que se intentará sacar del medio porque las casas flamantes no pueden convivir con el deterioro y la marginalidad. “Imágenes” sitúa a una niña que visita a su abuela en un mundo que no conoce y que incluye su reacción (que la paraliza) ante la posibilidad de un crimen que al final no se produce. Allí también se registra un acto de complicidad entre padre e hija, algo que no se contará a los mayores.

“Gracias por el paseo”, habla del machismo y de la dificultosa, si no imposible, comunicación entre los sexos. “El despacho”, de la necesidad del cuarto propio reclamado por Virginia Woolf (y de



las vicisitudes que experimenta la protagonista para contar con un espacio privado en cuanto escritora). “Mejor el remedio”, tiene que ver con la vergüenza que pasa una joven al beber -sin querer- más de la cuenta en una sociedad pueblerina, notoriamente represiva.

“La hora de la muerte” y “El de la mariposa”, cada uno a su modo, hablan de la pobreza y la exclusión social. “Chicos y chicas” de manera indirecta se refiere a una acción “libertaria” y de cómo tal acción, la suelta de un animal, no puede ser interpretado por los adultos, conservadores, adocenados, máxime si lo ha hecho una mujer, por joven que fuere. “Postal” tiene que ver con el amor no correspondido y con la reacción de otra mujer que busca protestar ante un hecho que considera injusto. Y sin ser correspondida ni entendida.

“El vestido rojo, 1946”, retoma -desde otro ángulo- los temas de la pobreza, la postergación social y, más aún, las dificultades de las jóvenes para ser comprendidas por sus mayores. También sobre el primer amor y la incomunicación generacional.

“Domingo por la noche” sitúa a dos “contrincantes”: la señora Gannett y su empleada Alva, el agua y el aceite, la mutua incompreensión, la insalvable diferencia de clases. “Un viaje a la costa” vuelve sobre la pobreza y, otra vez, la dificultad de comunicación generacional. “La Paz de Utrecht”, se detiene en la difícil relación entre sí de dos hijas y de ambas con la madre enferma.

Queda, por fin, el relato que da título al libro. Un texto complejo que comienza hablando de una anodina reunión anual de una vieja profesora de música con sus alumnos y que da un inesperado salto cualitativo cuando una de ellas, con limitaciones mentales, ofrece ese concierto pleno de intensidad, de vida, que otros alumnos, que en realidad todos quienes están reunidos, jamás podrían entregar.

Tales los temas que abordó Munro en su primer libro. Se podrá decir que varios de ellos son recurrentes, pero la escritora no incurre en la repetición, sino que tiene habilidad suficiente como para contar distintas y consistentes historias.

Este libro tiene significación, además, porque remite al pasado inmediato de Munro, dado que cuatro años más tarde de la aparición de su libro, ya con sus hijas crecidas, tomó la doble decisión de separarse de su primer esposo James Munro y aceptó una plaza como escritora residente en la Universidad de West Ontario. En 1976 se casó con Gerald Fremlin, geógrafo y editor, con quien estuvo unida hasta la muerte de este en 2013.

La autora dejó de publicar diez años atrás, porque su memoria le jugaba malas pasadas. Se extrañará su pluma excepcional. La suerte es que nos ha dejado una simpar obra. Imprecedera.

Datos para una biografía

Alice Munro nació con el nombre de Alice Ann Laidlaw en Wingham, Ontario, en julio de 1931. En su niñez vivió en una granja y cuando tenía veinte años se casó con Michael Munro, con quien tuvo tres hijas. Primero se instalaron en Vancouver y más tarde en Victoria, donde pusieron una librería. La autora se divorció en 1972 y se transformó en escritora-residente de la University of Western Ontario. En 1976 contrajo segundas nupcias con Gerald Fremlin. Por entonces ya había iniciado su carrera literaria basada centralmente en cuentos o relatos. Excepcionalmente publicó una sola novela. Reconoció el influjo temprano de otras grandes escritoras, tales como Katherine Anne Porter, Flannery O’Connor, Carson McCullers y Eudora Welty, así como de autores de la talla de James Agee y William Maxwell. Se la ha llamado “la Chéjov canadiense”, ganó varios premios en su país y en otras naciones. Ha sido traducida a diversos idiomas y en 2013 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura. En nuestro idioma se han publicado *Las lunas de Júpiter* (1982, edición original), *Progreso del amor* (1986), *Amistad de juventud* (1990), *Secretos a voces* (1994), *El amor de una mujer generosa* (1998), *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio* (2001), *Escapada* (2004), *La vista desde Castle Rock* (2008), *Demasiada Felicidad* (2009) y *Mi vida querida* (2012), además de diversas antologías. En los últimos años y debido a la pérdida de su memoria, ha dejado de escribir. Varias de sus ficciones han sido llevadas a la pantalla, especialmente en la televisión.



Alice Munro

Las niñas se quedan

En su vida cotidiana, Brian era una persona mucho más teatral que Jeffrey. Se hacía con sus clases a base de mantener en marcha el carrusel de chistes y tonterías, desarrollando el mismo papel, pensaba Pauline, que interpretaba ante sus padres. Se hacía el tonto, salía airoso de las supuestas humillaciones de las que era objeto e intercambiaba insultos. Era un fanfarrón en pro de una causa justa; un fanfarrón indestructible, alegre y arlequinesco.

Hace treinta años, una familia pasaba las vacaciones en la costa este de la isla de Vancouver. Un padre y una madre jóvenes, sus dos hijas pequeñas y un matrimonio mayor, los padres del marido.

Qué tiempo tan maravilloso. Cada mañana, todas las mañanas son como ésta, el primer rayo de luz solar atraviesa las ramas altas y quema la bruma que reposa sobre el agua en calma del estrecho de Georgia. La marea baja, una gran extensión vacía de arena todavía húmeda, pero por la que se puede caminar fácilmente, como el cemento en su última fase de secado. La verdad es que la marea está menos baja; cada mañana se reduce más la vereda de arena, pero aún parece lo bastante amplia. Los cambios de la marea son de gran interés para el abuelo, pero no tanto para los demás.

A Pauline, la joven madre, en realidad no le gusta tanto la playa como el camino que recorre la parte trasera de las casitas, aproximadamente a lo largo

<https://narrativabreve.com/2015/08/cuento-alice-munro-ninas-se-quedan.html>

Francisco Rodríguez Criado

(escritor y corrector de estilo)

de una milla, en dirección al norte, hasta interrumpirse en la orilla de un riachuelo que corre hacia el mar.

Si no fuera por la marea, sería difícil recordar que esto es el mar. En el horizonte, más allá del agua, se ven las montañas de la península, la cordillera que forma el muro oriental del continente norteamericano. Esos montículos y picos montañosos que se perfilan a través de la bruma y que asoman aquí y allá por entre los árboles, que Pauline contempla mientras empuja la sillita de paseo de su hija por el camino, también son de interés para el abuelo. Y para su hijo Brian, el marido de Pauline. Los dos hombres tratan constantemente de dilucidar qué es cada cosa. ¿Cuáles de esas formas son en realidad montañas continentales y cuáles son improbables cerros de las islas que asoman frente a la orilla? Es difícil llegar a una conclusión cuando la formación es muy compleja y hay partes que alteran el sentido de la distancia dependiendo de la distinta luz que a lo largo del día las ilumina.

Pero hay un mapa, alojado bajo un cristal, entre las casitas y la playa. Uno se puede quedar mirando el mapa y después observar lo que tiene delante y consultar de nuevo el mapa hasta aclararse. El abuelo y Brian lo hacen todos los días y normalmente no se ponen de acuerdo, aunque con el mapa delante uno pensaría que no hay mucho lugar para el desacuerdo. A Brian el mapa le parece impreciso. Pero su padre no quiere oír ni una sola crítica sobre aspecto alguno del lugar, que él mismo eligió para las vacaciones. El mapa, como el alojamiento y el tiempo, es perfecto.

La madre de Brian ni siquiera quiere mirar el mapa. Dice que le desconcierta. Los hombres se ríen, están de acuerdo en que está sumida en la confusión mental. Su marido opina que le

ocurre porque es mujer. Brian opina que le ocurre porque es su madre. Su preocupación es que alguien tenga hambre o tenga sed, que las niñas lleven sus gorras para protegerse del sol y que las hayan bañado en crema de protección solar. ¿Y qué es esa extraña picadura que Caitlin tiene en su brazo y que no parece la picadura de un mosquito? Obliga a su marido a llevar una gorra de algodón y dice que también Brian debería llevarla, le recuerda lo malo que se puso por culpa del sol aquel verano que fueron a Okanagan, cuando era niño. Brian a veces le dice: «Anda, mamá, cierra la boca». Su tono es de lo más afectuoso, pero su padre es capaz de llamarle la atención, a estas alturas, diciéndole que ésa no es forma de hablarle a su madre.

–A ella le da igual –afirma Brian.

–¿Cómo lo sabes? –pregunta su padre.

–Por el amor de Dios –dice su madre.

Cada mañana, Pauline se desliza de la cama en cuanto se despierta; se desliza fuera del alcance de los largos brazos y piernas de Brian, que adormilados la buscan. Se despierta con los primeros chillidos y balbuceos del bebé, Mara, en la habitación de las niñas, y luego con el chirriar de su cuna, donde la pequeña –tiene dieciséis meses y está llegando al final de la primera infancia– se levanta para agarrarse a los barrotes. Continúa con su suave y afable parloteo mientras Pauline la coge –Caitlin, de casi cinco años, se mueve de un lado a otro en la cama sin despertarse– y carga con ella hasta la cocina, donde la pone en el suelo para cambiarla. Después la coloca en su sillita y le da una galleta y un biberón de manzana, mientras Pauline se pone el vestido de tirantes y las sandalias, se dirige al baño y se peina, lo más rápida y silenciosamente que puede. Salen de la

casa y dejan atrás otras casas al recorrer el camino lleno de baches, sin pavimentar, casi cubierto por la profunda sombra de la mañana, el suelo de un túnel que discurre entre los abetos y los cedros.

El abuelo, que también se levanta temprano, las ve desde el porche de su casa y Pauline lo ve a él. Se limitan a saludarse con la mano. Él y Pauline no tienen mucho que decirse (aunque las continuas bufonadas de Brian o algún que otro insistente alboroto de la abuela, acompañado de disculpas, les hacen sentir cierta afinidad; no quieren mirarse el uno al otro por miedo a que su mirada revele un matiz de desprecio hacia los demás).

Durante estas vacaciones, Pauline roba tiempo de donde puede para poder estar sola; estar con Mara es casi lo mismo que estar sola. Los paseos a primera hora de la mañana o a última hora de la mañana, cuando lava y cuelga los pañales. Podría sacar otra hora por la tarde, mientras Mara duerme la siesta, pero Brian ha montado un refugio en la playa y siempre baja el moisés para que Mara pueda dormir allí y Pauline no tenga que ausentarse. Le dice que sus padres se ofenderían si ella siempre se escabullera. Se muestra de acuerdo, no obstante, en que ella necesita tiempo para estudiar cuidadosamente su diálogo en una obra teatro en la que va a participar este septiembre, de vuelta a Victoria. Pauline no es actriz. Se trata de una producción de aficionados, pero ella ni siquiera es una actriz aficionada. No es que ella se presentara para el papel, lo que ocurrió es que ya había leído la obra: Eurídice, de Jean Anouilh. Pero claro, es que Pauline lee de todo.

* “Toom, not Tomb” (nota de LMQ)

En junio, un hombre al que conoció en una barbacoa le preguntó si le gustaría tener un papel en la obra. La gente que había asistido a la barbacoa eran, en su mayoría, profesoras y profesores con sus maridos o esposas; la cena se celebraba en casa del director del instituto donde enseña Brian. La profesora de francés, una viuda, trajo a su hijo, ya mayorcito, que estaba viviendo con ella durante el verano y trabajaba como recepcionista nocturno en un hotel del centro. Ella le contó a todo el mundo que el chico había conseguido un trabajo de profesor en una escuela universitaria al oeste del estado de Washington y que comenzaba en otoño.

Se llamaba Jeffrey Toom. «Toom, no Tumba»*, decía, como si le hiriese lo trivial de la broma. Tenía un apellido diferente al de su madre porque ésta había enviudado dos veces y era el hijo de su primer marido. «No tengo garantías de que dure. Es un contrato de un año», decía sobre el trabajo. ¿Qué iba a enseñar?

–Arte dra–má–ti–co –decía, arrastrando las sílabas en tono burlón. Hablaba con menosprecio de su trabajo de entonces.

–Es un lugar bastante sórdido –dijo–. Tal vez hayan oído hablar del hotel, es donde mataron a una puta el invierno pasado. Y luego también tenemos a los perdedores que se meten una sobredosis y a otros que deciden quitarse de en medio.

La gente no sabía muy bien cómo reaccionar ante esta forma de hablar y todos le rehuían. Excepto Pauline.

–Estoy pensando en montar una obra –dijo él–. ¿Te gustaría participar? Le preguntó si había oído hablar de una obra llamada Eurídice.

–¿Te refieres a la de Anouilh? – preguntó Pauline ante la poco halagadora sorpresa de él. Añadió de inmediato que no sabía si el proyecto llegaría a salir adelante.

–Pensé que sería interesante comprobar si aquí se puede hacer algo interesante, en la tierra de Noel Coward – dijo.

Pauline no recordaba cuándo se había estrenado una obra de Noel Coward en Victoria, aunque supuso que se habrían representado varias.

–El invierno pasado vimos La duquesa de Malfi en la universidad. Y en el teatro pequeño dieron Un sonoro retintín, pero no la vimos –dijo Pauline.

–Sí. Bueno –dijo él ruborizándose. Le había parecido que era mayor que ella, por lo menos de la edad de Brian (que tenía treinta años, aunque la gente decía que por su manera de comportarse no lo parecía), pero tan pronto como empezó a hablar de esa forma improvisada y ligeramente desdeñosa, sin acabar de mirarla a los ojos, sospechó que era más joven de lo que quería aparentar. Ahora sí que tenía la certeza: ese rubor le había delatado.

Al final resultó que era un año más joven que ella. Veinticinco años. Pauline dijo que no podía ser Eurídice; no sabía actuar. Pero Brian se acercó para enterarse de qué hablaban y de inmediato le dijo que debía intentarlo.

–Lo que necesita es una patada en el culo –le dijo Brian a Jeffrey–. Es como una pequeña mula, le cuesta arrancar. No, en serio, le gusta pasar demasiado inadvertida. Siempre se lo digo. Es muy lista. La verdad es que es mucho más lista que yo.

Jeffrey fijó su mirada en los ojos de Pauline –con un aire inquisitivo y descarado– y ahora fue ella quien se ruborizó.

Inmediatamente la eligió como Eurídice por su aspecto. Pero no porque fuese hermosa.

–Nunca le daría ese papel a una mujer guapa –dijo–. Me parece que nunca pondría una belleza en el escenario. Es excesivo. Distrae.

¿Qué quería decir con respecto a su aspecto físico? Dijo que era por su pelo, largo, oscuro, bastante abundante (lo cual no estaba de moda en aquellos tiempos) y por su tez pálida («este verano que no te dé el sol») y, por encima de todo, por sus cejas.

–Nunca me han gustado –dijo Pauline, no muy sinceramente. Sus cejas eran uniformes, oscuras, exuberantes. Dominaban su cara. Igual que su pelo, que no estaba de moda. Pero si realmente le hubieran disgustado, ¿no se las habría depilado?

Jeffrey pareció no oírla.

–Te dan un aire malhumorado y eso es inquietante –dijo–. Tu mandíbula también es un tanto pesada y eso tiene algo de griego. Daría mejor en una película, en un primer plano. Lo típico con la figura de Eurídice sería una chica de aspecto etéreo. Yo no la quiero etérea.

Mientras paseaba a Mara por el camino, Pauline estudiaba el diálogo. Hacia el final había un parlamento que le resultaba difícil. Los baches sacudían la sillita mientras se repetía para sí: «Eres terrible, ¿sabes?, terrible como los ángeles. Crees que todo el mundo avanza fuerte y claro como tú... Oh, por favor, no me mires, querido, no me mires todavía... Tal vez no soy la que tú quisieras que fuese, pero estoy aquí, soy cálida, soy suave y te quiero. Te daré todas las felicidades que pueda. No me mires. Déjame vivir».

Se había comido algo. «Tal vez no soy la que tú quisieras que fuese... pero

me sientes junto a ti, ¿verdad? Estoy aquí, soy cálida, soy suave...»

Le había comentado a Jeffrey que le parecía una obra hermosa.

—¿Tú crees? —contestó él. Cuanto ella decía ni le satisfacía ni le sorprendía, parecía considerarlo predecible, superfluo. Él nunca diría eso de una obra de teatro. La consideraba un obstáculo que había que superar. También un reto lanzado a sus enemigos. A los pedantuelos académicos —como solía llamarlos— que habían representado La Duquesa de Malfi. Y a los bobos sociales —como los llamaba— del teatro pequeño. Él, al dar su obra —la llamaba su obra—, se veía a sí mismo como un intruso que les ponía los puntos sobre las íes a aquella gente, enfrentándose a su desprecio y a su oposición. En un principio Pauline pensó que aquello era fruto de la imaginación de él y que lo más probable era que la gente a la que se refería ni siquiera le conociera. Después comenzaron a ocurrir cosas que podían ser, o no ser, meras coincidencias. Había que hacer reparaciones en el salón de actos de la iglesia donde pretendían representar la obra, con lo cual no estaba disponible. Se produjo un inesperado aumento en el coste de la impresión de los carteles promocionales. Pauline se sorprendió viendo las cosas como las veía él. Si uno iba a pasar mucho tiempo a su lado, más valía ver las cosas como él las veía; discutir resultaba peligroso y agotador.

—Hijos de puta —decía Jeffrey entre dientes, pero con cierta satisfacción—. No me sorprende.

Los ensayos se celebraban en uno de los pisos superiores de un viejo edificio de la calle Fisgard. Los únicos días en que todos podían ensayar eran los domingos por la tarde, aunque había ensayos parciales durante la semana. El práctico

de puerto jubilado que hacía el papel de monsieur Henri asistía a todos los ensayos y había acabado haciéndose con una irritante familiaridad con los diálogos del resto de los personajes. Pero la peluquera —que aunque únicamente tenía experiencia con Gilbert y Sullivan, ahora interpretaba el papel de la madre de Eurídice— no podía abandonar su negocio demasiado tiempo. El conductor de autobús que encarnaba a su amante, también tenía su trabajo diario, al igual que el camarero que hacía de Orfeo (era el único que aspiraba a convertirse en actor profesional). A veces Pauline tenía que depender de canguros poco fiables que estudiaban en el instituto, ya que durante las primeras seis semanas de verano Brian tenía que dar clases. El propio Jeffrey entraba a trabajar en el hotel a las ocho en punto. Pero los domingos por la tarde se reunían todos allí. Mientras otras personas nadaban en el lago Thetis, o se encontraban en el parque de Beacon Hill para pasear bajo los árboles y darles de comer a los patos, o se marchaban con el coche, lejos del pueblo y hacia las playas del Pacífico, Jeffrey y su grupo trabajaban en un local de techo alto y lleno de polvo de la calle Fisgard. Las ventanas, rematadas en arco como las de ciertas iglesias de estilo sencillo y decoroso, se mantenían abiertas, para mitigar el calor, con cualquier objeto que estuviera a mano: libros de contabilidad de los años veinte, pertenecientes a la sombrerería que antaño hubiera en el edificio, o tacos de madera sobrantes de los marcos de los cuadros de un artista cuyos lienzos se amontonaban contra la pared y que al parecer habían sido abandonados. Había mugre en los cristales, pero fuera la luz solar rebotaba contra la acera, contra las plazas de aparcamiento vacías y cubiertas de grava, contra los edificios

bajos y de estuco, con ese brillo especial de los domingos. Apenas se movía un alma en aquellas calles del centro. No había nada abierto excepto una cafetería que era un cuchitril y una diminuta tienda de comestibles que vendía de todo.

Durante el descanso era Pauline quien salía en busca de refrescos y café. Era la que menos tenía que decir sobre la obra y cómo iba –a pesar de ser la única que la había leído antes– porque era la única que no había actuado nunca. De modo que parecía razonable que se ofreciese voluntaria. Disfrutaba de su corto paseo por las calles vacías, sentía como si se hubiera convertido en una mujer de ciudad, independiente y solitaria, que viviera el resplandor de un sueño importante. A veces pensaba en Brian en casa, trabajando en el jardín y vigilando a las niñas. O quizá se las hubiera llevado a Dallas Road –recordaba su promesa– para que echaran sus barquitos en el estanque. Una vida que le parecía trivial y tediosa en comparación a la de la sala de ensayos: las horas dedicadas al esfuerzo, la concentración, los mordaces intercambios de diálogos, el sudor y la tensión. Incluso el sabor amargo del café hirviente y que casi todo el mundo lo prefiriera a una bebida fresca y quizá más sana, recién sacada del refrigerador, parecía complacerla. Y le gustaba el aspecto de los escaparates. Aquella no era una de esas calles emperifolladas cercanas al puerto, era una calle de tiendas de reparación de calzado y bicicletas, de saldos de telas y ropa blanca, de vestidos y muebles que llevaban tanto tiempo expuestos que parecían de segunda mano aunque no lo fuesen. Sobre algunos escaparates había trozos de un plástico amarillento tan quebradizo y arrugado como el celofán viejo, extendidos tras el cristal para proteger la mercancía del sol. Eran

negocios abandonados por un solo día, pero tenían el aspecto de estar fijados en el tiempo como las pinturas de las cavernas o las reliquias que se encuentran bajo la arena.

Cuando Pauline dijo que tenía que marcharse de vacaciones durante dos semanas, Jeffrey se quedó estupefacto, como si nunca hubiera imaginado que las vacaciones pudieran formar parte de su vida. Luego se mostró adusto y ligeramente satírico, como si éste fuera un golpe más que ya hubiera previsto. Pauline explicó que únicamente perdería un domingo —el que se encontraba a la mitad de las dos semanas— porque ella y Brian irían en su coche hasta la isla un lunes y estarían de vuelta un domingo por la mañana. Prometió volver a tiempo para el ensayo del segundo domingo. Para sí misma se preguntaba cómo se las arreglaría, siempre lleva mucho más tiempo del que se piensa hacer el equipaje y marcharse. Se preguntaba si sería capaz de volver por su cuenta en el autocar de la mañana. Probablemente eso era pedir demasiado. No lo mencionó. No se atrevió a preguntarle si pensaba sólo en la obra, si era únicamente su ausencia de un ensayo lo que había provocado la tormenta. En aquel momento, parecía lo más probable. Cuando él hablaba con ella en los ensayos, nada indicaba que podía hablar con ella de otra forma. La única diferencia en su trato era que quizás esperaba menos de ella, de su interpretación, que de los otros. Cualquiera lo hubiera entendido. Era la única que había sido elegida, sin más, por su aspecto físico; el resto se había presentado a la audición anunciada en letreros que colgaban de cafeterías y librerías del centro. De ella parecía esperar una inmovilidad o una torpeza que no pretendía de los demás. Quizá

fuese porque, en la parte final de la obra, se suponía que era una persona ya muerta. Pero ella pensaba que todos lo sabían, que el reparto estaba al tanto, a pesar de las formas bruscas, cortantes y no demasiado educadas de Jeffrey. Sabían que después de que cada cual se marchara, exhausto, a su casa, él cruzaba la sala y echaba el cerrojo a la puerta de la escalera. (En un principio Pauline fingía marcharse junto a los demás, e incluso subía al coche para dar la vuelta a la manzana, pero más adelante este ardid se convirtió en insultante, no sólo para ella y para Jeffrey, sino también para los demás, que —estaba segura— no la traicionarían, ligados como estaban al fugaz pero poderoso hechizo de la obra.) Jeffrey recorría la sala y echaba el pestillo de la puerta. Cada vez que lo hacía era como una nueva decisión que él hubiera de tomar. Hasta que no lo hacía, ella no le miraba. El ruido del pestillo deslizándose, el ominoso o fatídico ruido de metal contra metal, le producía una sacudida de capitulación. Pero no se movía, esperaba a que él regresara junto a ella con la historia entera de una tarde de duro trabajo reflejada en su fatigado rostro, liberado de su expresión realista y desilusionada, que se mudaba en una energía vital que ella siempre encontraba sorprendente. —Bueno. Cuéntanos de qué trata la obra que estás haciendo —dijo el padre de Brian—. ¿Es una de esas en que la gente se quita la ropa en escena?

—Venga, anda, no te burles de ella —dijo la madre de Brian.

Brian y Pauline habían acostado a las niñas y caminado hasta la casa de los padres de él para tomar una copa. Tras ellos quedaba la puesta del sol, tras los bosques de la isla de Vancouver, pero las montañas de enfrente, despejadas y

perfiladas contra el cielo, brillaban con su luz rosácea. Algunas de las montañas altas de la península estaban cubiertas por la nieve rosada del verano.

—Papá, nadie se quita la ropa —dijo Brian con la voz resonante que utilizaba en las clases del colegio—. ¿Sabes por qué? Porque para empezar no llevan ropa. Es el último grito. Lo que harán después será un Hamlet en pelota picada. Y luego montarán un Romeo y Julieta también en pelotas. Bueno, esa escena en el balcón en la que Romeo escala el enrejado y se queda atrapado en los rosales...

—Por favor, Brian —dijo su madre.

—La historia de Orfeo y Eurídice es que Eurídice muere —dijo Pauline—. Orfeo baja al infierno para tratar de que vuelva. Y se le concede ese deseo con la única condición de que prometa no mirarla. No mirar atrás. Ella camina tras él...

—Doce pasos por detrás —dijo Brian—. Como Dios manda.

—Es una tragedia griega, pero está escenificada en tiempos modernos —dijo Pauline—. Al menos esta versión, que es más o menos moderna. Orfeo es un músico que viaja por el mundo con su padre, ambos son músicos, y Eurídice es una actriz. Se desarrolla en Francia.

—¿Está traducida? —dijo el padre de Brian.

—No —dijo Brian—. Pero no te preocupes, no está en francés. Se escribió en transilvano...

—Qué difícil es entender las cosas —dijo la madre de Brian con una risa inquieta— con Brian que no dice más que tonterías.

—Está en inglés —dijo Pauline.

—Y tú eres... ¿cómo se llama?

—Yo soy Eurídice —dijo Pauline.

—¿Y consigues llevarte de vuelta?

—No —dijo ella—. Me mira, y entonces tengo que quedarme muerta.

—Ay, un final triste —dijo la madre de Brian.

—¿Es que tú eres tan guapa o qué? —dijo el padre de Brian con escepticismo—. ¿Es que él no puede dejar de mirarte?

—No es eso —dijo Pauline. Pero en aquel instante ella se dio cuenta de que su suegro había conseguido lo que pretendía, algo que casi siempre pretendía en cualquier conversación que mantuviera con ella. Y ese algo era irrumpir en la estructura de cierta explicación que él mismo había solicitado y que ella daba con desgana, pero con paciencia y, de un manotazo aparentemente descuidado, conseguir hacerla pedazos. Eso le hacía peligroso para ella desde hacía tiempo, aunque no precisamente esa noche.

Pero Brian no lo sabía. Brian todavía pensaba en cómo ayudarla a salir del apuro.

—Pauline es hermosa —dijo Brian.

—Ya lo creo —dijo su madre.

—A lo mejor, si fuese a la peluquería... —dijo el padre de Brian. Pero como llevaba mucho tiempo criticando los largos cabellos de Pauline, se había convertido en una broma familiar. Incluso Pauline se reía.

—No puedo permitírmelo hasta que arreglemos el tejado de la terraza —dijo, y Brian se rió muy alto y aliviado de que ella fuera capaz de tomárselo en broma. Era lo que siempre le decía que hiciera. «Devuélvesela», le decía. «Es la única forma de tratarle.»

—Sí, bueno, si al menos tuvierais una casa en condiciones —dijo el padre de Brian. Pero esto, al igual que lo del pelo de Pauline, resultaba tan familiar que no levantó ampollas. Brian y Pauline habían comprado una bonita casa en mal

estado en una calle de Victoria en la que convertían viejas mansiones en mediocres edificios de apartamentos. La casa, la calle, los viejos robles que precisaban cuidados, el que no se hubiese construido un sótano en la casa, todo eso suponía una pesadilla para el padre de Brian. Brian solía mostrarse de acuerdo con él y exageraba cuanto podía. Si su padre señalaba la casa de al lado, entrecruzada por escaleras de incendios de color negro, y preguntaba qué clase de gente la habitaba, Brian decía: «Gente muy pobre, papá. Drogadictos». Y cuando su padre quería saber cómo se calentaba la casa, decía: «Con un horno de carbón. Hoy en día ya casi no quedan. Se encuentra carbón muy barato. Claro que el sistema es sucio y apesta».

Así que lo que dijo su padre de tener una casa en condiciones parecía una especie de señal de paz. O así se podía interpretar.

Brian era hijo único. Era profesor de matemáticas. Su padre era ingeniero de caminos y dueño, junto a otro socio, de una compañía de contratas. Si había deseado que su hijo fuese ingeniero y hubiera entrado en la compañía, nunca lo había mencionado. Pauline le había preguntado a Brian si pensaba que las críticas a la casa, a su pelo y a los libros que leía, podían esconder una decepción mucho mayor, a lo que Brian respondió: «No. En nuestra casa nos quejamos de todo lo que queremos quejarnos. No somos nada sutiles, querida». Pauline aún se preguntaba lo mismo cuando escuchaba a su suegra decir que los profesores deberían ser las personas más veneradas del mundo, que no recibían el reconocimiento que se merecían y que no sabía cómo Brian podía aguantarlo todos los días, a lo que su suegro solía añadir: «Es cierto» o «te aseguro que no me gustaría hacerlo, ni en sueños. Ni por

todo el oro del mundo». «Ni lo pienses, papá», solía decir Brian. «Tampoco te iban a pagar mucho.»

En su vida cotidiana, Brian era una persona mucho más teatral que Jeffrey. Se hacía con sus clases a base de mantener en marcha el carrusel de chistes y tonterías, desarrollando el mismo papel, pensaba Pauline, que interpretaba ante sus padres. Se hacía el tonto, salía airoso de las supuestas humillaciones de las que era objeto e intercambiaba insultos. Era un fanfarrón en pro de una causa justa; un fanfarrón indestructible, alegre y arlequinesco.

«Desde luego su chico nos ha impresionado» le había dicho el director del instituto a Pauline. «No sólo ha sobrevivido, lo cual ya es todo un triunfo, sino que también ha dejado huella.»

Su chico.

Brian llamaba “cabezas huecas” a sus alumnos. El tono que utilizaba era afectuoso y fatalista. Solía decir que su padre era el rey de los filisteos, lisa y llanamente un bárbaro. Y que su madre era un trapo de cocina, cordial y desgastado. Pero por mucho que los desdeñara, no podía pasar mucho tiempo sin ellos. Se llevaba a sus alumnos de excursión. Y no podía imaginarse un verano sin esas vacaciones compartidas. Todos los años tenía un miedo terrible a que Pauline se negara a ir. O a que, después de haber aceptado, lo pasara mal, se ofendiera por alguna cosa que dijera su padre, se quejara de que tenía que pasar mucho tiempo con su madre o se disgustara porque no había forma de que ellos dos estuviesen solos. También podía ocurrir que decidiera pasar todo el día en casa leyendo, con la excusa de que se había quemado al tomar el sol.

Así había ocurrido en vacaciones anteriores. Pero este año ella empezaba a

amoldarse. Él le dijo que se daba cuenta y que se lo agradecía.

«Sé que supone un esfuerzo para ti», le dijo. «Para mí es diferente. Son mis padres y estoy acostumbrado a no tomármelos en serio.»

Pauline provenía de una familia en la que todo se tomaba tan en serio que sus padres se habían divorciado. Su madre ya había muerto. Tenía una relación distante, aunque cordial con su padre y sus dos hermanas, mucho mayores que ella. Decía que no tenían nada en común. Sabía que Brian no podía entender que eso fuera razón suficiente. Pauline se daba cuenta de cómo se alegraba él de ver lo bien que iban las cosas este año. Siempre había pensado que era la vagancia y la cobardía lo que a Brian le impedía romper con aquella situación, pero ahora veía que se trataba de algo mucho más positivo. Brian necesitaba tener a su mujer, a sus padres y a sus hijas ligados de esa manera, necesitaba involucrar a Pauline en su vida con sus padres y hacer que sus padres la tomaran en consideración, aunque la consideración de su padre fuera disimulada y a la contra, y la de su madre demasiado profusa, demasiado fácil de conseguir, para que realmente significara algo. También quería que Pauline se ligara, y que sus hijas se ligaran, a su propia infancia; quería que existiera un vínculo entre estas vacaciones y las vacaciones de su niñez, con su mal y su buen tiempo, problemas con el coche y logros al volante, sustos en la barca, picaduras de avispa, maratones de Monopoly y todas aquellas cosas que, le decía a su madre, tanto le aburría escuchar. Quería que se hicieran fotos de estas vacaciones para poder ponerlas en el álbum de su madre. Una prolongación de todas las otras fotos cuya mera mención provocaba sus protestas.

El único tiempo libre de que disponían para hablar era de noche, tarde y en la cama. Y entonces sí hablaban, más de lo que solían hacer en casa, donde Brian llegaba tan cansado que a menudo se quedaba inmediatamente dormido. Y a la luz del día era difícil hablar con él por su afición a las bromas. Ella veía cómo las bromas le hacían brillar los ojos (de un color muy parecido al suyo; pelo oscuro, piel blanquecina y ojos grises, aunque los de ella—eran turbios y los de él claros como el agua cristalina sobre las piedras). Veía cómo las bromas tiraban de las comisuras de sus labios mientras buscaba las palabras para cazar un juego de palabras o un pareado, cualquier cosa que pudiera desviar la conversación hacia el absurdo. Todo su cuerpo —alto, vagamente engarzado y, aun así, casi tan escuálido como el de un adolescente— temblaba por su propensión a lo cómico. Antes de casarse con él, Pauline tenía una amiga, Gracie, de aspecto malhumorado y subversiva con los hombres. Brian la consideraba una chica cuyo sentido del humor necesitaba un empujón por lo que con ella se esforzaba más de lo normal. Y Gracie le dijo a Pauline: «¿Cómo eres capaz de aguantar ese interminable espectáculo?».

«Ese no es el verdadero Brian. Es diferente cuando estamos a solas», le contestó Pauline. Pero, pensando en aquello, se preguntaba si su respuesta había sido sincera. ¿Lo había dicho sólo para defender su elección, como suele ocurrir cuando una ha decidido casarse?

De modo que hablar en la oscuridad tenía algo que ver con el hecho de que no podía ver su cara. Y con que él sabía que ella no podía ver su cara.

Pero incluso en medio de la oscuridad, tan poco familiar, y de la quietud de la noche, él mantenía un

ligero tono burlón. Tenía que hablar de Jeffrey como *monsieur le directeur*, lo que hacía que la obra en sí, o el hecho de que fuera francesa, se convirtiera en algo un tanto ridículo. O quizá era el mismo Jeffrey, la seriedad con que Jeffrey se tomaba la obra, lo que se ponía en cuestión.

A Pauline le daba igual. A ella le producía una gran satisfacción y desahogo mencionar el nombre de Jeffrey.

Casi nunca lo mencionaba, sino que daba vueltas a su alrededor. En lugar de hacerlo, describía a los otros. Al peluquero, al práctico, al camarero y al viejo que aseguraba haber actuado en la radio en cierta ocasión, que encarnaba al padre de Orfeo y que a Jeffrey le traía loco porque era muy terco en lo concerniente a sus ideas sobre la interpretación.

Al maduro empresario *Monsieur Dulac* lo encarnaba un agente de viajes de veinticuatro años de edad. Y a Matías, el primer novio de Eurídice, que presumiblemente tenía más o menos la misma edad que ella, lo encarnaba el gerente de una zapatería, casado y con hijos.

Brian quería saber por qué *monsieur le directeur* no les había dado los papeles al revés.

—Es su forma de hacer las cosas —dijo Pauline—. Lo que ve en nosotros sólo lo puede ver él.

Por ejemplo, le dijo, el camarero era un Orfeo torpe.

—No tiene más que diecinueve años y es tan tímido que Jeffrey tiene que estar constantemente sobre él. Le dice que no actúe como si estuviese haciéndole el amor a su abuela. Siempre le está diciendo lo que tiene que hacer. Rodéala con los brazos más tiempo, acaríciala un poquito por aquí. No sé

cómo va a salir, lo único que puedo hacer es confiar en Jeffrey, confiar en que sabe lo que hace.

—«¿Acaríciala un poquito por aquí?» —dijo Brian—. A lo mejor debería darme una vuelta por ahí y vigilar esos ensayos.

Al citar a Jeffrey, Pauline había sentido que algo cedía en su útero o en la parte baja de su estómago, una sacudida que se había desplazado de una manera singular hacia arriba, golpeando sus cuerdas vocales. Había tenido que camuflar este temblor gruñendo, en lo que se suponía era una imitación (aunque Jeffrey nunca gruñía ni vociferaba ni se mostraba teatral).

—Pero tiene un algo de inocente —dijo ella apresuradamente—. No es algo físico. Es la torpeza —y comenzó a hablar de Orfeo en la obra, no del camarero. Orfeo tiene un problema con el amor o con la realidad. Orfeo no tolera nada que no sea la perfección. Quiere un amor que se salga de la vida corriente. Quiere a una Eurídice perfecta.

—Eurídice es más realista —prosiguió—. Ha tenido líos con Matías y con Monsieur Dulac. Ha pasado tiempo junto a su madre y el amante de su madre. Sabe cómo es la gente. Pero ama a Orfeo. En cierto modo lo ama más de lo que él la ama a ella. Ella le ama con más fuerza porque no es tan ingenua como él. Le ama como se puede amar a un ser humano.

—Pero ella se ha acostado con esos otros tipos —dijo Brian.

—Bueno, tuvo que hacerlo con el señor Dulac porque no se pudo escabullir. No quería, pero probablemente, pasado un rato, disfrutó, porque a partir de cierto momento era incapaz de no pasarlo bien.

Así es que Orfeo tiene la culpa, dijo Pauline con decisión. Mira a Eurídice a

propósito, para matarla y deshacerse de ella porque no es perfecta. Por su culpa, ella muere por segunda vez.

Brian, tumbado de espaldas y con los ojos bien abiertos (ella lo sabía por su tono de voz), dijo:

—¿Pero no muere él también?

—Sí, él lo decide.

—¿Así que vuelven a estar juntos?

—Sí. Como Romeo y Julieta. Orfeo al fin se reúne con Eurídice. Es lo que dice Monsieur Henri. Esa es la última frase de la obra. Es el final —Pauline se colocó sobre su costado y apoyó su mejilla en el hombro de Brian; no se trataba de empezar nada, sino de recalcar lo que iba a decir—. Por un lado, es una obra preciosa, pero por otro es muy tonta. Y realmente no es como Romeo y Julieta, porque no es una cuestión de mala suerte o de las circunstancias. Es adrede. Para no tener que llevar una vida normal, casarse, tener hijos, comprar una vieja casa y arreglarla...

—Y tener algún lío —dijo Brian—. Después de todo son franceses —y añadió—: como mis padres.

Pauline se rió.

—¿Tienen líos? Me lo imagino.

—Ah, claro que sí —dijo Brian—. Me refería a su vida.

—Lógicamente, puedo imaginar a alguien suicidándose para no ser como sus padres —dijo Brian—. Pero no creo que nadie lo haga.

—Todo el mundo tiene sus opciones —dijo Pauline, distraída— En cierto modo, la madre de ella y el padre de él son despreciables, pero Orfeo y Eurídice no tienen que ser como ellos. No están corrompidos. El mero hecho de haberse acostado con otros hombres no significa que sea una degenerada. No estaba enamorada. No conocía a Orfeo. Hay un discurso en el que él le dice que

todo lo que ha hecho forma parte de ella, y eso le repugna. Las mentiras que le ha contado. Los otros hombres. Con todo eso tendrá que cargar. Y luego, claro, Monsieur Henri le sigue el juego. Le dice a Orfeo que él será igual de malvado y que algún día caminará con Eurídice por la calle y será como un hombre con un perro del que quiere deshacerse.

Para sorpresa de Pauline, Brian se rió.

—No —dijo ella—. Eso es lo que es una tontería. No es inevitable. No es inevitable, para nada lo es.

Continuaron haciendo conjeturas y charlando, muy tranquilos, de un modo poco habitual pero no totalmente desconocido para ellos. Lo habían hecho antes, en largos periodos de su vida marital; hablaban hasta altas horas de la madrugada de Dios, del miedo a la muerte, de cómo había que educar a los hijos o de hasta qué punto era importante el dinero. Al fin reconocieron que se encontraban demasiado cansados como para que lo que decían tuviera sentido, se acomodaron en una posición de camaradería y se durmieron.

Por fin un día lluvioso. Brian y sus padres fueron con el coche a Campbell River para comprar comida y ginebra, y para llevar el coche del padre de Brian al taller y reparar cierta avería producida durante el viaje desde Nanaimo. Era un problema menor, pero como la nueva garantía del coche estaba vigente, el padre de Brian quería que le echasen un vistazo lo antes posible. Brian no podía decir que no, así que se llevó su coche por si acaso el de su padre debía quedarse en el taller. Pauline dijo que se quedaría en casa por la siesta de Mara.

Convenció a Caitlin para que también se echase, permitiéndole llevarse su caja de música a la cama, siempre y cuando pusiera el volumen muy bajo.

Luego Pauline extendió el guión sobre la mesa de la cocina, se bebió un café y repasó la escena en la que Orfeo, al fin, dice que es intolerable que permanezcan en la piel de dos personas distintas, en dos envolturas diferentes, cada una con su propio oxígeno y su propia sangre selladas en soledad, y en la que Eurídice le pide que se calle.

«No hables. No pienses. Deja que vague tu mano, deja que ella por sí sola sea feliz.»

Tu mano es mi felicidad, dice Eurídice. Acéptalo. Acepta tu felicidad. Por supuesto, él responde que no puede.

Caitlin gritaba con frecuencia para preguntar la hora. Subía el volumen de la caja de música. Pauline se apresuró a ir hasta la puerta del dormitorio y le siseó para que bajase el volumen y no despertase a Mara.

—Si lo vuelves a poner tan alto, te la quito. ¿Entendido?

Pero Mara empezaba a moverse dentro de su cuna y durante unos minutos escuchó la suave y estimulante conversación que le daba Caitlin, sin más fin que despertar a su hermana. También escuchó cómo bajaba y subía rápidamente la música, y luego a Mara sacudir la barandilla de la cuna, tirar de ella para levantarse, arrojar el biberón al suelo y lloriquear como un pajarito, de una forma cada vez más desoladora hasta atraer a su madre.

—No la he despertado yo —dijo Caitlin—. Se despertó ella solita, por su cuenta. Ya no llueve. ¿Podemos bajar a la playa?

Tenía razón. No llovía. Pauline cambió a Mara, le dijo a Caitlin que cogiese su bañador y que buscara su cubo. Ella se puso el bañador y se puso por encima sus pantalones cortos, por si acaso llegaba el resto de la familia mientras se encontraba en la playa. («A

papá no le gusta la forma en que algunas mujeres salen de casa llevando puesto solo el traje de baño», le había dicho la madre de Brian. «Supongo que tanto él como yo somos de otra época.» Tomó el guión para llevárselo y luego lo devolvió a su sitio. Temía quedarse distraída demasiado tiempo sin prestar suficiente atención a las niñas.

Los pensamientos que la asaltaban sobre Jeffrey no eran verdaderas reflexiones, sino más bien alteraciones que se producían en su cuerpo. Solía ocurrirle cuando se encontraba sentada en la playa (tratando de quedar en parte a la sombra de un arbusto y conservar así su palidez, tal y como había ordenado Jeffrey), cuando escurría los pañales o cuando Brian y ella iban de visita a casa de los padres de él. En mitad de una partida de Monopoly, de Scrabble o de cartas. Ella seguía hablando, escuchando, trabajando, vigilando a las niñas mientras la memoria de su vida secreta aparecía y la asaltaba en una explosión radiante. Luego un cálido peso la inundaba, la seguridad rellenaba todos los huecos. Pero no perduraba, en la seguridad había filtraciones y él se sentía como un avaro cuya buena suerte se ha esfumado y está convencido de que no volverá a disfrutar de nada semejante. La nostalgia la envolvía y la impulsaba a la disciplina de contar los días. En ocasiones llegaba a dividir los días en partes para poder saber con mayor exactitud cuánto tiempo había pasado.

Pensó en dirigirse a Campbell River, con algún pretexto, para así buscar una cabina telefónica y poder llamarle. Las casas no tenían teléfono y el único teléfono público se encontraba en el edificio comunal. Pero ella no tenía el número del hotel donde trabajaba Jeffrey. Y además, no había manera de ir a Campbell River por la tarde. Le daba

miedo llamarle a casa de día y que contestara su madre, la profesora de francés. Jeffrey le había contado que en verano su madre rara vez se ausentaba de la casa. Sólo en una ocasión se había ido en ferry a Vancouver a pasar el día. Jeffrey telefoneó a Pauline para pedirle que fuera a verle. Brian estaba dando clases y Caitlin jugaba con su grupo de niños.

«No puedo, tengo a Mara», dijo Pauline.

Jeffrey preguntó: «¿Quién? Ah, perdona». Y luego: «¿No la puedes traer aquí?».

Ella dijo que no.

«¿Por qué no? ¿Es que no puedes traerte algunas cosas con las que pueda jugar?»

No, dijo Pauline. «No podría», dijo. «No sería capaz.» Le parecía demasiado peligroso arrastrar consigo a su bebé a una expedición tan vergonzosa. A una casa en la que los productos de limpieza no estarían en los estantes altos y en la que las pastillas y los jarabes contra la tos, los cigarrillos y los botones no estarían fuera del alcance del bebé. Y aunque Mara se salvara del atragantamiento o el envenenamiento, podría almacenar bombas de relojería, recuerdos de una casa extraña en la que ella habría sido extrañamente ignorada, de una puerta cerrada y de ruidos procedentes del otro lado.

«Es que te deseo», dijo Jeffrey. «Deseo tenerte en mi cama.»

Ella repitió, débilmente: «No».

Aquellas palabras de él volvían una y otra vez a su mente. Deseo tenerte en mi cama. Un tono de voz urgente, medio en broma pero también con determinación, lo factible, como si «en mi cama» significara algo más, como si la cama de la que hablaba adquiriera una dimensión mayor, menos material.

¿Había cometido un gran error con aquella negativa? ¿Con aquel recordatorio de cuan prisionera era de aquello que cualquiera llamaría su vida real?

La playa estaba casi vacía; la gente se había acostumbrado a que fuese un día de lluvia. La arena estaba demasiado apelmazada para que Caitlin pudiese hacer un castillo o cavar un sistema de irrigación, proyectos que, de todas formas, sólo emprendería junto a su padre puesto que intuía que él se volcaba de todo corazón, y Pauline no. Paseaba por la orilla sin rumbo fijo y con cierto aire de tristeza. Probablemente echaba de menos la presencia de otros niños, esos instantáneos amigos anónimos y ocasionales enemigos que tiraban piedras y te mojaban, chillando, chapoteando y haciendo el tonto. Un niño un poco mayor que ella y, por lo que parecía, solo, se encontraba algo más lejos, metido en el agua hasta las rodillas. Si hubiera posibilidad de juntarles, quizá saldría bien: Caitlin podría recuperar toda la experiencia de la playa. Ahora Pauline no estaba segura de si Caitlin estaba haciendo pequeñas incursiones en el agua para atraer la atención de él o si éste la observaba con interés o con desdén.

Mara no necesitaba compañía, al menos de momento. Fue dando traspies hacia el agua, sintió cómo tocaba sus pies, cambió de parecer, se detuvo, miró a su alrededor y divisó a Pauline. «Pau, Pau», dijo, feliz al reconocerla. «Pau» era como llamaba a Pauline, en lugar de «madre» o «mamá». El mirar a su alrededor la hizo perder el equilibrio; se sentó entre la arena y el agua, lanzó un graznido de sorpresa que se convirtió en una declaración y luego, con unas maniobras poco elegantes pero llenas de determinación, que implicaban depositar

todo su peso sobre las manos, se levantó vacilante y triunfante. Llevaba medio año caminando, pero avanzar sobre la arena era aún todo un reto. Esta vez volvió hacia Pauline profiriendo unos comentarios razonables y despreocupados en su propio idioma.

—Arena —dijo Pauline, mientras le mostraba su mano llena—. Mira, Mara. Arena.

Mara la corrigió, dándole otro nombre; algo parecido a «adea». Sus gruesos pañales bajo los pantalones de plástico y el traje de felpa que llevaba al jugar, le hacían el trasero muy gordo, y eso, junto con sus mofletes y hombros regordetes y una expresión de darse importancia, la asemejaba a una matrona con un cierto toque de pillería.

Pauline se dio cuenta de que la llamaban. La habían llamado tres veces pero, al no resultarle familiar la voz, no se había dado cuenta. Se levantó e hizo un gesto con la mano. Era la mujer que trabajaba en la tienda del edificio comunal. Estaba apoyada sobre el balcón y gritaba: «Señora Keating. ¿Señora Keating? Teléfono».

Pauline alzó a Mara hasta su cadera e hizo venir a Caitlin. Ahora ésta y el niño pequeño ya se habían visto; ambos cogían piedras de la arena y las lanzaban al agua. En un primer momento no oyó a Pauline o simuló no hacerlo.

—Tienda —gritó Pauline—. Caitlin. Tienda.

Cuando se aseguró de que Caitlin la seguiría —era la palabra «tienda» la que lo había conseguido, el recordatorio del pequeño comercio del edificio comunal, donde se podía comprar helado, caramelos, cigarrillos y refrescos— comenzó a recorrer la playa hasta llegar a los escalones de madera que se alzaban sobre la arena y los arbustos. A mitad de los escalones se detuvo y dijo: «Mara,

pesas una tonelada», y pasó al bebé a su otra cadera. Caitlin golpeaba el pasamanos con un palo.

—¿Me compras un polo de chocolate, mamá? ¿Puedo?

—Ya veremos.

—¿Me compras, por favor, un polo de chocolate?

—Espera.

El teléfono público estaba junto a un tablón de anuncios al otro lado del vestíbulo principal y frente a la puerta del comedor, donde habían organizado un bingo a causa de la lluvia.

—Espero que no haya colgado —gritó la mujer que trabajaba en la tienda. Había desaparecido tras el mostrador.

Pauline, todavía con Mara en brazos, levantó el auricular que oscilaba de un lado a otro y, sin aliento, dijo: «¿Diga?». Esperaba oír a Brian, que le diría que por una razón u otra se retrasaba en Campbell River, o que le preguntaría qué es lo que le había pedido de la farmacia. Como era sólo una cosa —loción de calamina—, él ni lo había apuntado.

—Pauline —dijo Jeffrey—. Soy yo.

Mara se agitaba y se estiraba contra el costado de Pauline, ansiosa por bajar al suelo. Caitlin entró al vestíbulo y se metió en la tienda, dejando tras de sí huellas de arena húmeda. «Un momento, un momento», dijo Pauline. Tras dejar que Mara se deslizase hasta el suelo, se fue corriendo a cerrar la puerta que llevaba a los escalones. No recordaba haberle mencionado a Jeffrey el nombre de este lugar, aunque de forma vaga le había dicho dónde estaba. Oyó a la mujer de la tienda hablar con Caitlin en un tono de voz más severo que el que utilizaría con un niño acompañado por sus padres.

—¿Es que se te ha olvidado limpiarte los pies?

—Estoy aquí —dijo Jeffrey—. No me sentía bien sin ti. Me sentía fatal.

Mara se dirigió hacia el comedor, como si la voz masculina que anunciaba «bajo la N...» fuera una invitación dirigida a ella.

—Aquí, ¿dónde? —preguntó Pauline.

Leyó los carteles que estaban clavados junto al teléfono, en el tablón de anuncios.

NO ESTÁ PERMITIDO EL ACCESO A LAS BARCAS A PERSONAS MENORES DE CATORCE AÑOS SI NO VAN ACOMPAÑADAS DE UN ADULTO.

CONCURSO DE PESCA.

VENTA DE DULCES Y ARTESANÍA, IGLESIA DE SAN BARTOLOMÉ.

TU VIDA ESTÁ EN TUS MANOS. SE LEEN LAS PALMAS DE LAS MANOS Y SE ECHAN LAS CARTAS. BARATO Y ACERTADO. LLAMA A CLAIRE.

—En un motel. En Campbell River.

Pauline supo dónde estaba antes de abrir los ojos. Nada le sorprendió. Había dormido, pero no tan profundamente como para haber dejado escapar algo. Había esperado a Brian en el aparcamiento del edificio comunal, con las niñas, y le había pedido las llaves. Delante de los padres de él, ella le había dicho que necesitaba algo más de Campbell River. Él le había preguntado qué necesitaba y si llevaba dinero.

—Una cosa —le dijo, para que él pensara que se trataba de tampones o preservativos, algo que ella prefiriera no mencionar—. Algo suelto.

—Bien, pero tendrás que echarle gasolina —dijo él.

Más tarde Pauline tuvo que hablar con él por teléfono. Jeffrey insistió en que lo hiciera.

—Porque a mí no me hará caso. Pensará que te he secuestrado o algo por el estilo. No lo creerá.

Pero lo más extraño de todo lo ocurrido aquel día fue que Brian pareció



creerlo enseguida. De pie en el lugar donde ella había estado hacía no mucho tiempo, en el vestíbulo del edificio comunal —ya finalizado el juego de bingo, pero con gente que pasaba por allí, Pauline les oía salir del comedor tras la cena—, él dijo: «Ah. Ah. De acuerdo», con una voz que hubiera tenido que controlar apresuradamente, pero que parecía apelar a una dosis de fatalismo o de conocimiento previo que iba bastante más lejos de lo necesario. Como si él hubiera sabido desde el principio, desde siempre, lo que podía ocurrir con ella.

—Bien —dijo él—. ¿Y qué pasa con el coche?

Luego añadió algo, algo imposible, y colgó, y ella salió de la cabina situada junto a unos surtidores de gasolina en Campbell River.

—Qué rápido —dijo Jeffrey—. Más fácil de lo que esperabas.

—No lo sé —respondió Pauline.

—Puede que lo supiese subconscientemente. La gente sabe estas cosas.

Ella sacudió la cabeza para pedirle que no dijera una palabra más, tras lo que él dijo: «Lo siento». Caminaron a lo

largo de la calle sin tocarse ni hablarse. Habían tenido que salir para buscar una cabina puesto que no había teléfono en la habitación del motel. Ahora, temprano por la mañana, al observar con calma a su alrededor —la primera sensación de calma y libertad que había tenido desde que entrara en esa habitación—, Pauline se fijó en que no había prácticamente nada en ella. Únicamente una birria de tocador, una cama sin cabecera, una silla tapizada y sin brazos, una persiana con la tablilla rota en la ventana y una cortina de plástico naranja que supuestamente debía parecerse a una red y que no necesitaba dobladillo porque estaba toscamente cortada por la parte inferior. Había un ruidoso aparato de aire acondicionado; Jeffrey lo había apagado por la noche y había dejado la puerta abierta con la cadena puesta, ya que la ventana estaba sellada. Ahora la puerta estaba cerrada. Debía de haberse levantado por la noche para cerrarla.

Esto era todo lo que ella tenía. Sus lazos con la casa donde Brian dormía o no dormía se habían roto, al igual que sus lazos con la casa que había sido la expresión de su vida con Brian, de la forma de vida que ellos habían elegido. Ya no tenía muebles. Ya no contaba con sus grandes y sólidas adquisiciones, como la lavadora y la secadora, mesa de roble, el armario ropero barnizado de nuevo y la lámpara de araña, imitación de una de un cuadro de Vermeer. Ni siquiera con las cosas que eran específicamente suyas: los vasos de cristal prensado que había coleccionado y la alfombra de oración, que por supuesto no era auténtica, pero sí preciosa. Especialmente esos eran los objetos que había perdido. Incluso sus libros los habría perdido. Incluso su ropa. La falda, la blusa y las sandalias que había llevado en su viaje a Campbell River, muy bien podrían ser todo lo que

quedaba a su nombre. Nunca volvería para reclamar. Si Brian se comunicaba con ella para preguntar lo que debía hacer con las cosas, ella le respondería que hiciera lo que quisiese; meterlas en bolsas de basura y llevarlas al vertedero, si era eso lo que quería. (En realidad, ella sabía que probablemente las metería en un baúl, cosa que hizo, y le enviaría escrupulosamente no sólo su abrigo de invierno y sus botas, sino también objetos como la faja que había llevado en su boda y que no había vuelto a ponerse, y la alfombra de oración cubriéndolo todo, como una declaración final de su generosidad, espontánea o calculada.).

Ella creía que nunca volvería a dar importancia al tipo de habitaciones en las que tendría que vivir o al tipo de ropa que se pondría, No recurriría a esa clase de ayuda para dar pistas sobre quién era, o sobre cómo era. Ni siquiera para darse una idea a sí misma. Lo que había hecho sería suficiente, lo sería todo. Lo que estaba haciendo era de lo que había oído hablar y de lo que había leído. Se trataba de lo que había hecho Ana Karenina y de lo que había deseado hacer Madame Bovary. Era lo que había hecho un profesor del instituto de Brian, escaparse con la secretaria. Se había fugado con ella. Era el nombre que esto recibía. Fugarse juntos. Escaparse juntos. Se hablaba de ello en tono despectivo, jocosos y con envidia. Era llevar un poco más allá el adulterio. La gente que lo hacía con certeza llevaba tiempo metida en el asunto, había cometido adulterio durante una larga temporada antes de desesperar o echarle el valor suficiente para dar ese paso. De vez en cuando una pareja podía afirmar que el amor que se habían profesado no se había consumado y era técnicamente puro, pero no sólo se les tomaría —si es que alguien los creyera— por muy serios y nobles, sino también por

completamente insensatos; los meterían en el mismo saco que a aquellos que se arriesgan a dejarlo todo para marcharse a trabajar a un país pequeño y peligroso.

A los otros, a los adúlteros, se les consideraba irresponsables, inmaduros, egoístas o incluso crueles. También afortunados. Afortunados porque las relaciones sexuales que habían mantenido en coches aparcados, entre las altas hierbas, en sus respectivas y mancilladas camas matrimoniales o, más probablemente, en moteles como aquel, debían de haber sido espléndidas. De lo contrario, nunca habrían anhelado tanto el estar el uno con el otro a toda costa, ni habrían tenido tanta confianza en que su futuro compartido sería, en su conjunto, diferente y mejor que aquel otro que habían experimentado en el pasado.

De diferente clase. Eso era lo que Pauline debía de creer ahora; que existía esa gran diferencia en las vidas, en los matrimonios o en las uniones entre las personas. Que algunos de ellos tenían una necesidad, una predestinación que otros no tenían. Claro que un año antes hubiera dicho lo mismo. La gente decía esas cosas, parecía creerlas y creer que su caso era único, de una clase especial, aunque todos los demás opinaran lo contrario y les dijeran que no sabían de qué hablaban. Pauline no hubiera sabido de qué hablaba.

Hacía demasiado calor en la habitación. El cuerpo de Jeffrey era demasiado cálido. Parecía irradiar convicción y agresividad incluso durmiendo. Su torso era más grueso que el de Brian; estaba más rechoncho alrededor de la cintura. Los huesos estaban cubiertos por más carne, pero al tacto no era tan flácido. A rasgos generales no era tan guapo como Brian; estaba segura de que la mayoría de gente lo pensaría así. Y no era tan escrupuloso.

Brian en la cama no olía a nada. Siempre que ella estaba con Jeffrey percibía que su piel tenía un olor a tostado, suavemente aceitoso, como a nuez. La noche anterior no se había lavado; pero, a decir verdad, tampoco ella. No hubo tiempo. ¿Por lo menos tendría un cepillo de dientes? Ella no. Pero no sabía que se iba a quedar allí. Cuando se reunió con Jeffrey en este lugar, aún tenía metido en la cabeza que tendría que urdir una mentira como un templo de la que poder servirse cuando regresara a casa. Y que ella, ellos, debían darse prisa. Cuando Jeffrey le dijo que había decidido que debían quedarse juntos, que ella iría con él al estado de Washington, que tendrían que dejar la obra porque las cosas les resultarían demasiado difíciles en Victoria, lo observó con esa mirada vacía con la que uno se queda en el instante en que empieza un terremoto. Estaba preparada para darle las razones por las que no era posible, aún pensaba que iba a decírselo, pero en ese momento su vida iba a la deriva. Volver hacia atrás se ría como anudarse una soga al cuello.

Todo lo que dijo fue: «¿Estás seguro?».

Y él respondió: «Seguro». Lo dijo con sinceridad. «Nunca te abandonaré.»

Eso no era propio de él. Luego ella se dio cuenta de que había citado —quizá irónicamente— una frase de la obra. Era lo que Orfeo le dice a Eurídice al cabo de unos minutos de su primer encuentro en la estación.

Así es que su vida se estaba convirtiendo en una huida hacia adelante; ella se estaba convirtiendo en una de esas personas que huyen. Una mujer que escandalosa e incomprensiblemente lo abandonaba todo. Por amor, dirían con sarcasmo los observadores. Queriendo decir: por sexo.

Nada de eso habría ocurrido si no fuera por el sexo.

Y, sin embargo, ¿qué diferencia puede haber? A pesar de lo que se diga, no es una práctica tan variable. Piel, movimientos, contacto, resultados. Pauline no es una mujer de la cual sea difícil obtener resultados. Brian los obtenía. Probablemente cualquiera los obtendría, cualquiera que no fuera un completo inútil o un ser moralmente repugnante.

Pero, en verdad, nada es igual. Con Brian —en particular con Brian, a quien ella ha dedicado una especie de benevolencia egoísta, con quien ha vivido una complicidad marital— nunca puede existir ese despojarse, la inevitable huida, los sentimientos por los que ella no tiene que esforzarse sino sólo ceder, como respirar o morir. Eso, piensa Pauline, sólo puede ocurrir cuando la piel es la de Jeffrey, cuando los movimientos los realiza Jeffrey y el peso que ella siente sobre su cuerpo contiene el corazón de Jeffrey, al igual que sus costumbres, pensamiento, peculiaridades, su ambición y su soledad (todo lo cual, por lo que ella sabe, debe de estar en gran medida relacionado con su juventud).

Por lo que sabe. Hay mucho que ella desconoce. Apenas sabe nada sobre lo que le gusta comer, la música que le gusta escuchar o el papel que juega su madre en su vida (sin duda misterioso pero importante, al igual que el de los padres de Brian). Hay una cosa de la que está bastante segura: sean cuales sean sus preferencias o prohibiciones, serán definitivas.

Se desliza de debajo de la mano de Jeffrey y de debajo de la sábana superior, que despide un fuerte olor a lejía, baja al suelo, donde está tirada la colcha, y rápidamente se envuelve en ese viejo trapo de felpilla amarillo verdoso. No

quiere que él abra los ojos, la vea por detrás y se fije en lo caídas que tiene las nalgas. La ha visto desnuda en anteriores ocasiones, pero generalmente en momentos más indulgentes.

Se enjuaga la boca y se lava con la pastilla de jabón, que tiene el tamaño de dos onzas pequeñas de chocolate y está más duro que una piedra. Tiene la entepierna irritada; está inflamada y apesta. Le cuesta orinar y parece que está estreñida. La noche anterior, cuando salieron a comprar hamburguesas, descubrió que no podía comer. Presumiblemente volverá a aprender a hacer esas cosas, que volverán a ocupar su justa importancia en su vida. Por ahora es como si fuera incapaz de prestarles atención.

Tiene algún dinero en su bolso. Debe salir y comprar un cepillo de dientes, pasta dentífrica, desodorante y champú. También una pomada vaginal. La noche anterior utilizaron condones las primeras dos veces, pero nada la tercera. No trajo su reloj y Jeffrey no tiene. En la habitación no hay reloj, por supuesto. Le parece que es temprano; por la luz, aún tiene pinta de ser temprano, a pesar del calor. Probablemente las tiendas no estén abiertas, pero habrá algún sitio donde pueda tomarse un café.

Jeffrey se ha cambiado de lado. Ha debido de despertarlo por un instante. Tendrán un dormitorio. Una cocina, una dirección. Él irá a trabajar. Ella irá a la lavandería automática. Quizá también vaya a trabajar. Venderá cosas, trabajará de camarera, dará clases particulares a estudiantes. Sabe francés y latín. ¿Enseñan latín y francés en los institutos estadounidenses? ¿Puedes conseguir un trabajo si no eres estadounidense? Jeffrey no lo es.

Le deja la llave. Tendrá que despertarlo para volver a entrar. No hay

nada con lo que pueda o en lo que pueda escribir una nota.

Es temprano. El motel está en la autopista, en el extremo norte del pueblo, junto al puente. Todavía no hay tráfico. Arrastra los pies bajo los álamos durante bastante tiempo antes de que cualquier vehículo cruce el puente, a pesar de que los coches han hecho temblar la cama hasta altas horas de la madrugada. Algo se acerca. Es un camión. Pero no sólo es un camión, sino una enorme y sombría realidad que viene hacia ella. Y no ha salido de la nada; ha estado a la espera, rondando cruelmente desde que se despertó o incluso durante toda la noche.

Caitlin y Mara.

Anoche, cuando estaba al teléfono, tras hablar de una manera tan calmada, controlada y con una voz casi agradable —como si se sintiese orgulloso de no escandalizarse, ni poner pegadas ni rogar—, Brian estalló. Con desprecio y con rabia y sin preocuparse de quién le oyera, dijo:

—Bueno, ¿y qué pasa con las crías?

El auricular empezó a vibrar contra el oído de Pauline.

—Ya hablaremos... —dijo ella. Pero él no pareció oírla.

—Las niñas —dijo Brian, con la misma voz estremecida y rencorosa. Pasar de la palabra «crías» a «niñas» era como golpearla con una piedra; una amenaza grave, formal y severa—. Las niñas se quedan—dijo—. ¿Me has oído, Pauline?

—No —respondió ella—. Sí, te he oído, pero...

—Muy bien. Me has oído. Recuérдалo. Las niñas se quedan.

Era su único recurso. Que viera lo que estaba haciendo, a lo que estaba poniendo fin, y castigarla si seguía adelante. Nadie lo culparía. Ella podría arreglárselas para conseguir algo, podría

haber regateos por supuesto tendría que humillarse, pero ahí estaban los hechos como una piedra redonda y helada en su garganta, como una bala de cañón. Y permanecería ahí a no ser que ella cambiase de actitud de forma radical. Las niñas se quedan.

Su coche —suyo y de Brian— todavía estaba en el aparcamiento de motel. Brian tendría que pedirle hoy a su padre o a su madre que le llevaran hasta ahí para recogerlo. Pauline tenía las llaves en el bolso. Había un juego de sobra, seguro que él lo traería. Abrió la puerta y lanzó sus llaves sobre el asiento delantero, echó el pestillo por dentro y cerró.

Ahora no podía volver. No podía coger el coche y volver y decir que había cometido una locura. Si hacía eso, él la perdonaría, pero nunca lo superaría, y ella tampoco. Aunque saldrían adelante, como hace la gente.

Salió del aparcamiento y caminó a lo largo de la calzada hacia el pueblo. Ayer, el peso de Mara sobre su cadera. El atisbo de las pisadas de Caitlin en el suelo.

Pau.

No necesita las llaves para volver a ellas, no necesita el coche. Podría pedir que la llevaran por la autopista. Ceder, ceder, volver a ellas como sea, ¿cómo no va a hacerlo?

Una sogá anudada al cuello.

Una elección que fluye, la elección de la fantasía se vierte sobre el suelo y se endurece al instante; ha tomado su forma innegable.

Este dolor agudo. Se hará crónico. Crónico significa que perdurará, aunque tal vez no sea constante. También puede significar que no morirás de ello. No te librarás pero no te matará. No lo sentirás a cada minuto pero no permanecerás mucho tiempo sin que te haga una visita. Y aprenderás algunos trucos para

mitigarlo o ahuyentarlo, tratando de no destruir aquello que tanto dolor te ha costado. No es culpa de él. Él es aún un ingenuo o un salvaje que no sabe que en el mundo existe un dolor tan perdurable. Debes decirte: de todas formas, las perderás. Crecen. A una madre siempre le espera esa desolación privada y ligeramente ridícula. Olvidarán estos tiempos y de una forma o de otra renegarán de ti. O seguirán pegadas a tus faldas hasta que no sepas qué hacer con ellas, como le pasó a Brian.

Y, aun así, qué dolor. Seguir viviendo y acostumbrarse hasta que sólo sea el pasado lo que duela, y no cualquier presente posible. Sus hijas han crecido. No la odian. Por haberse marchado o no haber vuelto. Tampoco la perdonan. De cualquier manera, probablemente nunca la habrían perdonado, pero sería por alguna otra cosa.

Caitlin tiene pocos recuerdos del verano en la playa. Mara no recuerda nada. Un día, Caitlin se lo menciona a Pauline, refiriéndose a ello como «ese sitio al que iban la abuela y el abuelo».

—El lugar en el que estábamos cuando te marchaste —dice—. Lo único es que no supimos hasta más tarde que habías huido con Orfeo.

—No era Orfeo —dice Pauline.

—¿No era Orfeo? Papá solía decir que era Orfeo. Decía: «Y entonces tu madre se fugó con Orfeo».

—Bromearía —dijo Pauline.

—Siempre creí que se trataba de Orfeo. Entonces era otra persona.

—Se trataba de otra persona relacionada con la obra. Alguien con quien viví durante una temporada.

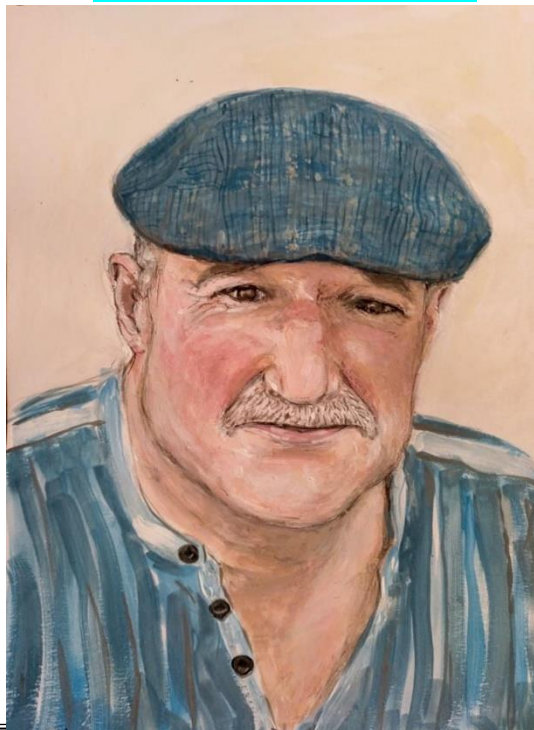
—Pero no Orfeo.

—No. Nada que ver con él.



Pinturas: José Luis Navarro

Nueva Literatura Veracruzana



Silvia Colorado Méndez

1967, Xalapa

Y yo que no la podía ni ver

Eran las 11.30 de la noche, el frío y la neblina cubrían parte de la ciudad. Caminaba rápidamente como cada noche al salir de la jam, llevaba mi guitarra al hombro y en el otro mi mochila sucia y vieja, mi chamarra desgastada pero abrigadora y una gorra de estambre para protegerme del frío; era mi vestimenta preferida en las noches frías de diciembre. Tenía ganas de llegar y tirarme en mi cama y perderme entre las cobijas hasta el día siguiente. Estaba a escasos metros de llegar a mi departamento cuando divisé a los lejos la luz encendida de la casa número 87; ahí estaba doña Chole, como todas las noches.

¿Qué no duerme la desgraciada?

Todas las noches se la pasa en vela esperando ver llegar a cada uno de los inquilinos de la privada, espiando sus movimientos, como tratando de adivinar de dónde vienen.

¡Cómo quisiera desaparecerla para no tener que darle las buenas noches!

Esto lo hacía más por educación que por ganas de hacerlo.

¡No la soporto!, pero desgraciadamente mi departamento está justo al lado de su casa, imposible escapar de su vigilancia, más fiel que la de un perro guardián.

Los vecinos decían que era una mujer proveniente de buena familia y las autoridades la respetaban por ser de clase adinerada.

Estaba a escasos 50 metros de llegar a la puerta de mi departamento

cuando escuché un grito muy conocido que durante las últimas semanas me había acompañado por lo menos una vez por semana. Creo que ese policía estaba empeñado en encontrar un motivo para arrestarme.

–Hey tú, vago indecente, ¡párate!

Hice caso omiso y continué caminando. No había avanzado gran cosa cuando advertí los pasos acelerados del policía; cuando me di cuenta ya lo tenía parado frente a mí, impidiéndome avanzar y amenazándome con su macana.

–¿No me oíste o te hiciste buey? Te dije que te pararas, pendejo –me gritó con un tono autoritario y majadero.

–Bájele, mi buen, ¿qué hice?

–Qué no habrás hecho, con esas fachas y a esta hora en la calle, no creo que nada bueno. Saca lo que traes en la mochila y en las bolsas del pantalón antes de que yo te las saque a la fuerza.

–Solo son mis cosas de la escuela, no traigo nada más.

De un tirón jaló mi mochila y la tiró al suelo.

–Esa guitarra, si es que en verdad traes una ahí dentro –me dijo señalando el estuche de mi preciado instrumento–, dámela. Me la voy a llevar porque seguramente ahí escondes la mota y es evidencia.

Me negué a dárselo y forcejé con él. El policía me superaba en peso y estatura y cuando estaba a punto de lograr su cometido, vi parada junto a mí a doña Chole, quien con mucha familiaridad puso su mano en mi hombro y mirando con seriedad al policía dijo:

–¿Algún problema con mi sobrino, oficial? ¿Él viene de la escuela y lo estoy esperando con un café caliente para que se le quite el frío?

Aquel policía la miró con enojo.

¿En verdad es su sobrino? –preguntó.

–Claro, no tendría por qué mentirle, es hijo de mi hermana y todas las noches lo espero cuando llega de sus clases de música, ¿pasa algo?

–No señora, disculpe usted, lo confundí con un adicto que ronda por estas calles, creo que me equivoqué.

Con mucho enfado el hombre me soltó, se dio la media vuelta y se alejó del lugar. Miré a doña Chole, le di las gracias y me encaminé a mi departamento pensando para mis adentros:

¡Y yo que no la podía ni ver!

Ricardo Alberto

1987, Xalapa.

Breve historia de un amor duradero

Érase una vez una bella americana capaz de hablar español mejor que su pioresnada.

Todo comenzó un día en los EE.UU. cuando sintió que el inglés no era idioma suficiente para expresar sus sentimientos. Compró entonces un boleto de avión y llegó a México. Increíblemente, en cuestión de minutos, comenzó a hablar español fluidamente (groserías incluidas). Se sorprendió tanto que pensó que si iba a cualquier otro país, sucedería lo mismo.

Decidió, no obstante, pasar unos días más en México porque adoraba la comida picante. Una noche, mientras cenaba en un bar, conoció a un chico, de buena facha y divertido; empezaron a salir, y la semana que planeaba estar en México se convirtió en un mes... Desafortunadamente para ella –por sus planes de volverse políglota–, pero

afortunadamente para él, se habían enamorado.

El tiempo continuó su infinita trayectoria, y el mes se convirtió en un año, y el año en una vida entera.

A la fecha, aún no ha podido comprobar si también es virtuosa en italiano, francés, o alemán. Eso sí, su español es tan bueno, que no hay día que no corrija al mexicano que la enamoró.



Pintura: Jose Luis Navarro

Una llamada

El teléfono sonó en medio de la torrencial lluvia. Marta se apuró a sacarlo de su abultada bolsa y sin poder ver de quién se trataba contestó:

—¿Aló? —dijo con voz irritada.

Del otro lado se alcanzaban a escuchar los gritos de una mujer, la respiración agitada de alguien más, un hombre quizás, y el zumbido de algo cortando el aire.

—¿Aló? —volvió a decir y como nadie respondió añadió con desesperación—: ¡¿Quién habla?! Silencio.

Retiró el teléfono de su oreja para ver quién era; sin embargo, la tupida lluvia y lo empañado de sus anteojos no le permitían distinguir con claridad los números o el nombre. Pasó varias veces la mano por la pantalla, pero fue inútil. Corrió a refugiarse bajo un árbol y fue entonces que identificó el número: Directora.

Se volvió a llevar el teléfono al oído, pero para entonces ya habían colgado. Marcó y tras cinco timbrados —que para Marta fueron eternos— alguien contestó.

—¡¿Aló?! —dijo esta vez muy alterada—. ¡¿Directora?! ¡¿Qué sucede?! ¿Se trata de Isabel? ¡¿Aló?! Silencio.

Del otro lado se seguían escuchando los mismos ruidos: un grito constante de pánico, una jadeante respiración y una especie de silbido. La llamada se volvió a cortar así como la respiración de Marta. La preocupación y el miedo se volvieron tales que apenas pudo vencer lo tembloroso de sus manos para volver a marcar.

Esta vez respondieron rápidamente, pues del otro lado ya reinaba la calma.

—¡¿Directora?! —dijo gritando—. ¡¿Sucede algo con mi hija?! ¿Aló? ¡¿Aló?! Silencio primero y después un carraspeo y enseguida una voz grave y serena: —Su hija y la directora ya se encuentran *bien*... Es usted la que aún no... Tu-tu-tu-tu... Piiii...

Silencio primero y después un carraspeo y enseguida una voz grave y serena: —Su hija y la directora ya se encuentran *bien*... Es usted la que aún no... Tu-tu-tu-tu... Piiii...

Pejo

Todos los días lo observo: mientras duerme se da vueltas, despierta, se levanta a orinar, se acuesta, se tapa, se acurruca, se vuelve a dar de vueltas, sonríe, hace gestos de dolor o a veces no se mueve para nada. Amanece y un



moverse y ahí se queda por unos diez minutos leyendo; se levanta, toma un poco de papel y luego lo tira a un bote. Se acerca a mí, me mira, me sonrío, toma el cepillo y lava sus dientes y su cara. Me enseña su imperfecta, pero agradable dentadura y después se va a acostar, toma su libro y lee, hace un gesto de extrañamiento, toma un lápiz y raya el libro, continúa leyendo hasta que comienza a bostezar; entonces se levanta, apaga la luz y se acuesta a dormir; le doy las buenas noches, pero nunca me responde, y luego... comienza todo de nuevo.

A veces llora, no sé por qué, a veces maldice, y muy seguido canta y pone la música tan alta, que todo mi cuerpo tiembla y siento que voy a caer y morir; sin embargo, antes de que sea muy tarde, se da cuenta y me acomoda, y entonces baja el volumen. Sé que me quiere porque siempre me pasa

un trapo que huele muy rico por la cara que me hace ver todo con más claridad... Sí, sé que sí me quiere, aunque creo que jamás sabrá que estoy aquí, porque para él sólo soy un objeto inanimado.

Si tan sólo hubiera alguna manera de hacerle notar que no es así. De hacerle saber que yo, Pejo... —sí, así me llamo—, la verdad no sé si ése sea mi verdadero nombre, pero así escuché que todos me decían en el lugar donde antes vivía: “él es Pejo”, “es Pejo”. Por eso creo que ése es mi nombre... Ahora recuerdo que cuando llegué aquí, escuché a mi amigo decirle a una mujer: “Mira, ma: él es Pejo”, o algo así, entonces yo creo que sí me llamo así... Bueno, el chiste es que tengo que hacer algo para que se dé cuenta de que soy más que un simple objeto.

sonido estruendoso lo despierta, se vuelve a dormir, y diez minutos después el sonido lo vuelve a despertar y entonces decide levantarse.

Va hacia el baño, orina de nuevo, me ve, se lava los dientes, la cara, mira sus imperfecciones, se lamenta, se baña, canta, grita, grita mucho, se seca, se viste, me ve, se peina, me ve, se perfuma, me ve y se va.

Mientras no está me aburro: todo lo que veo son cosas que ni se mueven, ni hablan, ni nada. Cuando regresa deja sus cosas en la cama y se va a comer, otro rato más en el que me aburro. Vuelve y me ve, se lava los dientes, me sonrío, y se va de nuevo.

En la noche regresa: ve un poco de tele, entra al baño, se sienta en una especie de silla que siempre está ahí sin

Julio Mejía

Coatzacoalcos, 1993

Paseo

Soy una criatura de hábitos. Me levanto apenas hay un vestigio de luz, me dirijo hacia la puerta y siento el sol caer sobre mí.

Todas las mañanas recorro la misma ruta, o más bien la recorremos. Mi mejor amigo y yo siempre caminamos por las mañanas, incluso en los pocos días que hay lluvia.

Él siempre me platica y yo escucho, no hay nada más que yo pueda hacer. A veces le respondo, pero parece que no me entiende, o quizá solo quiere que lo escuche.

Es la misma rutina siempre. Salimos por una calle sin pavimentar y subimos por una loma llena de arena. Debo admitir que las piedras en el camino a veces son una molestia, pero en cambio los autos son menos frecuentes en nuestro andar.

En cuanto salimos a la calle principal, ya el sol está asomándose y se siente el calor debajo de mí. Aunque a veces parece que él no siente el mismo calor que yo.

Pasamos por un puesto de comida, casi nunca nos detenemos, porque a esa hora apenas están preparándola, pero mi mejor amigo dice hola y yo también, aunque a mí no me regresan el saludo. Ya nada más porque huele muy rico no les digo nada.

Al caminar por la avenida principal hay mucha gente en los autos, se oyen ruidos e insultos. No me gusta, pero es la única hora en la que podemos caminar,

es nuestro tiempo juntos y a veces eso vale más que la tranquilidad de mi cama.

Voy escuchándolo contándome sus problemas, pero no puedo evitar pensar que para mí esos no son verdaderos problemas. ¿Qué vamos a comer en el día? ¿Dónde voy a conseguir agua? Esos para mí son problemas.

Llegamos a un parque grande y damos muchas vueltas. No me molesta la monotonía, hay un árbol que me gusta ver mucho y cada que volvemos a pasar por él me emociona. Para mí nunca deja de ser una novedad. Sentirme emocionado dos o tres veces por la mañana suena como un buen día para mí.

En este parque se escuchan aún los pitidos de los autos y el sol se alza cada vez más. Veo a mi amigo y lo veo sudar. Él amablemente me trae una botella de agua todas las mañanas, pero no sé cómo decirle que mejor se lo eche en la cara. Con tal, yo no sudo.

Hoy dimos una vuelta más, supongo que aún no terminaba de contarme sus problemas. Cuando pasamos nuevamente junto al árbol, se detuvo. Nunca nos detenemos. Luego se tiró al suelo y se durmió. Yo empecé a pedir ayuda y alguien se lo llevó. Me dejaron ahí junto a mi árbol, pero sin mi amigo.

Soy una criatura de hábitos. Me levanto apenas hay un vestigio de luz, me dirijo hacia la puerta y siento el sol caer sobre mí.

Pero hoy no veo a mi amigo, ya tiene algo de tiempo que no lo veo. Una mujer me encuentra atado a mi árbol favorito, me trae comida y luego me lleva con ella a su hogar.

La mujer que me trajo casi no está en casa, pero una personita más pequeña que ella sí. Ella me habla mucho, todo el día, incluso cuando estoy en otra

habitación. A diferencia de mi amigo, ella no tiene arrugas, me abraza mucho y juega conmigo a la pelota todos los días. A veces me viste y tomamos algo que ella llama “té”, aunque nuestros vasos siempre están vacíos.

Soy una criatura de hábitos, no puedo evitarlo. Ahora acompaño a mi nueva mejor amiga a caminar, pero cuando llegamos a la desviación entre la antigua ruta y la nueva, siempre dudo. De un tirón me lleva por la nueva ruta. Cruzamos la carretera, pasamos por un parque y seguimos por un camino lleno de callejones y árboles. No siento tanto calor debajo de mí. Esto se ha convertido en algo familiar, pero de vez en cuando quisiera volver a la ruta anterior, esperando que mi mejor amigo también sea una criatura de hábitos.

La chica de mis sueños

Después de los coqueteos en los pasillos y las cartitas que nos pasábamos entre clase, a veces con dibujitos y otras contándonos cómo nos iba el fin de semana, al fin me aceptó una cita.

Le cuento a mi mejor amiga, a pesar de que ya la tengo harta.

–No sé qué le ves.

–Es que es perfecta.

En clases fantaseo con que nos volamos las clases juntos atrás del taller de refrigeración, que la espero y llega ella con su cabello rizado suelto y con su sonrisa de par en par que le forma hoyitos.

Sueño que nos sentamos en las bancas de la jardinera y nos abrazamos y le doy un beso en su mejilla y se pone toda roja.

El maestro me tira un borrador.

–A ver, repíteme lo que dije.

–No sé, maestro.

–Pues pon atención.

Llego a la casa, me subo a bañar y le robo un poco de colonia a mi papá. Huele bien feo, pero a mi mamá le gusta.

Me peino de lado y bajo y le digo a mi mamá que voy a salir al parque.

–¿Y para ir al parque vas así de peinado?

–Es que voy a hacer tarea.

No me cree, se me queda viendo. Mueve la nariz, ya olió la colonia, ya estuvo que no me dejó ir. Pero sonrío, saca dinero de su bolsa, veinte pesos.

–Ten para que le compres un helado.

–Pero sí voy a hacer tarea con Juan.

–Y yo nací ayer, ¿verdad?

Llego al parque y la espero. La espero como media hora, mientras me imagino que se sube a los columpios y que la empujo y que se ríe; luego comemos un helado, yo de chocolate y ella de pistache.

Ya cuando casi dan las cinco me empiezo a preocupar, porque a las cinco y media llega mi papá y no le gusta que esté afuera. Pero la veo llegar del otro lado, con una minifalda y medio maquillada.

Veo que trae un cigarro apagado en la boca y un encendedor en la mano. Me saluda, luego mira a los dos lados como para cruzar y espera a que pase un camión. Pero cuando termina de pasar este, me aseguro de ya no estar ahí.

Eryck León

Xalapa, 2003

Camisa de rebajas

Toda mi vida he buscado distinguirme de los demás. Anticipo modas no por la habilidad de premonición sino por la persecución de las masas que buscan parecerseme.

Un día, vistiendo mis mejores ropas: chamarra afelpada, calcetines de diferentes colores y tallas, zapatillas rotas con estampillas de correos y lo que usted jamás hubiera imaginado, observé como un profeta mi vestuario secular que preservaría mi originalidad, ante todo. Vi en un aparador la figura de un maniquí que portaba una camisa blanca con letras rojas y grandes anunciando la palabra “rebajas”.

—La quiero —ordené a la par que mi dedo índice señalaba el maniquí de la entrada.

—¿Podría ser más específico? — preguntó con duda un vendedor.

—La camisa.

—¿Alguna en particular?

—La blanca con letras rojas, en la entrada.

Cuando trajeron al mostrador una vulgar camiseta navideña y el horripilante nombre de una marca plasmada en el frente de la otra, vociferé a la proximidad la presencia del gerente.

—Buenos días —infirió un flaco sin apariencia de gerente—, ¿hay algo en que pueda servirle?

—Quiero la camisa de la entrada.

—¿Tuvo un problema con su talla o algo relacionado con un atraso de envío?

Tomé del brazo al flacucho gerente y lo arrastré hasta el maniquí con la camisa de rebajas.



—Quiero esa.

—¿La que trae puesto el maniquí? Asentí con la cabeza.

—Disculpe, esa camisa no está a la venta.

—¿Cuánto dinero quiere?

—No es posible hacer la compra porque no está registrada en el sistema. Una enorme disculpa, en serio no podemos hacer nada —se dio vuelta el insobornable gerente—, con permiso.

Salí del lugar con un vacío en el pecho que dejó en mí la ausencia de letras grandes y rojas.

A la semana volví esperando que las cosas hubieran cambiado. Y para mi sorpresa un cartel amenazaba ser el último día de *rebajas*, nombre con el cual bauticé a mi camisa deseada, con la promesa de cerrar hasta que el último cliente saliera.

Sabía que aquello era una estratagema del enjuto gerente.

Reuní valor para poner sobre mi piel un conjunto de ropa pasada de moda con tal de camuflar mi presencia con la de otros mortales. Esa noche sería la última sin mi amada *rebajas*.

Llegué a las tres de la tarde. Metí el chip que hacía bip, bip, y números se prendían y apagaban para que ropas de mal gusto se metieran en bolsas de compra.

Eran apenas las cinco y no había suficiente gente para perderme entre el vulgo. Cuando el reloj marcó las siete, tenía tantas bolsas alrededor de mí que era imposible no llamar la atención.

Así que empecé a repartir, entre las personas que iban pasando, kits de harapos en bolsas. Lo vacío con que mis manos cedían las prendas era contrastante con las pupilas dilatadas de aquellos que proliferaban veinte veces gracias y me abrazaban.

Volví a entrar a las seis y el gerente empezaba a rondar los pasillos.

Mis grises ropas me ayudaban a esconderme de él.

Lo más cerca que estuve del maniquí fue un minuto entre las siete cuarenta y cinco y las siete cuarenta y seis. Cuando el flaco me preguntó, casi sin poder fingir no reconocirme, que si podía servirme en algo, corrí y dejé abandonadas tres bolsas con ropa adentro.

A la media noche solo estábamos veinte personas rondando en la tienda. Compré tanta ropa que a los anaqueles empezaban a notárseles las costillas.

A las dos de la mañana bajamos a diez personas. A las cuatro superaban los vendedores a los clientes. Cuando amaneció estábamos el gerente, los vendedores y yo.

Rondaba los pasillos y ellos me veían rondar.

Viraba a la izquierda y sus cabezas me seguían.

Les conté el motivo por el cual no abandonaba el lugar y los vendedores empezaron a dialogar entre ellos. Solo el gerente parecía indistinto ante la jornada extenuante.

Al mediodía dos vendedores pidieron a sus familiares traer de tiendas de impresión una camisa similar a la que estaba en el anaquel.

—No es la misma —atropellaba sus esfuerzos—. Yo quiero la que está en la entrada.

Ya por la tarde el gerente permitió a unos empleados salir.

Cuando al fin se cumplieron las veinticuatro horas, el gerente se acercó a mí y me confesó que esta nueva medianoche la camisa sería mía.

El maniquí con mi *rebajas*; una señal, cuando las luces se apagaran; y yo, veloz como gacela.

Sucedió.

Sin mirar, sin pensar, tomé y le arrebaté *rebajas* al maniquí y huí a casa.

Cuando todos los nuevos clientes se despistaron e intentaron verse entre la noche, ya en otro tiempo, en otro lugar se encontraba la camisa.

En una pausa bajo la luz de una farola al fin pude apreciar mi tesoro y cuando descubrí las vulgares letras navideñas corrí de nuevo a la tienda.

Al volver, el local estaba con sus luces apagadas. El letrero de rebajas se borró de la faz de la tierra. Y cuando golpeé el vidrio que me separaba de mis deseos, la luz se encendió de nuevo y observé al sonriente gerente con mi camisa de rebajas puesta.

Solo pude pegar un grito para maldecir al flacucho que muy mala pinta me dio desde el principio.



Eduardo García Aguilar

LA CASA DE LAS BRUJAS Y TEQUILA COXIS



Unos años después de llegar a la Ciudad de México y cuando comenzaba a publicar uno tras otro varios libros, entre ellos novelas, relatos y poemarios, cumplí el extraño sueño irrealizable de vivir en uno de los edificios más misteriosos y bellos de la capital mexicana, enclavado en la antigua colonia Roma y situado en la plaza Río de Janeiro, en cuyo centro arbolado hay un estanque y una reproducción del David de Miguel Ángel.

Abigarrado edificio de varios pisos construido por un arquitecto y constructor británico en ladrillo rojo como los castillos antiguos, tenía una torreta central rematada por una cúpula aguda de tejas oscuras y cuatro torretas del mismo estilo que le daban la apariencia de un edificio de película de vampiros con sede en Londres.

Allí en su tiempo y su juventud vivió el escritor Carlos Fuentes con su esposa, la gran actriz Rita Macedo, y es escenario de la novela *El desfile del amor* del Premio Cervantes Sergio Pitlor, con la que obtuvo el Premio Herralde, y quien residió allí un año para asegurarse de que su narración de espionaje, situada en tiempos de antes y después de la Segunda Guerra mundial, fuera verosímil.

En un barrio lleno de museos, galerías, bibliotecas, palacetes de instituciones, cruzado por avenidas construidas al estilo europeo y pleno de árboles y plazas hermosas, vivían artistas, eruditos, sabios, familias añejas, magnates y jóvenes estudiantes y artistas locos que poblaban los cafés nocturnos y hacían la fiesta hasta altas horas de la noche.

Albergó diplomáticos en las primeras décadas del siglo XX, pero en 1942 fue restaurado y convertido en su interior en una gran construcción de estilo Art Deco, por lo que sus lujosos apartamentos y estudios con amplias

bañeras y acabados preciosos en madera y mosaicos, eran codiciados. Sobrevivió a la Revolución mexicana y a varios terremotos terribles como el de 1985, que experimenté ahí mientras veía como se desmoronaban los edificios modernos. Aún está en pie, enhiesto, bello y orgulloso y sigue siendo codiciado por las nuevas generaciones bohemias que sueñan con vivir en un sitio cargado de historia, misterio y leyenda.

Como esperaba el nacimiento de mi única hija, buscaba con afán un apartamento y tuve la suerte de que mi amigo el poeta mexicano Guillermo Fernández, traductor de decenas de libros de poesía y literatura italiana, convenciera al encargado del edificio, el generoso y amable bailarín Juan Medellín, de alquilarnos a nosotros el mejor apartamento, el situado en el segundo piso, en la esquina de la torreta gótica frente a la plaza, pese a que mucha gente hubiera dado la vida por obtenerlo.

El apartamento tenía una sala amplia, dos habitaciones y un estudio espléndido que daba a la plaza, donde escribí varios libros, entre ellos *Bulevar de los héroes* y *Llanto de la Espada* y muchos artículos para diversos medios mexicanos. Era una delicia escribir en ese lugar de sueño y mis amigos mexicanos cuentan y recuerdan que en las noches y las madrugadas capitalinas escuchaban el incesante tecleo de mi máquina de escribir, cuando amanecía redactando y delirando con el ímpetu de tener apenas 30 años. Entre mis vecinos estaban el poeta Mario del Valle, director de la editorial Papeles Privados, el escritor Vicente Quirarte y Eduardo Vázquez Martín, quien después sería secretario de Cultura de la Ciudad de México. Pero en el edificio de unas cincuenta viviendas vivían también pianistas, pintores, bailarines, matemáticos, aristócratas

arruinados, funcionarios, académicos y cantantes de ópera.

La treintena es una de las edades más fogosas y creativas para todos los seres humanos en el campo que sea: finanzas, música, arte, arquitectura, medicina, física, ciencia, antropología, arqueología, geología, astronomía. En esa década las neuronas están en su mejor momento y la persona no es ni el adolescente inseguro o el jovencito inexperto, sino ya una criatura formada que es lo que será.

La Roma, donde vivió en la Avenida Alvaro Obregón el poeta nacional zacatecano Rafael López Velarde y en cuyo honor se creó ahí la Casa de Poesía que lleva su nombre, es un barrio porfiriano poblado de mansiones, palacetes, y cuando viví allí aun pervivían confiterías, cafeterías y pastelerías de las más exquisitas de la ciudad, como la centenaria Dulcería Celaya o La Bella Italia, donde se vendían los mejores helados. O sea que vivir y deambular por sus calles era como residir dentro del sueño.

Mucho tiempo después quise hacer un homenaje a la amada ciudad de México, donde viví más de tres lustros inolvidables, con una novela que se situara en parte en ese edificio contado por Pitol y Fuentes en los tiempos de la época del cine de oro mexicano. Parte de la trama y el desenlace de la novela se da ahí en ese palacete y la protagonista es una acriz colombiana imaginaria que vivió allí en los tiempos de gloria de Dolores de Río, María Félix, El Indio Fernández, Jorge Negrete y Pedro Arméndariz y tantas otras estrellas de la patalla grande que encendieron y animaron todos los cines de las ciudades latinoamericanas desde Tijuana hasta la Patagonia.



LA CRUZ NEGRA

Rafael Rojas

Colorado

El siglo XX despertaba, las creencias y la fe en la religión católica ocupaba un lugar predilecto en el alma del feligrés. La costumbre de instaurar cruces era tan común que parecía una práctica obligatoria en determinados lugares de ese pueblo de montaña. Lo hacían en las fincas, en las construcciones, casas familiares y otros espacios, pero los lugares idóneos, lo fueron las esquinas. Algunas parecían ser el límite en la que finalizaba el pueblo. La costumbre es que se le buscaba un padrino, este la asistía en su arreglo por un tiempo de tres años y se hacía compadre de la persona que donaba la cruz, al siguiente año repetían el ritual, pues la volvían a vestir y a pintar la cruz, celebraban con cuetes, tamales, café y ponche entre otros antojos pueblerinos, pero lo más importante era la costumbre de rezar un santo rosario, de esa manera el compadrazgo adquiría respeto y mucha responsabilidad en ese compromiso religioso.

En el pueblo, ya eran familiares varios los puntos en los que se vislumbraba una cruz, en muchas partes le acondicionaba un techo o decoraban un altar, bases de material, tablas o láminas de cartón, u otros arreglos para protegerlas, sobre todo de los cambios de clima, Todas se vestían con rosas rojas y tela blanca, la gente se persignaba con mucho respeto al cruzar frente a ellas. La cruz se ama por haber servido de tormento a Cristo Jesús, quien a través de su muerte la santificó; de allí la costumbre de santiguarse en busca de las bendiciones del diario vivir, la fe en la cruz parecía un alimento del espíritu de los pobladores del pueblo, más aún en los campesinos y trabajadores de la construcción.

En una de las faldas del cerro de la culebra empezaba aquel barrio que se conocía como la pedrera, lo distinguían

un camino flanqueado por piedras, arena y vasta vegetación, las escasas viviendas, por su humedad, denotaban el corazón de una provincia investida por el sosiego cotidiano y un paisaje pintoresco. Mateo Huesca Piedra, un joven vecino de la pedrera, experimentó en su ser el profundo deseo de instaurar una cruz en ese lugar, pues buena falta hacía, ya que por ese barrio transitaban gentes de mala reputación y con frecuencia se atestiguaban pleitos y hechos desagradables, sobre todo los arrieros que venían de las altas montañas y gustaban emborracharse con aguardiente. La situación le incomodaba a Mateo quien sin pensarlo más le comentó su idea a su amigo Manuel, juntos idearon la idea de internarse en el monte para buscar un buen madero para su noble propósito. ambos estuvieron de acuerdo y tenían confianza en las maderas que florecían en las montañas y sucesión de cerros. Los montes que abrazaban al pueblo, exhalaban bastante oxígeno, pertenecían a un bosque de niebla, un nutriente para la vida silvestre y también para la vida humana.

Un domingo que no trabajaban se dirigieron a los bosques de la región, buscaban algún árbol derribado por un rayo en algún día de tormenta o por alguna causa de la naturaleza. Llevaban su lonch, cruzaron cerca de la cascada la granada, no lograron verla porque la espesura de la vegetación la cubría de ojos curiosos, aún nadie la había descubierto, solo suponían la caída de agua por el sonido musical de sus aguas. Siguieron subiendo esos escarpados cerros, muy difíciles de ascender, pero sabían que frente a ellos se erigían milenarios árboles de la familia de los cipreses, Liquidámbar, encinos, pinos, parota, cedros, caoba y muchos más, no se atrevían a derribar uno de ellos, como

personas de campo conocían la utilidad de los mismos en las montañas, de ellos fluía la oxigenación del bosque, su función mantenía verde la sierra y, gracias ellos, la lluvia también se tornaba torrencial, alimentando cauces de ríos, arroyos, cascadas y correderos de agua en las laderas y peñascos. Con mucha frecuencia se hacían presentes los aguaceros hinchando las corrientes de agua. Ese día la tarde pardeaba y les aconsejó regresar, porque la noche pronto tendería su manto. Ya estaba oscuro cuando entraron al pueblo, por las rendijas de las tablas de las viviendas se notaba la luz difusa de los candiles y el humo de los cigarrillos escapando escondido en él viento. El estómago les exigía una taza de café de olla, o quizá un trago de aguardiente de Cosautlán de Carbajal, el cuerpo estaba sudoroso de tantas horas de caminar en el monte, en verdad, buena falta les hacía.

Esa semana, Mateo, se dedicó a trabajar, se desempeñaba como encargado de una finca cerca de Tecozolco, lugar a donde llegó por vez primera el café a la región de Coatepec por el año de 1808, después se esparciría por Zimpizahua y toda la región. Trabajaba duro, pero él seguía pensando en la cruz que deseaba instaurar cerca de su barrio, era como una obsesión. Visitaba con regularidad una cruz a la cual le llamaban “Verde” por el callejón que lleva a la Gachupina. Se trataba de un árbol que su biología lo fecundó con dos ramas en forma de cruz, los vecinos estaban al pendiente, la vestían cada tres de mayo y hacían rezos y oraciones en torno a ese árbol, para ese barrio era sagrado. Existían otras en esquinas y construcciones, pues los pobladores poseían mucha fe en la religión cristiana. Mateo desempeñaba su trabajo, pero observaba la floresta, ¿Qué árbol sería el

idóneo para su cometido? Así pasaron los días que le parecían muy largos y llegó el domingo, pero Manuel tenía un compromiso y le dijo a Mateo que lo dejaban para el próximo domingo para ir en busca de la madera que les interesaba para la cruz. A don Mateo no le quedó más que esperar otra semana, el tiempo se tornó muy lento. Mateo necesitaba la compañía de su amigo Manuel, juntos el trabajo se facilitaría, así es que esperar es lo único que le quedaba.

Ataviados con herramientas campiranas se internaron en el bosque. Llegaron muy cerca de la desaparecida rancharía llamada “Águila del Cerro”, cruzaron por un camino que pisaron quinientos años atrás los españoles en su odisea hacia la esplendorosa Tenochtitlán. Respiraron lentamente esas huellas dejando escapar la imaginación. Ahora les tocaba el turno a ellos, también en esa emotiva aventura en la que buscaban un árbol para tejer una santa cruz se comenzaba a escribir una historia. El trino de los pajarillos, el canto del grillo, el velo de las mariposas, la musicalidad de pequeñas caídas de agua que nacían en las rendijas de las rocas, endulzaban sus oídos y extasiaban sus ojos, maravillosa es la creación de Dios. Después de algunas horas encontraron la madera idónea, calmaron la sed con agua que corría de un arroyo, se detuvieron bajo la sombra de un fuerte ciprés, la experiencia del señor Mateo le dictó que es un buen tronco para su cometido, sin pensarlo dos veces se dispusieron a trabajar, en pocos minutos lo derribaron e hicieron algo muy interesante, llevaban semillas para sembrar dos arbolitos para que el bosque siguiera tejiéndose de vegetación, ese es el espíritu del campesino, el verdadero amor a la tierra. Con infinita ternura trasladaron los troncos hasta su casa.

Por varias semanas se dedicó a trabajar la madera (la cepillaron rudimentariamente, usaron serrucho, viejos cinceles, la curaron con aceite especial, la tallaron y lijaron, la limpiaron muy bien antes de pintarla entre otras cosas más que requiere la madera para su conservación). Lo que estaba dibujado en su mente le hacía vibrar el corazón de emoción, su alegría era inmensa. Finalmente, aplicando cierto conocimiento e intuición, el resultado de su trabajo estaba representado en una cruz que medía 2.90m de altura X 1.90m en sus maderos horizontales. Algo en sus adentros lo indujo a pintarla de negro, pero de esto no comentó a nadie, fue una idea guiada por sus sentimientos que jamás reveló a persona alguna.

El 24 de abril de 1901 fue el día que eligió para enclavarla en la esquina de donde iniciaba la Pedrera, en ese punto que parecía ser una orilla del pueblo. Se trataba de un día como cualquier otro, pero él sin saberlo esa fecha trascendería en el suceder del tiempo, el calendario siempre estaría pendiente de recordar esa fecha. Fue un día de júbilo para él y los escasos vecinos que habitaban el rumbo y que le acompañaron en el ritual. Lanzaron al aire algunos cuetes, oraciones y rosario, atole y tamales, sin faltar una copita de aguardiente y cervezas Moctezuma y dos X. Desde ese día la gente hacía referencia, vamos por el rumbo de la cruz negra, vivimos cerca de la cruz negra, si llegas a la cruz negra vivo como a cincuenta metros. Así surgían las señas que se daban los moradores del pueblo. Todo parecía normal. El tiempo siguió su curso y nadie posee el poder de detenerlo, además, el pueblo también iba creciendo, a veces surgen cosas inexplicables, poco a poco los vecinos fueron envolviendo en el olvido a la cruz negra hasta que parecía



JOSE LUIS NAVARRO:

El modelo.

Témpera y acuarela sobre papel 29,7 x
42cm.

estar en el total abandono, ya a nadie parecía importarle. Se notaba descuidada en la soledad, abandonada, algunos comenzaron a hacer travesuras en torno a ese símbolo de la religión católica. Estas conductas lastimaban el alma del señor Mateo Huesca Piedra, quien también fungía como mayordomo de las fiestas patronales del pueblo, simplemente porque era un hijo de Dios.

No se recuerda el año, pero un buen día, con valor y mucha decisión, don Mateo retiró la cruz negra del lugar en la que se encontraba y se la llevó para su hogar. Estaba cansado de todo lo que sucedía a la cruz. Argumento que doña María iba a remodelar su casa y la cruz le invadía un espacio de su propiedad obstaculizando el trabajo de ampliación. La nueva morada de la cruz negra lo fue la casa del señor Mateo. Don Mateo tenía una hija de nombre Aurelia Huesca y ella a la vez un hijo bautizado con el nombre de Jesús Peralta Huesca. Jesús fue creciendo al lado de su abuelito Mateo y se

empezó a darse cuenta del amor que su abuelo le profesaba a la cruz. Cuando la enfermedad penetró en el cuerpo de don Mateo, ya no tardó mucho con vida; Dios lo recogió en su cama para conducirlo a la gloria, lo merecía, porque era un buen hijo de dios. El nieto que se nombraba

Jesús Peralta Huesca, en recuerdo de su abuelito se comprometió consigo mismo a seguir cuidando a la cruz negra. Fue un compromiso sincero que adoptó para ser él quien velara por esa cruz que inspiró su abuelito y que tanto amó en vida.

El transcurrir del tiempo fue transformando al pueblo en una ciudad moderna, también evolucionó la vida de don Jesús que formó a su propia familia procreando tres hijos: Alicia, Julio Amado y Jesús, a quienes fue heredando el cariño, el compromiso y amor a la cruz negra, para que la tradición que inició con el abuelo se fuera cultivando en la parcela espiritual de la descendencia de la familia en los años venideros.

Año con año en esa familia se fue cimentando el amor y el cuidado de la cruz, mientras que al paso de los años se fue haciendo lerdo el andar de don Jesús, no fue una enfermedad la que se lo llevó, no, fue solo el paso de los años, pues doblan al mejor roble igual que debilitan el cuerpo y don Jesús ya estaba cansado de vivir, ya deseaba descansar, sus pasos habían surcado largos caminos y senderos en la vida. Y esta es la razón de que el tiempo no lo perdonó. Un día poco a poco se fue quedando dormido y ya no despertó, la resonancia de la vida se le ausentó; falleció el 24 de abril del año 1995, cuando su edad llegó al límite tenía 107 años, una larga vida que atestiguo todo el acontecer del siglo XX. Pero la fuerza de su corazón la transmitió a sus hijos y nietos, que, en sublime evocación, seguirán al pie de la cruz negra, como un legado de familia.

En el primer año del tercer milenio, se acercó a la casa de los descendientes de don Jesús Peralta Huesca, el presbítero Bernardo Villarreal, pastor de la iglesia de dios y rector del templo el Sagrado Corazón de Jesús. Con infinita fe ofició una misa en el hogar de la familia



por 100 años de historia en torno a la cruz negra, esos instantes significaban un siglo de unidad familiar, lágrimas de emoción, nostalgia y evocación a los años ya idos, los que ya no vuelven, pero que tienes escrito en sus instantes las vivencias de este patriarca de la familia Peralta-Estévez. El tiempo siguió su curso. Cuando el calendario marcaba el año 2023, se cumplían 122 años de que fue enclavada en la esquina de la pedrera, cuando el lodo, el polvo y el barro estaban presentes. Caminos ásperos que, lentamente, se alejaban del pueblo para internarse en las montañas y cerros hasta perderse en el corazón del monte. Arena y piedras le pertenecían a esa falda del cerro de la culebra, poco a poco la fueron saqueando hasta empobrecer ese espacio que fue ocupado para construir casas nuevas y más modernas y tender calles que ampliaron la geografía del pueblo. En esos tiempos la fe de un hombre, Mateo Huesca Piedra, enclavaba no solo una cruz sino una historia que sus futuras generaciones contarían con orgullo a la gente; la historia de la cruz negra que se convertirá en leyenda.

JOSE LUIS NAVARRO: Don Juan. Témpera y acuarela sobre papel 29,7 x 42cm.



Foto de Daniel de Culla

Tu no lo sabias poesía

DANIEL DE CULLA

SEDUCTOR DE LA AMIGA DE SU SOBRINA

A Moradillo de la Ribera, cerca de Aranda de Duero, Burgos, llegaron, un día de vacaciones de fin de semana, una viudita, o separada honrada, con una hija que tiene, y la sobrina, también separada, con dos hijas que tiene doncellas y guapas.

Paseando sus calles en chándal, visitando las bodegas del Cotarro donde se eleva la Iglesia con su Cementerio, yendo caminando de una fuente a otra

que dan a la carretera de La Sequera, paseando los caminos rupestres que llevan a la Ermita o la Aceña, ésta con un riachuelo que, en otros tiempos, hicieron las vacas meando, la amiga se sintió tan feliz que puso interés por comprar una bodega justo al lado de la del tío de la amiga, que es de su tía.

El tío, que estaba bajo mínimos en la cuestión del Amor de pareja, y porque el macho, instintivamente, anhela conocer otras hembras, pensó en rondar por carta a la amiga, el próximo lunes cuando volvieran al trabajo, pidiéndole a su sobrina el correo de la amiga con la voluntad y buenos deseos de darle a conocer su interés por ella, diciéndole a su sobrina que la escribía por el asunto de la bodega.

Su sobrina se le dio, que era un correo de empresa, aprovechando el tío para escribirle una carta donde explayarse y decirle a la amiga que él estaba a su disposición desde las orejas hasta el rabo, sobre todo el físico y la moral de su rabo, ahora, en estado de rebosar erudición amorosa, patentizando las bellas calidades, la honra y la gloria que él había encontrado en ella. Que reflexionase y no le privase de este honor que creía merecer por ella.

La carta no surtió el efecto con el que soñaba el tío, sino todo lo contrario. Ella se la enseñó a su sobrina, siendo monumental el grito y el clamor ruidoso que mostraron las dos hacia este tío asqueroso, repelente, hasta el punto de no perdonarle, y dejarle de hablar para siempre. Y, más, cuando la hija de ella les contó que, con el tío, fueron las tres a los columpios que están junto al campo de fútbol, donde él las hizo poner a su ribera, junto a la portería, abriendo el agua que le riega, mojándolas enteras.

Que, sentadas en un banco con el tío, él les dijo:

-Si queréis montar sobre mis rodillas, yo seré vuestro caballo, y vosotras, la que quiera, será la potrilla que relincha en esta tierra de la Ribera sobre ellas.

Yo, primero y, delante de mí, una de ellas, montamos con gusto por ver y sentir esta interesante carrera sobre las rodillas del tío sin saber adónde nos lleva, pues nos apretaba fuerte contra su bajo vientre diciéndonos que si mirábamos al cielo podríamos adivinar la Arabia, Egipto y Grecia.

«Al paso, al trote, al galope» decía jadeando sentadas las dos sobre sus rodillas imitando los pasos de un caballo. Lentamente al pronunciar ¡al paso!; aumentado la velocidad de las piernas al decir ¡al trote!; y, más aún, cuando pronunció ¡al galope! sintiendo en mi braga, por ser la primera, que llovía sobre mojado, estimulando nuestro sentido.

Esto le supuso al tío ser tratado como un cuadrúpedo, mereciendo el desprecio total de todas ellas; de las madres y las hijas. Recordando el tío que, el domingo por la tarde, cuando cogieron el coche de su sobrina para regresar a Madrid, él tuvo una mala premonición, pues, al despedirse, las cinco le sacaron la lengua.



Foto de Isabel

EL CURA SACRILEGO

Mi amigo, monaguillo de un cura de la religión de Dios

Que fue compañero mío en el Seminario de Segovia

De donde nos expulsaron por hacernos solemnes pajas

Me cuenta que su “sa-cerdo-te” (como así le nombra)

Don Clavillo como se le llamaba en el pueblo montañés

Además de hipócrita, obsceno y vil embustero

Era un crack para las viudas y jóvenes solteras

Quedadas en esta vida para vestir vírgenes y santos.

Cuando le llamaban para atender a alguna de ellas

Por estar enfermas de gravedad o con cáncer diagnosticado

Tanto ardor empleaba, tanto esfuerzo y amor

Que acudía a su casa con hostias consagradas y el hisopo

Con el que rociaba a la enferma en su Chumino

Antes de meterle el supositorio recetado por el Año

Entonces viéndole él como en Año transformado.

Como así, también, le veía cuando le montaba en sus rodillas

Haciendo con él un caballo al paso, al trote, al galope

Que, a la hora de su camino galopante, tan potente

Principiaba a correrse como un místico Año.

-Estate quieto, hijo mío, alma bien amada y solitaria

Que si no lo hago yo, te lo hará, a más, el Demonio

Al que le has caído en divina gracia solamente.

Por eso, barrunto yo que tales celestiales
lances
Fueron causa de ese odio descomunal
que tiene, hoy en día
Mi amigo monaguillo, a este Asno clerical
y a su Dios
Que, después del fuerte y jadeante galope
Quedaban a su espalda los dos como
muertos.

MUJER CAUTIVA

-Ábreme la puerta, cielo
Ábreme la puerta, estrella
Que por tu culo bonito
Muero yo de mucha pena
Haciéndome pajas en la era.
-La puerta yo no la abro
Mi marido ha marchado a Burgos
A vender las cerdas
En la Feria de La Milanera.
Por este ventanuco precioso
Hablaban de esta manera
Un caballero segoviano
Y una cautiva mujer burgalesa.
-Si no me abres ahora
Me iré al pilón de la fuente fría
Que está debajo de la Ermita
A conquistar otra mujer
Como tú, no tan linda
Que lava los palominos de su esposo
En el agua turbia y cristalina
Donde abreven las ovejas
Y todas las caballerías.
-¡Vete a hacer puñetas; majadero
Adonde se fue el padre Padilla
Ese que me cautivó cuando niña
Montándome a caballo
En sus duras rodillas
Sintiendo yo en mi braga
Una lluvia de estrellas.
-Sobre el poyete, junto a la Revista
Te dejo un pañuelo de amor
De seda de Holanda o Bélgica
Con el que de mala gana



Foto: Daniel de Culla

Me he limpiado la corrida.
-Vete largo de aquí, caballero
Si esto se te puede llamar
Pues he visto cómo metías el pene
Pequeñito como de niño
En la herradura de la pared
Que es para atar la caballería.
-Mi pene se va oprimido
Mujer amada, alma cautiva.
Mi alma llora y suspira. ¡Adiós;
Me voy al Monte de las Cepas
A ver si un jabalí me coge
O un tiro de muerte mortal
Por la espalda me pega
Ese famoso cazador furtivo
Que se llama Juan de las Uvas
Que caza todos los días.
Por la noche, allí junto a un corral
Al segoviano encontraron
Con cincuenta heridas
Que un jabalí le produjo
Antes de llegar con bien
Al Monte de las Cepas.

ANECDOTAS CON EL TIO JOSE LUIS

José Luis era Delegado General de Productos Delta para la zona norte de España. Productos de lubricantes industriales, refrigerantes solubles, aceites de corte, de larga vida y alto rendimiento desarrollados de acuerdo a las normas internacionales más estrictas, con sistemas de calidad y medio ambiente certificados.

Su cuartel general le tenía en el Hotel Almirante Bonifaz, en Burgos, desde donde visitaba a clientes de Cantabria, Santander y la Rioja; Burgos, Valladolid, Segovia y Salamanca.

A veces, se tiraba un mes fuera de casa, lo que suponía un alegría inmensa para Teresa y sus hijos, pues cuando se aparecía en casa, siempre sin avisar, ellos se ponían malos de verle e incluso le insultaban por haber regresado de improviso.

Aunque fue pícaro, y no siempre se portó bien con su esposa e hijos, tenía detalles con ellos pues, algunas veces, les traía consigo y les invitaba a pasar unos días en el Hotel, poniendo diligencia en invitarnos a Rita y a mí, para comer asado en el restaurante Ojeda, o en el restaurante del Hotel Tizona de Aranda de Duero.

A José Luis le encantaba Burgos, no solo porque sus orígenes procedían de Moradillo de Sedano, en la carretera de Burgos a Santander, ubicado en uno de los recovecos del valle de Sedano, excavado por el río Moradillo, donde todavía poseen algunas tierras olvidadas, sino porque su madre vivió y murió en Burgos siendo una mujer hacendosa, masajista y adivinadora.



Recuerdo que, gracioso, le decía al camarero que nos servía:

-De ese asado dale harto a mis cuñados de Burgos; lo que reían muchos sus hijos y esposa; y, también nosotros.

En verdad que los lechazos asados era muy buenos.

Sus vacaciones de verano las pasaban siempre en el Hotel Rhin Santander, cerca de la Playa de el Sardinero, o en alguna casita de campo.

En unas vacaciones, fueron con un matrimonio amigo. Entonces tenían un hijo, Luis Daniel; y, el matrimonio, otro hijo, Diego Velázquez.

Estando un día en la playa, después de haber comido muy bien, el marido amigo, sin haber hecho la digestión, dijo que se iba a meter al agua. Su esposa le reprendió, dejándole marchar porque, como afirmó ella, “era un cabezota”.

Esta tarde fue una tarde de desventura, pues era de noche y su marido no aparecía. A la mañana siguiente, fueron a dar parte al Cuartel de la Guardia Civil, diciéndole ella al agente: -¿Cabra sido mi marido, cabra sido? Mi marido, señor agente, fue a la mar y no ha venido, ¿cabra sido? La esposa, por su nerviosismo y dolor, se comía las letras.

El señor agente la tranquilizaba diciendo mientras escribía el atestado:

-Ya verá usted como vuelve, señora.

Su esposo no volvió nunca, dándosele, a los diez años, por desaparecido.

Otra anécdota, esta graciosa, fue en las Bodas de Plata mías, celebrada en la inmensa lonja que tenía el padre de Rita en Moradillo de Roa: Después de comer muy bien lechazo y demás viandas, terminados los exquisitos postres y buenos y licores, durante la bailable música, José Luis, calentito y muy alegre, comenzó a bailar solo, haciendo movimientos y gestos con las manos cual electricista que cambia bombillas de largos cables colgantes.

Amablemente, fue el hazmerreír de los asistentes, conociéndole, desde entonces, como el “electricista chocante”, como dijo Josefina, la madre de Rita.

LITERATURA MUNDIAL HOY

Vista y escuchada la infame incultura, el recalitrante y soez analfabetismo de nuestros políticos a nivel nacional e internacional, no puedo menos que alabar y ensalzar a nuestros asnos españoles que llegaron a América de manos de los frailes; a los asnos de Grecia, de Arabia y mundiales que, en sus Rebusnos nos aventajan en inteligencia y cultura en punto serio.

En este mes de Abril en el que se conmemoran tantos días recordatorios a nivel nacional e internacional: Las Candelas, La Candelaria, el Analfabetismo Religioso Andaluz, el Oso Polar, el Termo, La Vida de los Negros Importa, los Carnavales, a Pinocho, a la Marmota, Día Cáncer Infantil, del Libro y los derechos de Autor, etcétera, no puedo menos que decir que: las Letras son



mierda en boca de cerdos; y no digamos si caen en boca de asesinos en serie.

Siempre me inspiré en los Rebusnos del Asno. Y, ahora, mi Musa se encuentra en un gran vacío, pues no hay Burros más que en Exposiciones o Parques que debieran ocupar los políticos, haciéndonos a todos el favor, para no defraudar al entendimiento humano,

de que estos cuadrúpedos ocupen el sitio que ellos les han robado, pues es justo y conveniente, por lo útil y necesario, que sus sillas o sillones ocupen.

Algunos dictadorzuelos sí quisieron darles un cargo a estos sublimes cuadrúpedos, pero no supieron tocar esta materia feliz y rebuznante, como sí supieron hacerlo los clérigos arrancando notas y melodías históricas en sus Órganos gregorianos, revistiéndose tan solo de las ideas de los grandes dictadores felices de sus crímenes en serie bajo palio.

Los Anos jamás tuvieron falta de interés por las Letras, demostrando su voluntad y buenos deseos de dar a conocer sus Rebusnos. No así los humanos que demostramos poco interés o ninguno para desgracia nuestra.

La culpa es de todos y, más, de esos que tienen un campo donde explayarse desde las orejas al rabo o la chifla, presentando un cerebro de aserrín o chorlito únicamente limitado a la bronca, al clamor ruidoso, al estrépito del odio y las ganas de asesinar, considerando que arredrar a cualquiera es lo que importa, privando al ciudadano de las glorias democráticas conseguidas sin perdonar gestos lo exabruptos, afirmando que ellos

se vienen a las Bibliotecas a cagar en sus servicios, o en esquinas de Colegios universitarios o Universidad con la lectura de noticias adquiridas en las manos, quedando con la gloria de haberse limpiado el culo con páginas arrancadas a libros de los más ilustres escritores o poetas habidos y, mejor de Nobeles, cagándose, de paso, literariamente hablando, en la Real Academia de la Lengua.

MI VIDA SOCIAL

Al tener un sueño en el que yo me veía como el 1001 participante en hacer sexo con una puta que se ofrecía, abierta de piernas, sobre una piedra en la ladera detrás de la iglesia de San Francisco el Grande, en Madrid, muy cercana al Seminario donde yo había estado por cinco años para llegar a ser cura párroco, detrás de una fila de hombres con la picha erecta, afuera de la bragueta, en múltiples variantes y versiones, jamás pensé que llegaría un día en el que se cumpliría este mi sueño; y más, porque cuando me iba a tocar a mí entrar en ella, desperté. ¡Qué mala pata! aunque me consolé diciéndome a mí mismo:

-No me importa, su coño ya no estaba latente.

Sin embargo, en el período de unas elecciones municipales a la Alcaldía de Burgos en las que yo me presentaba como número uno por el Partido Izquierda Republicana, cierto día recibí una carta de una porno estrella del Rancho “El Conejo”, de Ohio, Columbus, en Estados Unidos, que Erin se llamaba, invitándome a ir a cumplir con ella esa misión importantísima del hombre como es la de penetrar a la hembra como fuente de entretenimiento, acabando con el

orgasmo de 1001 machos entre sus piernas; que ella me invitaba con alojamiento y manutención incluidas, pero que yo tenía que pagarme el viaje y llevar dinero para sus caprichos, sabiendo, también, que debería pasar unos análisis médicos para conocer el estado excelente de mi salud sexujal.

Yo la contesté diciéndole que la quería mucho, que estaba encantado de poder llegar a penetrarla; que yo quería ser el 1001 penetrante, el último de la fila, que hablaría con el Partido para ver si me pagan el viaje, pues estaba tieso como la mojama.

El Partido pasó de mí, acabando con la vida de este romance. Al final de las elecciones municipales, disgustado, me retiré del Partido, pero no por no haber conseguido llegar a ser Alcalde, que esto me importaba un bledo; si no por no haber podido ir a echarle un polvo rápido a una porno estrella de renombre, por quien ya me había hecho un montón de pajas, preparándome para la penetración.

El diario El Norte de Castilla me hizo una entrevista en la que yo saqué a relucir esta carta, y la periodista lo publicó al día siguiente, haciendo de esta noticia eco los medios de comunicación – prensa, radio, televisión, webs y revistas porno nacionales y extranjeras, destacando, para mí, Orgasmatrix, Buenafuente TV, 20 Minutos, Europapress, diarios locales, provinciales y extranjeros, todos ellos anunciando: “Un pretendiente a la Alcaldía de Burgos va a ir a echarle el 1001 polvo a una porno estrella en Ohio, Columbus”.

Mi esposa, familia y todos quienes me conocían, al leer esta noticia y verme en sus portadas, no salían de su asombro, siendo motivo de disgusto y enfado por tal osadía. Rita me hizo la maleta y la sacó fuera de casa. Su madre,

a quien se lo dijeron en un supermercado, puso el grito en el cielo, diciéndole a su hija:

-Ya verás cuando se entere padre. Que se vaya preparando ese sinvergüenza.

La noticia fue el centro de los ratos de ocio y descanso, motivo de corros. Los amigos de Quintanar y Canicosa, en Burgos; de Alcalá de Henares, en Madrid, todavía se llevan las manos a la cabeza; y las sobrinas Rosa y Pilar, de Madrid, lloran cuando me recuerdan en 20 Minutos. En la actualidad, la noticia surge de vez en cuando de manera aislada y de forma espontánea al verme cara a cara, produciendo algunas risas.

Mi programa político para la Alcaldía era muy bueno y prometedor. Mis objetivos principales para dar identidad a la ciudad de Burgos eran: Hacer su Río Arlanzón navegable, con puerto en Capiscol. Durante mi campaña fleté un barquito de juguete en él; que se llevó el agua. También en el puente de Malatos, en Punta Brava, fleté otro barquito de juguete con 27 pelos del pubis de cada uno de los aspirantes a concejales, incluido el mío. La corriente se le llevó.

Cuando los periodistas y las gentes me preguntaban que cómo lo iba a hacer navegable, yo les decía:

Muy fácil. Daremos un hachazo al Mar Cantábrico, por Candás, que nos traerá el agua suficiente para poder navegar.

Un policía local, amigo, me dijo que nos había votado a nosotros él y su familia solamente por esto.

Otro objetivo era erigir un monumento a Manuel Azaña en la Plaza Mayor. Un monumento que llegaría hasta el cielo, en el que se construirían, en el piso bajo, una enorme sala de fiestas de Sexo, Droga y Rocanrol. En el piso primero, segundo y tercero, tiendas de servicios, cines, restaurantes y

cafeterías; en el cuarto un prostíbulo; en el quinto hasta el último reunir todas las dependencias municipales para que las gentes no tengan que ir de un lado a otro con el malestar que esto les produce.

El otro de los objetivos era cumplir con las promesas de los otros partidos, y hacerlas realidad, pero a mayores

Los votos conseguidos no llegaron a doscientos; pero lo celebramos social y culturalmente en un restaurante rural en Urrez con pollo de corral guisado, riéndonos de la Política a más no poder, recordando que nosotros habíamos proclamado la III República en el Salón Polisión del Teatro Principal en el sentido de identidad de un pueblo, una nación.

Para Alcalde también me presenté, en su día, mucho antes, en las elecciones municipales de Segovia, donde no llegamos a alcanzar ni los 100 votos; pero, esta vez con el partido Tierra Comunera, un partido castellanista del que fui cofundador, al que muchos núcleos poblacionales consideraban una agrupación cultural y coral, pues llevábamos con nosotros grupos de danzas castellanas.

Después, como Secretario de Izquierda Republicana para Burgos y Castilla, presenté listas a elecciones municipales constituidas por independientes y anarcosindicalistas en su mayoría, en un estado de pureza, que todavía recuerdan muchas personas y periodistas identificándonos como “un caso” o “una historia” de la Política.

Como artista pintor en Galería de Arte Berruguete, paredes de Bares con Arte, etcétera, destacué con un cuadro “Hiperculo Don Quijote”, un cuadro pintado con mi culo, que se expuso por una larga temporada en el Espacio Tangente, Centro de Cultura Contemporánea, que apareció, también, en Orgasmatrix, y otras webs o revistas

de Arte y Cultura, con muy buena crítica; como también presentado a premios de pintura, sin alcanzar alguno, y no comprado por ninguna clase social; por ello, decidí enviarlo a una galería del Sojo londinense, que cerró sus puertas nada más exponerle, sin saber por qué. Yo creo que fue por no adaptarse a los gustos y necesidades del momento anglosajón.

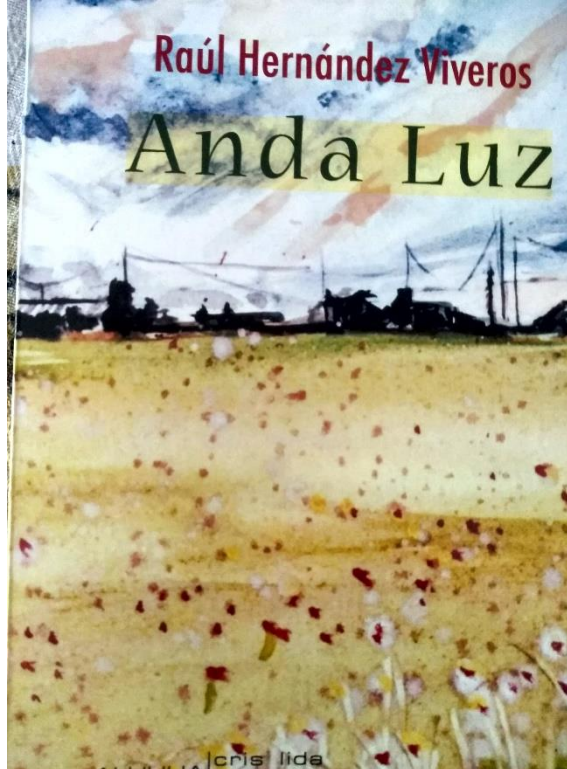
ROMANCE

Este es un romance de amor
De la Edad Media
Como si de hoy mismo fuera.
La hora de los torneos ha terminado
Y una pareja se viene
Al bar de enfrente
A tomar un chocolate con churros
Para celebrar sus años de casados.
Al pasar por la Plaza Mayor
Sus caballos han dejado
Junto a un carrusel o Tiovivo
Donde giran caballos representados.
Los niños y niñas
Que montan los caballos
Contentos lloran y suspiran
Porque sus padres dineros les han dado
Para comprarse chucherías
Y algún que otro juguete
Para jugar a moros y cristianos.
-La puerta del bar yo no la abro
La manivela está muy fría
Le dice la amada a su amado.
-Espera, mi amada bella
Que por tu cara bonita
Le doy una patada a la puerta
Y, felices, entramos
Le dice el amado a su amada.
El camarero que les sirvió
El chocolate caliente con churros
Quedó cautivado al ver
Esta pareja tan bella.
Tanto quedó cautivado
Que le dijo a su compañera soltera:



Foto de Isabel G. de Diego

-Mira si son guapos
Mira si ella es bella
Que hasta mi nabo
Se ha hecho más largo
De lo que tú quisieras.



Roberto Bravo Beltrán

La fuerza de la confirmación

Leí por primera vez a Raúl Hernández Viveros en la antología de la nueva narrativa mexicana *Jaula de palabras*, que hizo Gustavo Sainz para la editorial Grijalbo en 1980. Por cierto, la fotografía donde aparece en el libro no es él, o al menos la imagen no se le parece. El cuento se llama “Lección de anatomía”, es una historia muy de nuestra generación, generación que sufrió la represión por participar en el Movimiento Estudiantil de 1968. Narra el cuento el secuestro que sufre un joven por la policía, la golpiza que le dan los agentes, y su abandono, medio muerto, en un solar baldío al comprobar que no es quien buscaban. De escritura muy bien cuidada, minucioso en las descripciones como es característico en Raúl Hernández Viveros Hernández Viveros, el cuento conserva su frescura a pesar de los años. Había publicado en ese entonces, *La invasión de*

los chinos (1975) y *Los otros alquimistas* (1978). *Linaje de Cortés*. 2023. Recientemente, publicó *Anda luz*, libro que reúne seis cuentos cuyas historias, sus planteamientos, son una exposición simple de seres que eligen en su existencia inmediata sin hacer una valoración de sus actos sino como un ejercicio de su individualismo, seres abandonados a su libertad sin responsabilidad ni ética para ejercerla.

“El tratado de los colgados”, es un recorrido grotesco y delicado por la memoria de un ser golpeado por una educación en donde sólo tiene cabida el aprendizaje técnico insensible como herramienta que transforma una realidad deshumanizada y que el protagonista niega por temor a enfrentarse a la transformación del mundo que habita y crea una campana de cristal a través de la especulación para aislarse y no ser consciente de lo que ocurre fuera de él.

Es un personaje arrancado de la literatura del absurdo que caracteriza al hombre contemporáneo. La historia ocurre en una Varsovia invadida por los alemanes, quienes cuelgan a quien sorprenden en las calles después del toque de queda, y también por otros motivos. Manifiesta la violencia y dominación, agresividad y pasividad, la crueldad y el sadismo que conlleva cualquier manifestación de poder. La historia está contada con la minuciosidad propia de la saga proustiana, en un tiempo como el de la caída de las hojas en otoño.

Aunque al final del cuento el protagonista devela el por qué es asiduo del bar de don Pancho, “Gaitas gallegas”, es un ejercicio de poesía muy al estilo de la escritura automática, por momentos es prosa poética de la más alta calidad. El personaje narrador, quien vive de atributos heredados como ser blanco y

rubio, cuenta la azarosa existencia de los dueños del bar y de los parroquianos, uno de ellos, negociante poderoso que se mueve en el límite de lo lícito a quien por su dinero todo le es permitido. Aunque la historia, por momentos dramática, fluye indiferente por el cauce natural de las páginas que la habitan como una historia que permite a sus personajes no morir de inanición y accionan, sin poder evitarlo, como las partes de un mecanismo sin una razón que lo justifique, de esa manera el protagonista en medio del ordenamiento y los límites que le imponen los seres y las cosas, flota entre los recuerdos, el conocimiento de los demás, sin interés por nada. "Gaitas gallegas", es un cuento significativo de este importante libro de cuentos.

"Restos fúnebre", es la culpa que siente el protagonista por la muerte de su mujer que se le manifiesta en un sueño donde la esposa fallecida encarna en una perra asediada por otros perros. Como en el mundo de los sueños, "Restos fúnebres", se corresponde con el mundo de los deseos reprimidos, un mundo que se resiste a aceptar sus pulsiones para manejarlos de manera racional. El lenguaje de los sueños es universal, no está socialmente condicionado, es un lenguaje creativo, que nos muestran todas las cosas que vamos dejando regadas en el patio de la existencia. Los cuentos de Anda luz de Raúl Hernández Viveros, parecen escritos en una duermevela que tiene un pie en la vigilia, y el otro en el mundo de los sueños.

"El país de las tribus", es el cuento de la victoria, de la celebración, de la culminación de la espera, y el comienzo de la esperanza. Los Talibanes (estudiantes) han tomado el control del país y Afganistán es otra vez de los afganos. Los invasores se marchan, el aeropuerto de Kabul está repleto, y en la

ciudad, los festejos y las emociones contenidas por tanto tiempo explotan y colman las calles y la ciudad completa. Escuchando himnos, disparos y cantos, un reportero de la prensa internacional, ve los aviones del aeropuerto partir, mientras toma la decisión más importante de su vida. La minuciosidad de las descripciones es el hilo conductor de este relato que nos muestra un episodio desconocido de la historia contemporánea reciente a los lectores occidentales.

"El vicio de Nickel". El personaje, incapaz de amar a nadie se aburre consigo mismo, pero no siente simpatía por sus congéneres, le son indiferentes. Su relación con Nickel, su gato, a quien describe la música clásica, es su consuelo, el puente entre su soledad y la existencia. Este cuento describe al personaje quien no ama a sus semejantes sino a un solo hombre: Él mismo.

"Anda Luz", variante del nombre que dieron los árabes a la península ibérica cuando la conquistaron y bajo su dominio, en el relato de "Anda Luz", este nombre cobra vida en un sevillano, un boxeador al final de su carrera y que la mantiene con el orgullo de ser el sevillano que nunca perdió en Sevilla, Esta historia de "Anda Luz" es el medallón que cierra de manera brillante este collar de historias que hacen al libro una lectura inolvidable.

La riqueza de sus imágenes, el cuidado de la escritura y el lenguaje, las atmósferas, su poesía, sus diferentes espacios narrativos, confirma que el libro de cuentos Anda Luz, continúa la carrera de escritor que inició Raúl Hernández Viveros hace ya tantos años, de manera excelente.

Hernández Viveros, Raúl: *AndaLuz*, Alhuila, Granada, 2023, 94 Pp.

